

Venezuela crónica

Cómo fue que la historia
nos trajo hasta aquí

José Roberto Duque

Venezuela crónica : cómo fue que la historia nos trajo hasta aquí /
José Roberto Duque.
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tinta Limón, 2020.
160 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-3687-66-2

1. Política. 2. América Latina 3. Sociología I. Título.
CDD 320

Imagen de cubierta: Serie El Caracazo, de Francisco Solórzano, "Frasso"

Diseño de cubierta: Diego Maxi Posadas

Diseño de colección: Juan Pablo Fernández

© De los textos, José Roberto Duque

© 2020, de la edición, Tinta Limón Ediciones

www.tintalimon.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723



Atribución-No Comercial-Sin Obras Derivadas
2.5 Argentina

Venezuela crónica

Cómo fue que la historia
nos trajo hasta aquí

José Roberto Duque



Índice

Guerra y revolución: el caso Venezuela	7
El pasado reciente, y el otro	II
Primera parte	
La elegante invasión	17
Hacia una ciudadanía distinta	19
El hombre de Truman	25
De los adecos al Nuevo Ideal Nacional	28
Estrenos: la democracia y la trampa del Guri	34
Vacas gordas y vacas flacas	39
Masacres y estallidos	41
Caracazo	45
“Por ahora...”	46
Estertores y premoniciones	50
Varias formas de morir	55
Segunda parte	
La era Chávez	59
A Barbie girl... ..	62
“El cielo encapotado anuncia tempestad”	68
Chavismo oficial y pueblo organizado: los “colectivos”	72

Petróleo, golpes y sabotajes	78
La misión: las misiones	91
Referendos y elecciones	94
“El Niño”, nuestra vulnerabilidad y nuestra fortaleza	105
Adiós a Chávez	109
Algunas formas de colapsar	117
La sobrevivencia	123
Asamblea Nacional “en desacato”: el germen de la crisis 2019	132
2019	139
Epílogo	149
Bibliografía y referencias	157

Guerra y revolución: el caso Venezuela

POR TINTA LIMÓN

Rebatir esa estupidez con los discursos y con los hechos es fácil. Pero la verdad ya no convence a nadie; la propaganda tal vez haga dudar incluso a los fanatizados, pero la verdad no. No es diciendo ni demostrando verdades como se detendrá el aparato de guerra de Estados Unidos contra Venezuela.

J. R. D.

La hipótesis central de este libro es que para pensar la Venezuela actual hay que volver cien años atrás, a 1917, momento en el que se descubre que el país está asentado sobre una gigantesca reserva de petróleo. El inicio de la explotación de este carburante, con criterio intensivo y de exportación, es un hito fundacional y constitutivo; y de allí derivan las disputas políticas, económicas y sociales que marcarán todo el “corto” siglo XX venezolano: la incorporación del capital extranjero para su explotación, el desarrollo de una oligarquía financiera parasitaria, el desplazamiento de la producción agrícola, la formación de las ciudades modernas, la consolidación de una cultura rentística, la necesidad de controlar los recursos naturales.

El otro momento –el que inaugura el siglo XXI– es el Caracazo. Desde 1989 Venezuela experimenta un proceso de transformación social que la vuelve un caso de inevitable atención para la investigación política. El ciclo de resistencias callejeras contra el neoliberalismo, que en Latinoamérica forjó experiencias de lucha y organización disímiles y potentes, dio forma en Venezuela a un chavismo popular que, a lo largo de casi tres décadas, ensaya modos de organización e institucionalización de aquellas resistencias. La segunda hipótesis es, entonces, que este

nuevo ciclo que se inicia con una revuelta popular dará lugar al chavismo como un tipo de gobierno, pero también y sobre todo, al chavismo como subjetividad del desborde, de la crisis; un modo de la política “más allá” del Estado y del propio Hugo Chávez.

Una constante de esta trama, que va del ‘17 a nuestros días, es la obstinación con la que Estados Unidos intenta apropiarse del petróleo que yace bajo esas tierras caribeñas. En este punto, la relación entre capitalismo y energía cobra relevancia. Es decir, la vulnerabilidad o autosuficiencia de un país depende de la capacidad de controlar alimentos, energía y minerales, explica José Roberto Duque; pero en Venezuela, específicamente, la gestión de la energía fósil es lo que ha moldeado la historia. Solo desde allí se pueden pensar la democracia y la soberanía. El problema del uso soberano del petróleo y de los bienes comunes, en términos más generales, es el problema político central de Venezuela.

Es evidente que la intensidad con la que los intereses de Estados Unidos se ponen en juego en territorio venezolano no tienen parangón en el Cono Sur. Mientras se cierra este libro las tropas estadounidenses navegan por las costas venezolanas en el marco de una supuesta operación antidrogas, el presidente Donald Trump le puso precio a la cabeza de Nicolás Maduro y toda la plana mayor del gobierno es acusada de ser una banda narcoterrorista que busca inundar de cocaína a Estados Unidos para dañar a su población.

8 “Estamos en guerra”, dice Duque, mientras escribe estas páginas en medio del segundo apagón eléctrico que afecta al país en 2019. Nada puede ser leído fuera de esa clave. Nada sucede en Venezuela fuera de esa lógica. Duque escribe desde las trincheras de la Venezuela profunda, abigarrada; y desde ahí despliega su mirada de cronista e historiador anclado en el presente, atento a los modos de la creatividad popular que reinventa los modos de vivir.

Para el sentido común Venezuela es hoy un *Estado Fallido*, la encarnación de todas las insuficiencias y males. Su imagen condensa el devenir autoritario y antidemocrático de un régimen socialista, además desvirtuado por el despilfarro y la corrupción, por el hambre, la violencia y la violación sistemática de los derechos humanos. Venezuela es una palabra

encarnada en la coyuntura política latinoamericana, que funciona como lo otro de la república (anatema en los medios masivos de comunicación), índice de las posiciones de cada país en el plano geopolítico.

“Vamos a terminar como Venezuela”, amenazan los defensores del neoliberalismo para seguir sus recetas de ajuste y disciplinar cualquier iniciativa democrática que intente cuestionarlas o amplíe la participación popular. Porque el problema de la *república* –de la división de poderes, del funcionamiento de la democracia liberal– está en el corazón de la crítica a Venezuela, destinataria de un repertorio de estrategias de contrarrevolución a nivel regional, que ocupa el lugar del “mal”, como “el terrorismo islámico” a nivel global.

Y en esa trama, los organismos internacionales y las ONG cumplen un rol activo como árbitros “desinteresados” de los valores democráticos y Estados Unidos como gendarme de estos valores. El ejemplo más reciente es el informe de la ONU sobre los derechos humanos en Venezuela de julio de 2019, también conocido como informe Bachelet, que difundió cifras incontrastables, imprecisiones, fallas metodológicas y datos de fuentes vinculadas a sectores de la oposición y fue ampliamente replicado.

En suma, el caso venezolano es ejemplo de lo que no se puede nombrar si no es para rechazarlo. Frente a esta verdad irrefutable, Duque mismo se pregunta si hay o hubo una Revolución en curso en Venezuela. En esta línea, rearma un recorrido cronológico que permite vislumbrar, desde 1917 en adelante, cómo se reproducen las vidas, cómo se configuran materialmente esas vidas. Venezuela es la segunda reserva de petróleo mundial, luego de Arabia Saudita: de la geopolítica a la subjetividad, el petróleo es un elemento clave en la configuración de la realidad venezolana. Es determinante en su organización social y económica, sobretermina consumos y formas de gestionar los vínculos y las distancias.

Más que la república o la democracia, entonces, el problema es la relación entre el petróleo y la guerra: la guerra contra lo que el sociólogo Reinaldo Iturriza llama “el chavismo salvaje”. Qué se inventa cuando la relación compra-venta entra en crisis, cuando los modos habituales estallan. Cuando los recursos, que antes parecían interminables, ya no están. Nunca hay meras víctimas, mera crisis, siempre hay modos de las

clases populares reinventando, recreando formas e intercambios no neoliberales. Una experiencia radical en el despliegue de formas prácticas de democracia para contrarrestar la fuerza expropiadora e individualizante del neoliberalismo.

La batalla, entonces, se juega sobre todo en cada territorio, en cada vida, en cada gesto que enfrenta la lógica neoliberal dominante, incluso al interior y en tensión con el proceso. “Estamos en guerra y en revolución”, dirá Duque, “porque hay un pueblo desatado haciendo cosas fuera de lo común por las que antes era perseguido, un pueblo inventando nuevas formas de vivir”.

La clave, entonces, es la creación de instituciones que estén a la altura de las formas de vida que las resistencias van creando. Las comunas y los colectivos, como formas democráticas de organización y de toma de decisiones, son algunas de estas nuevas institucionalidades: son las trincheras del chavismo popular que aún resiste la invasión y la guerra.

Y esta es la Venezuela que nos interesa, el chavismo que reconstruyen estas páginas: un chavismo de ruptura más que de continuidad, de apertura, más que de cierre. Chavismo salvaje que es, finalmente, lo que destila la escritura de Duque, una escritura desmesurada, en exceso, sea a nivel de la sintaxis, sea a nivel del objeto del libro, sea a nivel de la imaginación política. Descifrar las claves del caso Venezuela a los lectores no venezolanos exige la lucidez y desprejuicio de quien se anima a leer con ojos prestados una realidad que poco tiene de obvia.

El pasado reciente, y el otro

Estimado ciudadano no venezolano, o no enterado de qué demonios es lo que sucede en Venezuela: estas son unas líneas dirigidas precisamente a ti.

La intención original de este repaso a lo que ha moldeado el funcionamiento de la sociedad venezolana era desmenuzar y explicar las noticias “del momento”. Ese “momento” fue el primer semestre de 2019, año crítico para Venezuela y su tortuosa navegación en las nociones de democracia y soberanía. Pero si algún aprendizaje nos legó ese año final de la década del 10 es la verificación de que un territorio tan volátil y cambiante como ese que el periodismo llama “actualidad” puede volverse inexplicable e inasible si no se mencionan su génesis y evolución. Acaba de concluir esa década y justo estamos iniciando otra, nuestros años 20. Es otra buena excusa para este tipo de ejercicios de “cierre”, recuentos parciales de nuestra historia que a veces funcionan como informes de gestión: esto hicimos, logramos superar estos escollos, estos otros permanecen de pie, y con este acumulado de conquistas y tareas pendientes nos asomamos al futuro.

Así que este material se detendrá en el momento periodístico de 2019, pero para una mejor ejecución de ese ejercicio deberá ensayar también un recuento de cómo nuestro país caribeño, andino y amazónico fue mutando desde 1917 en algunos ámbitos fundamentales: energía, política, demografía, estructura física, actitudes y aptitudes de la ciudadanía. La línea gruesa y la anécdota puntual; algo de historia, algo de periodismo: el discurso del acontecimiento remoto ayuda con la tarea de mirar con otros ojos el ahora. Investigar o recordar, no el porqué del tropiezo reciente, sino por qué tendemos a tropezar de ciertas maneras.

Siempre resulta engorroso, antipático y retorcido eso de ponernos a culpar de todo lo que nos ocurre al pobre Cristóbal Colón y a quienes continuaron su misión en los siglos XVI y posteriores. Es bueno afinar

entonces la mira histórica y enfocarnos como punto de arranque en cierto hito que, por cierto, dejamos pasar hace poco, extrañamente, sin alharacas. En 2017 se cumplieron 100 años del inicio formal de la explotación petrolera en Venezuela. En un episodio que es preciso ser muy mojigato o distraído para no asociarlo con un acto de violación, alguien cogió un tubo y un artefacto de perforación, penetró la tierra en un pozo llamado Zumaque I y a partir de entonces las transnacionales del petróleo comenzaron a invadirnos con todas las de la ley; el petróleo venezolano empezó a manar a chorros de nuestra tierra rumbo (al principio) a las bóvedas de una transnacional anglo holandesa, la Royal Dutch-Shell. La gran rival de ésta en el novísimo negocio petrolero era un monstruo norteamericano que había caído y triunfado alternativamente desde el siglo XIX para imponer su monopolio en Estados Unidos: la Standard Oil, patrimonio de la familia Rockefeller, emblema del capitalismo en la era industrial.

Ese es el “antes” de esta narración. Vamos con el “ahora”.

Hacia marzo-abril de 2019 medio mundo daba por hecho que el presidente de Venezuela iba a ser derrocado, y que nada iba a detener el ascenso de un grupo de poder apoyado por Estados Unidos al control del Estado venezolano. Pocos meses después de entronizada en el mundo esa percepción, el escenario ya no es exactamente el mismo, aunque las intenciones y algunas condiciones se mantienen.

12 Esto era lo que había en el ambiente: desde el día 10 de enero de 2019, al presidente Nicolás Maduro le gritaban los jerarcas de la administración Trump, desde la Casa Blanca y el Pentágono, que si no renunciaba al poder su destino habría de ser el exilio, la cárcel o la muerte violenta. La potencia política y militar más mortífera de la historia de la humanidad se había propuesto derrocar al gobierno de Venezuela en 2019, y no tenía reparo alguno en repetirlo varias veces al día. Una facción política informó que habría un nuevo presidente encargado o interino, y Estados Unidos y sus países satélites se apresuraron a reconocerlo.

A partir de ese momento ya tornó a ser inevitable que volvámos a pensar y analizar a Venezuela en términos y en clave de guerra. Será inevitable también referirnos a los muchos mecanismos y variantes de la guerra que se han utilizado contra Venezuela.

La mayor parte de este material fue escrita en medio de la esclarecedora penumbra del primer gran sabotaje del año contra el sistema eléctrico nacional, en marzo de 2019. Una serie de atentados cibernéticos y con explosivos originó apagones de varias horas y días en casi todas las regiones y ciudades del país. No hay autor que esté metido hasta las cejas en las entrañas de un conflicto más o menos perturbador, y que logre tomar suficiente distancia de esas perturbaciones para presentarle al auditorio una disertación impersonal, fría, desinteresada, descremada, pasteurizada y homogeneizada. Aunque lo parezca, este párrafo no contiene justificaciones personales; vale más como explicación de por qué este libro parte también de una reflexión central, principal y transversal: los países, las familias y las personas son más vulnerables o autosuficientes en la medida en que son capaces de controlar o gestionar:

- a) La producción y distribución de alimentos;
- b) Las fuentes y mecanismos de distribución, obtención o transformación de energía (electricidad, combustibles fósiles, gas natural, agua).
- c) Sus metales, materias primas y minerales estratégicos (hierro, oro, diamantes, coltán).

Se puede declarar vulnerable a un país analizando solo lo que traen las noticias y comentarios en redes sociales; el trámite del que partió este análisis en particular ha sido el estar zambullido en los pormenores y resortes físicos de esa sensación de vulnerabilidad.

•

El chavismo, corriente política que gobierna Venezuela desde 1999, ha sido acusado de ejercer el poder de manera férrea y dictatorial. Pero Estados Unidos ha demostrado cuánto pueden las hegemonías transnacionales relativizar el poder de los gobiernos que no le son afectos o sumisos. Las ideas de poder y de poderío se refieren en esta realidad a dos lugares o instantes de la guerra: aquel organizado y movilizado desde las sedes del poder imperial y aquel que el pueblo ha ido construyendo desde las formas grupales, locales y familiares de asociación. Desde la alta cumbre hegemónica se conspira; desde la relación cotidiana del ser humano pobre con sus nuevas o antiguas formas de organización y supervivencia se van construyendo espacios emergentes de poder.

A medio camino entre los dos fenómenos quedan los actuales administradores del Estado venezolano, medrando o hilvanando tácticas y relaciones para evitar dos colapsos: el del proyecto chavista y el del propio funcionamiento de las instituciones. El caso histórico llamado Venezuela transcurre en el siglo XXI conectado a una corriente llamada chavismo y a una Revolución o idea para el cambio revolucionario. Hugo Chávez impulsó la activación de ese proceso de cambios y tuvo tiempo de proponerles a los venezolanos dos o tres formas de ejecutarlo; hay suficientes comprobaciones de que ambos fenómenos (el chavismo y el impulso revolucionario) funcionan en todo el país al margen de jerarquías o autoridades formales. En las páginas finales tendremos ocasión de ahondar en ese punto de vista.

En buena parte, y esto vale para cualquier país designado como territorio conquistado o mina de extracción por la lógica colonizadora del capital, somos lo que han hecho de nosotros. No obviaremos el hecho de que a Venezuela, con toda seguridad, se le está cobrando en 2019 su atrevimiento u osadía histórica decidida colectivamente en 1998 y 1999. Pero como el objeto de estas páginas es ofrecer un vistazo más al detalle de nuestro proceso histórico deberemos detenernos a observar cómo ha sido su lenta o violenta transformación. Nuestra configuración como sociedad ha sido decidida por los factores opresores transnacionales y hegemónicos, y también por la resistencia política y cultural a esos cánones. Somos producto de ese choque dialéctico. Somos entidades resistentes.

14

El factor que ha moldeado nuestras nociones de ciudad y de ciudadanía es el factor energético, específicamente la gestión de la energía fósil. Somos como somos porque Venezuela funciona desde hace más de un siglo a partir del petróleo, mineral del que posee la segunda reserva más grande del planeta. También somos el país del hierro, el agua y ahora (además) del coltán, pero para efectos de nuestra búsqueda del origen cercano de nuestro diseño ciudadano, hablaremos en términos de lo que ha hecho con nuestra sociedad el hambre mundial de petróleo.

Me permitiré, antes de entrar en materia, un cierre o declaración de esos en los que el optimismo y la ingenuidad realizan una pequeña danza que pudiera parecer distractiva. Quiero referirme a una vocación semioculta en nuestra idiosincrasia, aliada en la tarea de evitar nuestro

quiebre o destrucción. En los pueblos y caseríos de Venezuela hay nombres de bodegas, abastos y pequeños puestos de venta que se repiten con curiosa y reveladora frecuencia: “El Porvenir”, “La Esperanza” y “El Progreso”. Esto no es una formulación científica, así que puedo permitirme esta especie de sentencia con aires de apuesta: “algo” aquí adentro nos quiere decir, y nos lo dice con palabras pintarrajeadas en avisos ya oxidados por la intemperie, que el futuro es un asunto lento y de trabajosa construcción. Que allá a lo lejos se divisa ese asunto, y que hacia allá nos conduce este camino a ratos sereno, a ratos escabroso.

JRD, FEBRERO DE 2020

Primera parte

La elegante invasión

Punto de arranque: 1917, perforación de los primeros pozos petroleros con criterio intensivo y de exportación. Antes de ese año habían ocurrido “cosas”, detalles, movimientos de ajedrez del naciente imperialismo apuntalado por corporaciones y empresas, y otros movimientos bastante menos delicados.

Hasta 1909 gobernó Venezuela Cipriano Castro, un militar andino que la historia oficial caricaturizó hasta lograr fabricarle una imagen de tipo exótico, de pobre enano fanfarrón y un poco extravagante a la hora de expresar su patriotismo. En la realidad de la defensa del país, de aquel precario país que era Venezuela a principios del XX, se trataba de un sujeto cuya firme posición contra la invasión y la prepotencia de las transnacionales le valió, entre otras represalias, un bloqueo a las costas venezolanas (1902) por parte de las potencias del momento: Italia, Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos.

El bloqueo no tuvo el éxito deseado, entre otras cosas porque Estados Unidos tomó la iniciativa, asumió un papel de mediador entre Venezuela y las potencias europeas, y luego jugó unilateralmente, con un poco más de inteligencia que de fuerza física. Primero, sedujo a un lugarteniente y queridísimo compadre de Castro, llamado Juan Vicente Gómez. No bien el presidente Castro se fue a Europa a tratarse de un problema de salud, Gómez fue convencido por Estados Unidos de que se pusiera a la cabeza del Gobierno de Venezuela.

Digámoslo así, para que suene más cercano y familiar: un buen día Juan Vicente Gómez se autoproclamó presidente de Venezuela y Estados Unidos le reconoció la investidura al instante.

No solo le reconoció la investidura: se convirtió en su protector para que a ninguna nación se le ocurriera desconocerlo, y para que al presidente derrocado, Cipriano Castro, tampoco se le ocurriera regresar a Venezuela a reclamar ni la presidencia ni ninguna otra cosa.

No solo Estados Unidos se convirtió en protector del nuevo gobierno, sino que con el tiempo lo “ayudó” a redactar las leyes de hidrocarburos de Venezuela. A la hora de cobrarle a Gómez todos los favores, comenzó el territorio venezolano a llenarse de concesionarios y de empresas norteamericanas explotadoras del subsuelo. Fue un lujo de invasión incruenta, muy elegante.

Los años en que Castro cae en desgracia y es derrocado (1908-1909) conforman el momento en que las oligarquías venezolanas tocaron fondo éticamente; la palabra y el concepto “vendepatria” revelan aquí su clarísimo sentido. El origen de muchas fortunas venezolanas consistió o tuvo su base en el simple y monstruoso trámite de “prestar” el nombre para entregarle millones de hectáreas de suelo venezolano a empresas europeas (primero) y norteamericanas: usted firmaba un papel en que el Estado venezolano le cedía en concesión para explotar petróleo varios centenares o miles de hectáreas en el estado Monagas, durante 40 años. Pocos días después de recibir esa concesión, usted se la “traspasaba” a la Royal Dutch-Shell; el consorcio europeo se quedaba con el negocio y usted se llevaba a su casa una gigantesca regalía, con el solo acto de “demostrar” con su firma que el Estado venezolano no estaba entregando su territorio a una potencia extranjera sino cediéndole la concesión a un venezolano (que éste se la cediera luego a Holanda e Inglaterra, pues era su derecho). Una década debió esperar el clan norteamericano Rockefeller para superar y apartar a la Royal y a todo competidor, mediante este y otros procedimientos de depredación imperial. Eran los albores del saqueo de la riqueza petrolera venezolana.

En 1917 (estertores de la Primera Guerra Mundial) se produce el momento simbólico del Zumaque I y, de pronto, en 1920, el Ministro venezolano de Fomento, Gumersindo Torres, refrenda la primera Ley de Hidrocarburos del país. El embajador norteamericano, un sujeto de apellido McGoodwin, mediante un lobby directo con Juan Vicente Gómez, consiguió convencerlo de que esa ley era desventajosa para Estados Unidos, que debía ser modificada. El buen Gumersindo fue despedido de su

cargo y la ley sufrió modificaciones en 1921 y en varios años posteriores, redactadas directamente por “asesores” norteamericanos, y por lo tanto siempre adecuadas a las necesidades y exigencias de los protectores del autoproclamado Juan Vicente Gómez.

Hacia una ciudadanía distinta

Que el petróleo nos fue llenando de súbitos y profusos dólares, se sabe; que con el tiempo ese baño de recursos propició una reconfiguración de nuestra sociedad, también se sabe, pero lo hemos olvidado, porque nos han empujado a olvidarlo. La violenta metamorfosis comenzó con el desmontaje de un país rural y su conversión en un país urbano. La urbanización de Venezuela fue nuestro fenómeno fundamental en el siglo XX; solo teniendo a la vista ese proceso podemos lograr entender por qué hemos reaccionado como lo hemos hecho en el siglo XXI, ante la acción de las corporaciones y gobiernos hegemónicos. Detengámonos entonces para revisar al menos lo esencial de ese fenómeno.

Aquel desmontaje de lo rural vino acompañado de un proceso trágico, cruel, espantoso, casi tanto como el exterminio humano y cultural del siglo XVI. Hasta el XIX fuimos una sociedad desorganizada y torpe en la construcción de instituciones (obvio: la institucionalidad a la europea no tiene por qué venirle bien a un conglomerado andino, caribeño y un poco amazónico) pero al menos éramos un grupo mayoritariamente laborioso, productor de bienes y dinámicas, herencia del ancestro indígena, del africano y también del español-pueblo. Aparte de la amarga destreza de la guerra, nuestro acumulado en sabiduría contenía agricultura y la producción de diversas manufacturas. El trabajo de nuestra clase oprimida estaba al servicio de los explotadores, como en todas partes, pero algo de esa herencia de saberes estaba a nuestro servicio: sabíamos hacer casas, sembrar para nosotros, vestirnos con lo que hacíamos y no necesariamente con lo que nos vendían. Llega la orden del nuevo orden y comienza el secuestro masivo de personas desde el campo hacia la ciudad. Hacia “eso” que el capitalismo industrial tenía siglo y medio formateando bajo la denominación “ciudad”.

No es solo un traslado físico, un cambio de domicilio, sino una violenta y planificada transformación o reconversión: el campesino hacedor de sus propios objetos y productor de sus propios alimentos fue seducido

por la promesa de ser transformado en “otro tipo” de gente: el ciudadano que no necesita trabajar para sí, porque su rol ya no será producir sino consumir lo que producen otros. Fuimos víctimas, como pueblo y como sociedad, de una muy bien diseñada estrategia de inhibición de nuestro ser productor y de potenciación de nuestro ser consumidor o abiertamente consumista. De pronto comenzamos a navegar en una lógica bastarda y parasitaria: ¿para qué fabricar la mesa o pantalón que necesito si puedo comprar todo eso, en poliéster o plástico de llamativos colores y modernos diseños? ¿Para qué ensuciarme las manos cultivando vegetales y criando animales, si de eso se encargan la microscópica fracción de mis compatriotas que todavía siembran (poco menos de 10 por ciento de la población, en la segunda década del XXI) y el adinerado Estado que importa alimentos envasados, enlatados, embotellados, empacados? ¿Para qué estimular en mis hijos (la generación que viene) el noble arte de construir casas, si queda una fracción de esclavos o gente que no tiene más remedio que esclavizarse, cuya misión es construir casas para que otros las vendan y las compren?

En general, la clave a tener en cuenta es la transformación de la población venezolana, fenómeno paralelo o derivado de la enorme movilización demográfica, o del plan macro que la propició: el capitalismo industrial necesitaba crear otra ciudadanía, moldeada con nuevos hábitos y de un nuevo mecanismo social, capaz de movilizar a los ciudadanos en planos lejanos o distintos al de la defensa territorial y patrimonial de una cultura, y Juan Vicente Gómez fue un vehículo muy eficaz para que el experimento iniciara sin sobresaltos.

20

Con los años, siempre bajo la tutela de Estados Unidos, Gómez se fue entronizando en la presidencia del país, que duró 27 años y los venezolanos sentían pesada e inacabable. Su presencia resultaba inmovible en el control militar y administrativo de Venezuela; cada vez que se acercaba el fin de alguno de sus períodos constitucionales se las arreglaba para trastocar un par de leyes o normas, y terminaba gobernando directamente o a la sombra. Varios alzamientos de caudillos, invasiones y asaltos en embarcaciones a la usanza romántica, tuvieron lugar en los años de su mandato; a todos esos desafíos armados los enfrentó y derrotó el General con armas convencionales y algunas novedosas adquisiciones, pero siempre en el mismo escenario de las guerras del siglo XIX y de todos los tiempos: los espacios rurales, los campos de batalla de un

país con una bajísima densidad de población. En los años finales de su vida Gómez se enfrentó a una interesante novedad; en Caracas emergió un movimiento cuyos miembros darían de qué hablar durante el resto del siglo: la Generación del 28.

Comenzó como un evento del carnaval caraqueño, que era apenas algo más que un divertimento anual que nunca había generado consecuencias políticas. Solo que esta vez la organización de los actos más llamativos y sospechosos (en el recio control gomecista de la vida pública toda novedad resultaba sospechosa) estaban a cargo de estudiantes de la Universidad Central de Venezuela, y entre ellos figuraban algunos nombres que no decían mucho: Rómulo Betancourt, Jóvito Villalba, Joaquín Gabaldón Márquez, Raúl Leoni, Miguel Otero Silva, Jacinto Fombona Pachano, Miguel Acosta Saignes, Elías Benarroch, Isaac J. Pardo, Rodolfo Quintero, Juan Bautista Fuenmayor, Juan José Palacios, José Tomás Jiménez Arráiz, Rafael Echenique Chirinos, Guillermo Prince, entre otros. Cada uno de esos nombres significó algo notable en alguno de los ámbitos (político, artístico, intelectual) de la historia de Venezuela. Pero todavía tendrían que pasar por una prueba de fuego en febrero de aquel año 28, que también significó algo notable.

Uno de los actos centrales del Carnaval era algo tan decorativo y banal como la elección de la “reina”, que resultó ser una joven caraqueña llamada Beatriz Peña. Pero el detalle que comenzó a enturbiar (o a ponerle sabor, según se mire) a la celebración fue el discurso de “coronación”, que estuvo a cargo de un joven llamado Pío Tamayo, para entonces desconocido y al cabo de unos años referencia cimera del pensamiento político venezolano: este muchacho introdujo, difundió y discutió varios de los primeros textos de marxismo en Venezuela. Betancourt, Villalba y Gabaldón también aprovecharon las tribunas y altavoces para decir un par de cosas en la misma línea, que la dictadura no estaba acostumbrada a que se las gritaran en público.

Coronada la joven “Beatriz I” comenzó la persecución. Los más brillantes discursadores de la jornada (Tamayo, Betancourt y los otros) fueron encarcelados en la prisión caraqueña de La Rotunda. Para sorpresa del régimen, a la mañana siguiente una multitud de aquellos mismos estudiantes se presentaron en la cárcel para exigir su liberación o ser apresados también. El gobierno sacó unas cuentas y se decidió por la segunda

opción: más de 200 estudiantes universitarios tras las rejas, trasladados a la lejana Puerto Cabello, hicieron estallar una ola de protestas en varias ciudades, y los dirigentes tuvieron que ser liberados.

La agitación y las conspiraciones continuaron por varias semanas. En abril se descubre una alianza entre estudiantes y militares que organizaban un golpe de Estado, lo que desembocó en otra detención masiva de jóvenes y en el envío de varios de ellos al exilio.

Gómez sobrevivió al año 28 y a esta nueva forma de confrontación, tan ajena a las guerras rurales a Mauser, lanza, cañón y machete: la población venezolana comenzaba su lento éxodo hacia las ciudades y esas ciudades habrán de ser los nuevos campos de batalla. Las ciudadanías germinales o emergentes comenzaban a agruparse en torno a partidos modernos, y en Venezuela resulta un lugar común decir que a partir de la generación del 28 se conformó el liderazgo que protagonizó las tensiones fundamentales en el resto del siglo: partidos como Acción Democrática, Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI), Partido Comunista de Venezuela y otros de cuyo protagonismo se dirán algunas cuestiones a lo largo de esta síntesis.

La era de Gómez en el poder habrá de prolongarse durante unos años más, exactamente hasta el 17 de diciembre de 1935, fecha en que muere el dictador. El gomecismo como corriente intentará chapalear y alargar sus tentáculos durante unos años más, pero ya en los años 40 el dueño del petróleo venezolano había evaluado el terreno y las nuevas condiciones de su mina de extracción de hidrocarburos, realizó un balance de los esfuerzos por realizar y por ahorrar y decidió qué escenario le costaba menos: mantener en el poder a una corriente decimonónica y anquilosada que ya no controlaba adecuadamente las agitaciones sociales en el nuevo campo de batalla, o adaptarse a la evolución natural de las nuevas tendencias políticas.

Gómez había llenado el país de aeropuertos, en donde aterrizaban y despegaban a placer las aeronaves estadounidenses; también las había llenado de caminos que sirvieron de trazado inicial de posteriores carreteras, pero el enquistamiento del gomecismo en el poder ya era insostenible para Estados Unidos, para Venezuela y para la historia. Estados Unidos necesitaba ahorrar y asegurar el acceso a los recursos naturales, y también ocupar su energía emocional y su atención en un

escenario que también se agitaba con violencia: una Europa donde se levantaba el monstruo nazi-fascista, y donde ya el comunismo tenía poder y territorios.

•

Algunos datos dignos de conservar como anotaciones a las que será preciso volver:

- En 1920, la población de Venezuela era de 2.479.525 habitantes, según el censo de ese año. En 1941, recién comenzada la Segunda Guerra Mundial, ya teníamos 3.850.771 habitantes, y el censo de 1950 registraba 5.034.838 habitantes: nuestra población se duplicó en tres décadas, y solo en los años 40 (guerra, posguerra e inmigración masiva de europeos) el incremento de la población fue de un tercio del total (más de un millón de personas). Este primer gran *boom* demográfico del siglo fue estimulado, a la muerte de Juan Vicente Gómez (1935), por una política de inmigración del gobierno de Eleazar López Contreras, que fue particularmente receptivo con los ciudadanos europeos, a quienes les atribuía la vocación y la misión de “mejorar” el componente social y productivo de Venezuela. Esta política se prolongó durante la década de los años 50.
- En 1921, la exportación venezolana de café, cacao y los derivados del ganado vacuno (carne, cueros) alcanzaba los 122 millones de bolívares; la exportación de petróleo y sus derivados apenas llegaba a 12 millones. Las importaciones que requería la república para abastecerse eran de 96 millones, dejando un saldo a favor de Venezuela de 26 millones. En los tres años finales de esa década, los números en esos mismos renglones eran: 128 millones de bolívares en exportaciones agropecuarias, 634 millones en exportaciones petroleras, unas importaciones que superaban los 400 millones de bolívares, y un saldo negativo o deficitario para el país: Venezuela importaba en 1928 hasta 274 millones de bolívares menos de lo que exportaba; esa generación volvía a saber lo que significaba eso del endeudamiento, en el terreno de las relaciones internacionales. En términos porcentuales, la

exportación de productos agrícolas pasó de 92 por ciento a 2 por ciento en esa década, y el petróleo y sus derivados pasó de 2 a 90 por ciento en el mismo período.

- Fenómeno alterno, complementario o quizá origen del anterior: la población urbana, que en 1941 era de 31 por ciento del total, se duplicó en 20 años (62,1 por ciento en 1961) y ya al comenzar el siglo XXI bordeaba el 89 por ciento.
- Dato para efectos de percibir el alcance de la lesión de nuestra soberanía: en la década de los años 50 del siglo XX (gobierno del general Marcos Pérez Jiménez) los consorcios estadounidenses e ingleses (la hegemonía anglosajona) disponían para su explotación de más de 6 millones de hectáreas de territorio venezolano, cerca de 7 por ciento del total.

•

Un militar cercano a Gómez, Eleazar López Contreras, ocupó la presidencia hasta 1941. Aunque adulado por haberle correspondido el rol de iniciar la lenta apertura de Venezuela hacia el siglo XX (Gómez había sido una agotadora prolongación del siglo XIX) la realidad revela que cumplió también las misiones de contener los movimientos que reclamaban una apertura social, y de proscribir partidos políticos con la misma saña que su padre político. A Estados Unidos ya le preocupaba la presencia de comunistas en Europa Oriental; cómo no iban a preocuparle la activación de partidos, cuadros y militantes en su entorno cercano.

24

Mientras en Europa seguían retumbando los cañonazos de la II Guerra Mundial, en Venezuela otro militar con verbo y promesas civilistas se dispone a ocupar la presidencia. Viene de ocupar altos cargos en la presidencia de López Contreras, y su ascenso al poder tuvo una especie de falla de origen, un “plomo en el ala”: se le ha creado un halo o fama de fascista, por sus acercamientos con Benito Mussolini. Cuando, ya como presidente, tuvo ocasión de borrar para siempre esa mancha al ser hundido el buque petrolero venezolano Monagas por el fuego nazi, Isaías Medina Angarita optó por mantener la neutralidad de Venezuela en el conflicto. Poca gente creyó que ese gesto tuvo por objeto mantener al país alejado de posibles ataques y consecuencias

destructivas, y Estados Unidos tampoco lo creyó del todo. Empujado por las circunstancias, declaró la guerra a los ya casi vencidos alemanes en el año 45, solo para cumplir con el requisito de ingresar a Venezuela en la Organización de las Naciones Unidas.

A pesar de la fuerte presión política, Medina Angarita se permitió gestos como la legalización de los partidos Acción Democrática y Comunista de Venezuela, y fue el primero de esos partidos el que, en alianza con un sector de las Fuerzas Armadas a cuyo frente figuraba un tal Marcos Pérez Jiménez, lo derrocó en 1945 e instauró lo que luego se ha conocido como el Trienio Adecos (porque adecos se les llama a los líderes y militantes del partido AD).

El hombre de Truman

Antes de entregar la presidencia, evento previsto para 1946, Medina Angarita realizó algunas jugadas destinadas a preservar algo parecido a la paz en Venezuela, y también, por qué no, algo de su influencia en los manejos del país. El año 1945 era de honda intranquilidad; llámese “intranquilidad” a esa cosa que se respira en el ambiente cuando dos o más grupos aspiran al poder, y no sólo lo aspiran sino que se creen dueños de él, y entonces son capaces de atraparlo o defenderlo con sangre si es necesario (con la sangre de los demás, se entiende).

Los más sedientos en esa carrera por el poder eran los adecos y los militares gomecistas. Medina, quien a pesar de ser militar sabía que el tiempo histórico estaba en una frontera detrás de la cual había que darle chance a los civiles, se oponía a que López Contreras lanzara su candidatura a la presidencia. Vino entonces López Contreras y lanzó su candidatura, por sus cojones, y Venezuela se llenó de un ruido de sables.

Cuando todo indicaba que iba a haber problemas para terminar de meter a Venezuela dentro de una cosa desconocida hasta entonces, llamada “democracia”, Medina Angarita asomó el nombre de un candidato fuera de lo común. Había sido ministro de López Contreras y embajador plenipotenciario ante Inglaterra, había fundado y dirigido un periódico (El Nuevo Diario) y era, en general, un diplomático influyente en el

ambiente enrarecido de la guerra. Cuando lo postuló, en agosto de 1945, se desempeñaba como embajador de Venezuela en Estados Unidos, y era amigo muy cercano del presidente Harry Truman.

Su prestigio en el país era sobrecogedor. Aplastante, porque en aquella Venezuela la gente común y también los personajes públicos se quitaban el sombrero ante un sujeto que hablara otros idiomas y que fuera conocido y respetado en el mundo. Bastó que Diógenes Escalante fuera anunciado como candidato del Partido Democrático Venezolano para que todo el país se volcara en aplausos detrás de él, y esto incluía a los partidos de oposición. Esto solo volvió a ocurrir en Venezuela medio siglo después con un caballero que fue secretario privado suyo por unos días, el periodista Ramón J. Velásquez.

Escalante era un personaje de conciliación nacional, el elegido, el presidente que todos querían; alguien tan increíblemente potable que era querido por los adecos, los comunistas, los militares y los intelectuales del patio, y de paso era el consentido de Harry Truman. Truman estaba más feliz que Medina Angarita: que el tipo con quien te tomas los tragos esté a punto de administrarte el pozo de petróleo durante unos años, sin forzar la situación, no tiene precio.

Ramón J. Velásquez le hizo una breve entrevista a Escalante cuando éste llegó al país a encargarse de este negocio, y la prensa nacional reprodujo esa entrevista en miles y miles de ejemplares que la gente leía y comentaba en todas partes como si se tratara de la radionovela del momento. Fue tal el impacto de ese documento que Escalante mandó a buscar al joven periodista Ramón Jota y le pidió que fuera su secretario personal. Velásquez aceptó, y al día siguiente comenzó a trabajar con Escalante dos horas al día, de seis a ocho de la mañana. Ambos eran paisanos, nativos del occidental estado Táchira, y allí se estableció una relación muy cordial de hermandad; Diógenes le aconsejó al periodista que trabajara con él solamente esas dos horas, para que no abandonara su trabajo en el periódico.

Un día de septiembre estaba prevista una reunión de Escalante con el presidente Medina Angarita en Miraflores, el palacio de gobierno. Extrañado porque el candidato no llegaba, el ministro del Interior, Arturo Úslar Pietri, llamó al despacho de Escalante. Úslar le dijo que lo estaban esperando en el palacio presidencial y Escalante le dio una primicia: “Han

desaparecido mis pañuelos. No puedo salir de aquí sin mis pañuelos. Son miles de pañuelos”. Cortada la llamada, hubo una nueva llamada de Úslar; atendió el secretario, Ramón Jota. Úslar Le preguntó:

–Velásquez, ¿qué es lo que ocurre con el embajador Escalante?

–Dice que no puede asistir a la reunión porque se le han perdido sus pañuelos.

–¿Y usted qué dice de eso?

Hubo una pausa. Ramón Jota estaba en la obligación de decir la verdad, pero también sentía la obligación de serle leal a su paisano, que seguía siendo su jefe. Respondió:

–Yo digo que eso es lo que dice el doctor Escalante.

Una junta médica se reunió de emergencia para hacerle una evaluación al excelentísimo señor embajador. Mientras el examen tenía lugar, afuera del recinto esperaban militares, políticos de todas las tendencias, personalidades varias. Fue el doctor Enrique Tejera quien salió y les informó a los señores presentes: “El doctor Escalante padece de una dolencia cerebral degenerativa, irreversible”.

Las expresiones de admiración que horas antes toda Venezuela le prodigaba cedieron paso a un dictamen brutal que corrió también de boca en boca: “Se volvió loco el doctor Escalante”. No fue objeto de más vejaciones y burlas porque el presidente de Estados Unidos mandó un avión de la Fuerza Aérea norteamericana a buscar a su amigo caído en desgracia.

Unos días atrás, al llegar a Venezuela, había en el aeropuerto una multitud, miles de personas esperándolo, altas personalidades pendientes de aparecer en las fotografías con el virtual presidente. En la despedida apenas había una docena de personas, sólo familiares y amigos muy cercanos. Uno de ellos era Ramón J. Velásquez, quien reveló que Escalante le dirigió estas palabras antes de subir al avión, en un chispazo de lucidez: “Lo siento mucho. Todo llegó demasiado tarde”.

Venezuela se quedó sin candidato de unidad (y también Estados Unidos); los adecos y una facción de militares derrocaron a los pocos días a Isaías Medina Angarita.

De los adecos al Nuevo Ideal Nacional

En esa década, la de la Segunda Guerra Mundial, conocimos por primera vez lo que era un *boom* demográfico y el estallido de las consecuencias de una bonanza petrolera. Ya hemos comentado que el fenómeno de la urbanización nos marcó como escenario de una mutación social, signada por el abandono del campo y la inmigración masiva de personas que huían de una Europa devastada. De ese decenio hasta el año 60 tuvo lugar, también, una reconfiguración del poder político y de nuestra estructura consumidora y productora de energía. Lo que sigue es un intento de resumir esas tres dimensiones de la violenta mutación de un país.

Recordar: el general Marcos Pérez Jiménez había sido el militar al mando durante el golpe de Estado que derrocó a Medina Angarita en 1945; el complemento político de ese movimiento fue el partido Acción Democrática, en cuyo nombre fue designada una Junta de Gobierno cuyo eje más notable era Rómulo Betancourt. En ese período que va de 1945 a 1948 los adecos consiguieron avances en materia de soberanía petrolera, y no fue poca cosa: desde 1945, a las compañías extranjeras se les exigió aumentar el pago de impuestos de 12 a 20 por ciento de sus ganancias, impuesto que luego fue aumentado a 28,5 por ciento.

Llega el momento de las elecciones, establecidas por la Asamblea Constituyente para realizarse en diciembre de 1947; en el ambiente resuena la propuesta de elevar los impuestos a las empresas explotadoras del petróleo hasta 50 por ciento (bautizado como “*fifty-fifty*”): mitad de las ganancias para el Estado, la otra mitad para las compañías petroleras. Este dato quedará debidamente almacenado en la memoria de ciertos grupos de poder que habían disfrutado de la generosidad de un Juan Vicente Gómez y de la tibieza de un López Contreras. Algo iba a cambiar después de tres décadas de caudalosa extracción de materias primas.

Nada o casi nada se opone a la voluntad adeca de poder y de transformación. Su líder, Rómulo Betancourt, ha realizado giras internacionales y se ha labrado un sólido prestigio. En Venezuela es considerado uno de los grandes oradores del siglo XX, y su verbo entremezclado de cultismos y aires populacheros ha cautivado a organizaciones y dirigentes desde Nueva York hasta Buenos Aires. Lleva consigo una etiqueta algo incómoda: se le considera marxista-leninista y en un principio parece

no importarle que se le note. Cuando llegue el momento de deslastrarse de esa pecaminosa marca lo hará mediante el trámite de la masacre y la proscripción de grupos como el Partido Comunista de Venezuela.

Pero todavía eran los años 40 y Venezuela nadaba en petróleo y en dólares. Con 500 mil barriles diarios de petróleo venezolano se alimentó la maquinaria de guerra de Estados Unidos y sus aliados en las grandes conflagraciones, y esto nos reafirmó como mina de extracción digna de ser cuidada y consentida. Las personalidades más prestigiosas del mundo intelectual se declaran activistas o simpatizantes de Acción Democrática. El escritor Rómulo Gallegos fue designado candidato para las elecciones de 1947 y resultó vencedor en las primeras elecciones universales realizadas en Venezuela; el otro Rómulo (Betancourt) le entregó la banda presidencial en febrero de 1948.

A la sombra, un Estados Unidos espantado por aquel incomodo *fifty-fifty* y un Pérez Jiménez a la expectativa comenzaron a socavar al nuevo gobierno. En el parlamento había representaciones de los partidos socialcristiano (COPEI), Unión Republicana Democrática y Partido Comunista de Venezuela, pero la agitación callejera y los movimientos militares hacían difícil y pesada la gobernabilidad. Tal como ocurrió con Castro y Gómez en 1909, el ex aliado y mano derecha de los adecos en la aventura de 1945 decidió desalojarlos del poder en noviembre de 1948. Pérez Jiménez se hizo con el poder mediante la instalación de una Junta Militar en la que él tomaba las decisiones.

Uno de los integrantes de esa Junta, Carlos Delgado Chalbaud (justo el más popular y carismático) fue asesinado por pistoleros en Caracas en 1950, en lo que se registra como el único magnicidio de la historia política de Venezuela, y el otro integrante de la Junta, Germán Suárez Flamerich, huyó despavorido rumbo al exilio cuando el general se hizo nombrar Presidente Provisional por la Asamblea Nacional Constituyente de 1952. También padecieron cárcel y exilio Rómulo Betancourt y varios otros jefes de los partidos políticos. Todo el país quedó entonces en manos de Pérez Jiménez, quien se fue convirtiendo en el otro dictador emblemático del siglo XX venezolano, después de Juan Vicente Gómez.

Si los años 40 fueron la década del éxodo masivo hacia unas ciudades todavía amorfas, sin ninguna planificación (se creaban sectores y periferias a medida que las multitudes buscaban acomodo), en los 50

tuvimos ocasión de aplicarnos a su consolidación y definición estética. La “personalidad” de Caracas (primeros edificios con ínfulas de rascacielos, autopistas y redes de viaductos colosales e ingeniosos, urbanismos y unidades habitacionales para medianas o grandes conglomerados) encontró en esa década, la de Marcos Pérez Jiménez y su “Nuevo Ideal Nacional” (lema de su plan de reorganización del país) muchos de sus rasgos físicos más evidentes y referenciales.

Como el petróleo manaba a chorros, y como la gasolina y el asfalto son derivados del petróleo, los planificadores no encontraron decisión más obvia para la vialidad, el sistema circulatorio del país, que el predominio de las carreteras y del automóvil. El ferrocarril, que ya había perdido bastante terreno e importancia como sistema de transporte interno de pasajeros, materias primas y mercancías, fue convirtiéndose en mobiliario para la nostalgia y los museos.

Visible y exitosa, con todos los matices y señalizaciones que esa expresión requiera, esa propuesta de entrada a bocajarro en algo que por acá llaman, alegremente, “modernidad” (desde una perspectiva arquitectónica y artística lo era) venía siendo construida sobre un procedimiento político represivo y excluyente que ya para 1957 resultaba insostenible e impresentable, incluso para Estados Unidos. Durante el gobierno de Pérez Jiménez, al que la propaganda le atribuía cualidades gerenciales y administrativas asombrosas, casi mágicas, se torturó, apresó y exilió a todo lo que olierá a partido político. Los números macroeconómicos mostraban una prosperidad y una solidez que eran la envidia de todos los países del continente, la velocidad con que se inauguraban obras públicas a base de acero y hormigón silenciaba el drama interno de la ciudadanía, sobre todo la partidizada y la que no encontraba acomodo en el nuevo concepto de ciudad. La pobreza era castigada con esquizoide severidad. De aquellos años data la Ley de Vagos y Maleantes, un perverso mecanismo de exclusión: como había un discurso oficial que declaraba la hazaña del pleno empleo, las personas desocupadas eran perseguidas, detenidas y enviadas a cárceles y colonias de trabajos forzosos. Ser pobre y desempleado era, no un foco de delincuencia, sino un delito en sí mismo.

Nuevamente aparece el Tío Sam en la arena de las decisiones venezolanas: en diciembre de 1957 se encuentran en Estados Unidos los exiliados Rómulo Betancourt, Rafael Caldera y Jóvito Villalba (partidos Acción

Democrática, Comité de Organización Política Electoral Independiente -COPEI-, Unión Republicana Democrática) negociando directamente con el Departamento de Estado norteamericano una transición hacia la democracia representativa. Pérez Jiménez convocó a unas extrañas elecciones que en la realidad ganó Jóvito Villalba, de URD, pero esa victoria fue desconocida y el dictador fue ratificado como presidente para seguir gobernando a partir de 1957.

Sobre Betancourt seguía pesando aquella carga de su juventud marxista, y él se encargaba de hacer circular una vieja carta enviada a López Contreras en los tempranos años 40, cuando estaba exiliado y rogaba una oportunidad para regresar al país: “Señor Presidente: le escribo solicitando de su Gobierno la visación de mi pasaporte, para regresar legalmente a Venezuela lo más pronto que me sea posible. No creo ni siquiera necesario insistir en cuál es mi posición ideológica. Usted la conoce desde hace tiempo, y sabe que nada, absolutamente nada, me liga a la Internacional Comunista, ni al llamado Partido Comunista de Venezuela. Tengo una confesa y definida posición democrática, que no colida con el espíritu ni con la letra de nuestra Carta Constitucional”. Algún tipo de advertencia le fue hecha al respecto en las reuniones neoyorkinas. El caso es que de allí salió listo para retomar su rol de líder fundamental de una nueva etapa política.

Entre los venezolanos es común y conocida la expresión “Pacto de Puntofijo” (llamado así porque se discutió y firmó en la residencia de Caldera, llamada Puntofijo) que fue el acuerdo de gobernabilidad y de no agresión entre los principales partidos de la era de la democracia burguesa. Esa etapa comienza el 23 de enero de 1958 con el derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez. Pero existe un acuerdo previo, el decisivo, en el que se acordó con Estados Unidos el apoyo de este país a la nueva clase política que habría de encargarse de gobernar Venezuela, y a cambio de qué: el Pacto de Nueva York.

Refrendado este acuerdo mínimo entre los principales partidos de la burguesía (excluido y bajo observación quedaba el Partido Comunista de Venezuela) en diciembre de 1957, todo fue cuestión de poco tiempo para que el dictador fuera echado a la fuerza y realizadas elecciones para escoger a un nuevo mandatario.

A todas estas, ¿en qué andaba el pueblo de Venezuela mientras “sus líderes y dirigentes” decidían en salones y oficinas el destino de la administración del Estado? He recogido y publicado el testimonio de un caballero que para la época era un adolescente y militante de la Juventud Comunista, Luis Emilio Morín. Él estuvo presente en varios lugares y momentos que ilustran la naturaleza de lo que ocurrió en las calles de Caracas el día 23 de enero de 1958, día que desde el discurso adoctrinador de las escuelas primarias nos fue narrado a los venezolanos como “día de júbilo” por largos años, pues ese día el dictador huyó de Venezuela.

Estos son fragmentos del testimonio de Morín:

“De esa época recuerdo la agitación; el 57 fue el año de la huelga estudiantil, eran los últimos meses de Pérez Jiménez y la represión era en serio (...) Para mí era emocionante, era como una aventura. Cada vez que había disturbios era seguro que se presentaba la policía, muchas veces nos cercaban y había que escapar como fuera. Incluso a veces se presentaban algunos bichos cuando ya estaba oscuro, sin que hubiera disturbios, y nos perseguían. Varias veces me salvé de un carcelazo porque, muchacho al fin, era más ágil y más rápido y me les perdía (...) Todo enero de 1958 fueron acciones de calle, sobre todo los días finales, el 21 y el 22. Estuve activo esos días, participando en la agitación.

La madrugada del 23, cuando toda Caracas escuchó el avión de Pérez Jiménez que se iba y la noticia del derrocamiento, salimos a la calle, pero no a celebrar porque había asuntos que resolver. En la casa se estaban quedando por esos días unos españoles, que luego me enteré de que eran militantes de izquierda, y con ellos me fui para la sede de la Seguridad Nacional (la policía política), que quedaba en la avenida México frente a la Escuela Experimental Venezuela, donde hoy está el hotel Caracas Hilton (luego Hotel Alba Caracas). Cuando llegamos ahí los españoles se me perdieron y yo me abrí paso hasta el frente, junto con la vanguardia. Aquello era un gentío enardecido armado de piedras, tubos y palos, dispuesto a sacar a los esbirros de su guarida.

De pronto, los esbirros comenzaron a disparar desde adentro. Sabía que la dictadura estaba derrocada pero ahí estaban algunos de ellos, atrincherados, resistiendo, tratando de disuadir a los atacantes. A mí me agarró la plomazón antes de llegar a la acera; aquel poco de gente retrocedió

corriendo o lanzándose en el pavimento y yo pegué un brinco, mi hermano, que todavía hoy paso por ahí y no me explico cómo pudo ser, porque de un solo salto pasé por encima de las rejas de la Escuela Experimental Venezuela y caí del otro lado. Ahí están las rejas, igualitas, cualquiera puede ver lo altas que son (...) al pasar por encima de las rejas, que terminan en unas flechas, una de esas puntas me ensartó la bota del pantalón y me lo abrió desde abajo hasta la entrepierna. Me di cuenta porque yo estaba acostado en la grama de la escuela, que estaba mojada, las balas pegaban en los charquitos de agua y de pronto sentí que me salpicaba agua fría en la pierna. Me vi la pierna y dije “¡Coño!”, tenía el pantalón abierto como una falda.

Unos pocos minutos después me tocó ver una de las escenas más fuertes que he visto en mi vida. En algún momento los esbirros dejaron de resistir o se entregaron, y entonces vino la venganza popular. A uno lo degollaron. A otro le dieron con una botella en la cabeza y después lo agarraron a golpes. Yo no participé en el linchamiento pero vi muchas cosas.

Decidí irme a la casa. Estaba horrorizado. Pero lo que hice fue cambiarme el pantalón y volví a salir a la calle”.

•

Fue sangriento y macabro el fin de la era Pérez Jiménez, y sangriento el comienzo de la nueva época. El dictador huyó en un avión rumbo a República Dominicana, adonde lo recibió su colega, el tirano Rafael Leónidas Trujillo.

33

Las elecciones presidenciales venezolanas se celebraron en diciembre de 1958 y fue electo presidente Rómulo Betancourt.

Pocos meses después, en República Dominicana, Trujillo fue asesinado a balazos y el huésped venezolano debió huir de allí a toda carrera; escogió a Estados Unidos como destino. Estados Unidos, ustedes recuerdan: aquel país con el que Betancourt tenía tan buenas relaciones.

Marcos Pérez Jiménez fue deportado a Venezuela, y acá fue enjuiciado y encarcelado.

Estrenos: la democracia y la trampa del Guri

En mayo de ese 1958 el entonces vicepresidente de Estados Unidos, Richard Nixon, vino a Venezuela, convocado por la Junta Militar que se ocupó del poder ejecutivo desde la caída de la dictadura. Todo estaba formalmente en orden, de acuerdo con los planes, todo era armonía entre los gobiernos de Venezuela y ese país. Nixon se disponía el 13 de mayo a presentar una ofrenda ante la tumba del Libertador Simón Bolívar. Y entonces ocurrió algo que no estaba previsto: un estallido de manifestaciones callejeras de rechazo a la presencia del jerarca norteamericano.

El momento crítico de la jornada tuvo lugar cerca del Panteón Nacional, donde reposaban los restos de Bolívar. Un grupo de cadetes se dirigía desde el Cuartel San Carlos hacia el Panteón para rendirle honores al visitante, pero una multitud se interpuso en su camino y no les permitió a los militares cumplir el recorrido. No hubo represión; simplemente algún oficial dio la orden de retirada y los cadetes se devolvieron. El automóvil donde viajaba Nixon fue apedreado en las calles de Caracas. Fracasaba así el intento de popularizar y de hacer ver como amigos de Venezuela a los benefactores de la clase política.

Betancourt, quien desde la década del 20 se había forjado a pulso una imagen o fama de socialista, comunista, izquierdista o algo parecido (era el tiempo en que todos esos conceptos y tendencias se entremezclaban en el lenguaje y el imaginario de estudiosos e ignorantes por igual), tenía ya experiencia como estadista. Su rol dentro del trienio adeco (1945-1948) había tenido rasgos nacionalistas y en 1956 había publicado en el exilio un libro de historia de Venezuela que muchos consideran un clásico de la historiografía del siglo XX: *Venezuela, política y petróleo*. En este libro, que se ocupa en casi toda su extensión de denunciar y explicar lo mal que hicieron todos los gobiernos venezolanos, excepto el suyo, en materia petrolera, Betancourt formula y esboza algunas líneas maestras de su visión del tema. Destacan estos puntos o políticas: elevación de los impuestos hasta el límite que entonces se consideraba razonable, dentro del sistema capitalista y la economía de mercado: concurrencia de Venezuela como entidad autónoma al mercado internacional del petróleo (esta formulación es una premonición de lo que luego fue la Organización de Países Exportadores de Petróleo -OPEP-); cese del otorgamiento de concesiones a particulares, y organización de una empresa petrolera del

Estado; creación de una refinería nacional, con capital mixto; inversión de una cuota de los ingresos obtenidos de los ingresos petroleros en diversificar la economía, etcétera.

Más allá de la filosofía y consideraciones teóricas había una realidad pragmática que atender, y en esa realidad estaba Estados Unidos, país sin cuyo consentimiento era imposible acceder al poder e incluso gobernar. Y estaba también una fuerza insurgente que halaba en sentido contrario. Desde los primeros años de su gobierno se habían conformado grupos armados, con frentes guerrilleros y Unidades Tácticas de Combate en las ciudades. Aunque la creación de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) como brazo armado del Partido Comunista data de 1962, ya en 1960 un legendario militante de nombre Argimiro Gabaldón había expuesto la necesidad de crear un movimiento insurreccional que tomara como modelo y fuente de apoyo a la triunfante Revolución Cubana. Él mismo se fue en 1961 a las montañas de Mérida y Lara, en el occidente, a organizar frentes guerrilleros. Un año después ya había otros frentes alzados en territorios rurales del oriente y el centro de Venezuela. Betancourt necesitaba demostrarle a Estados Unidos que no quedaban rastros de su pasado marxista en su organismo, y aquel escenario le vino muy bien. Había que ensañarse contra aquellos comunistas auténticos, y Rómulo tuvo ocasión de ejercitar en contra de los insurrectos eso de la saña y la crueldad.

La vanguardia revolucionaria venezolana decidió movilizar a los comandantes y talentos mejor preparados para llenar de guerrillas rurales un país que abandonaba masivamente el campo para dirigirse a las ciudades: a la hora de los resúmenes y explicaciones, ha sido importante partir de esa incongruencia, aparente o no.

A la par de la creación de esas organizaciones estallaban algunos focos de rebelión militar. Tres alzamientos (profusión de ruido de sables) se produjeron en un año, entre junio de 1961 y junio de 1962: unidades y cuarteles de Barcelona, Carúpano y Puerto Cabello se sublevaron y fueron escenario de enfrentamientos. Todos fueron sometidos, en cada uno resultó vencedora la facción de las Fuerzas Armadas leales a Betancourt. El Partido Comunista de Venezuela y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR, producto de una división de Acción Democrática) tuvieron participación en esos alzamientos, lo que les valió la cárcel a varios comandantes o dirigentes.

Después de Betancourt llega a la presidencia mediante el voto popular el abogado Raúl Leoni, otro exponente de aquella añeja Generación del 28 que desafió a Gómez más de treinta años atrás, miembro también de la Junta que gobernó durante el trienio adeco. Destacado líder, había sufrido la cárcel y el destierro durante la dictadura de Juan Vicente Gómez. Cuando éste murió en 1935 Leoni regresó al país, pero el presidente designado, Eleazar López Contreras, volvió a mandarlo al exilio por la misma razón: era un hombre “de izquierda”. Para evitar sorprenderse o maravillarse con este dato de los adecos izquierdistas es preciso tomar en cuenta que López Contreras era uno de los militares de confianza de Gómez, así que a su derecha no había otra cosa que una pared. Leoni y cualquier otro joven vociferante podía entonces pasar por alguien de izquierda, sin mayor esfuerzo.

Llega el año 1964 y Leoni se dispone a gobernar un país donde, a pesar de los duros golpes y la persecución de Betancourt, siguen proliferando los grupos armados. Algo de experiencia en tareas de Estado trae Leoni en el equipaje; en 1945 había formado parte de la Junta Revolucionaria de Gobierno, había sido ministro del Trabajo en esos mismos años y luego vuelto a encarcelar y a expulsar durante el mandato de Pérez Jiménez. Senador en la era Betancourt y finalmente candidato, resultó electo en comicios presidenciales. Su promesa electoral fue la conformación de un gobierno de amplia base; ya veremos qué quedó de esa invocación a algo tan generoso como la amplitud.

La principal obra pública por la que se le admira y recuerda fue la inauguración de la represa del Guri, corazón y músculo central del Sistema Eléctrico Nacional; este hito resulta crucial para efectos del objeto de estas páginas, así que nos detendremos brevemente en sus intersticios.

Estados Unidos andaba por esos años haciendo gala de la exportación de planes y sistemas de electrificación, que corrían a cargo de varios consorcios yankees. Esta política macro fue exportada a varios países; en Venezuela, uno de sus tentáculos se ocupó de la construcción de la Central Hidroeléctrica Simón Bolívar (alguna vez llamada Central Hidroeléctrica Raúl Leoni), la más grande de un sistema de centrales hidroeléctricas que desde entonces alimenta a 70 por ciento o más del país. La obra fue formulada por primera vez en 1947; eran aquellos años en que Rómulo

Betancourt era presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno. Es decir, catorce años antes de ser presidente por segunda vez, ya Betancourt andaba proponiéndole proyectos a Estados Unidos.

Esa central, que tiene su base operativa en el sur de Venezuela, en el río Caroní, y su construcción más grande y notable en el embalse del Guri, está entre las cinco plantas generadoras de electricidad más grandes del mundo. En vista de que algunas fuentes aseguran que es la segunda, otros la tercera y algunas más la quinta, resolvámoslo con ese detalle, seguramente impreciso pero que resulta ilustrativo. Es muy grande el Guri, colosal, mastodóntico, elefántico. Los elefantes, los mastodontes y los colosos tienen fama de ser torpes y vulnerables. Allí tienen, sin esfuerzo, la mejor imagen del sistema eléctrico nacional, que depende casi totalmente de este sistema, este concepto y esta construcción.

El estudio de factibilidad para construir esa represa con su planta fue realizado por una empresa norteamericana llamada Harza Engineering Company, la misma que construyó la represa de Derbendi Khan, en Irak. Irak, ese mismo país adonde, previo a los bombardeos de 1991, hubo un gigantesco apagón: neutralizada Derbendi Khan, el país se quedó sin energía eléctrica.

En 1963 se adjudicó el contrato para la construcción de la planta a un consorcio norteamericano formado por Kaiser Engineering and Constructors, Macco International, Tecon International, Merritt Chapman & Scott Overseas, Christian Nielsen y Technical Building Construction.

El sistema ha sido objeto de modificaciones y ampliaciones, e incluso la incorporación de equipos y elementos alemanes y japoneses. Pero el espíritu y filosofía de la construcción (centralizar en un solo punto, a 800 kilómetros de Caracas y a más de 1.400 del punto más lejano alimentado por sus generadores) trae sello estadounidense. Sobre este asunto habrá que volver más adelante, cuando toque explicar cómo es que los creadores de un monstruo pueden prender y apagar ese monstruo según las conveniencias.

Frente a la lucha armada, motorizada por estructuras más o menos precarias, aunque propagandísticamente efectivas, hubo un “estilo Leoní” de atacar esta anomalía, dentro una historia que la naciente democracia burguesa quería y necesitaba pacífica y armoniosa. Ese “estilo” contó

con el patrocinio del Comando Sur de Estados Unidos, que para esos años comenzó a formar militares latinoamericanos en la lucha antiguerrillera (había que impedir que el ejemplo de Cuba se propagara por la región) y a producir unos documentos que con el tiempo han sido descubiertos y difundidos: manuales de tortura e interrogatorio a militantes y colaboradores del comunismo.

El Instituto del Hemisferio Occidental para la Cooperación en Seguridad (Escuela de las Américas) convirtió en especialidad la formación de comandos antiguerrilleros. En Venezuela, esos comandos fueron bautizados “Cazadores”, cuya tarea específica era combatir por todos los métodos a la insurgencia. La escuela norteamericana de la guerra había alcanzado momentos cumbre en la Segunda Guerra Mundial, y luego en Vietnam. Listos para combatir las tácticas guerrilleras, y equipados con armamento de última generación proporcionado (vendido) por Estados Unidos, los militares venezolanos fueron perfeccionando nociones de guerra no siempre legales. Una antigua cárcel ubicada en la Isla del Burro, en el Lago de Valencia, fue reabierta como centro de interrogatorio, tortura y despedazamiento de guerrilleros.

El gobierno de Leoni inauguró en América Latina la práctica de la desaparición forzosa de personas. Venezuela fue el laboratorio de una serie de prácticas que las dictaduras regionales de la década siguiente perfeccionaron y masificaron hasta el espanto. Esa política de aniquilamiento y terror asesino y elevó a categoría de mártires a docenas de activistas y combatientes de los movimientos de izquierda, armados o partidistas. El partido Acción Democrática, que había levantado buena parte de su prestigio ante la ciudadanía sobre una epopeya profusa en testimonios de encarcelamientos, asesinatos, exilios y torturas, demostró durante su década en el poder que la perversidad y la brutalidad perzjimenista podía ser superada.

Por cierto que esa comparación entre los regímenes la realizó el venezolano común a la hora de ejercer su voto en las elecciones de 1968: el exdictador Marcos Pérez Jiménez, postulado como candidato al senado por el partido Cruzada Cívica Nacionalista, resultó electo con una abrumadora cantidad de votos, pero el tribunal supremo venezolano anuló esa elección. Así concluía esta nueva década sangrienta para Venezuela: Pérez Jiménez se largó para España y Leoni y los adecos se largaron del

poder, aunque temporalmente. Acción Democrática pagó con el rechazo de los venezolanos su desempeño al frente del Estado, y cedió el poder al socialcristiano partido COPEI, en la persona de su fundador y máxima figura histórica, Rafael Caldera, electo para el período 1968-1973.

Vacas gordas y vacas flacas

Rafael Caldera representaba, en el reducido espectro político de la derecha venezolana, la antítesis de los adecos. Era el conservador por antonomasia, el hombre culto, capaz de desenvolverse en las altas esferas políticas y aristocráticas de todos los continentes con una fluidez que en esa época maravillaba a todos. Doctor por méritos en varias universidades extranjeras, catedrático experto en la obra de Andrés Bello y estudioso del idioma castellano; venezolano catalogado por la propaganda burguesa como “universal”, porque los presidentes, monarcas, intelectuales y el mismísimo Papa le rendían honores. En el sistema de códigos menos graves o más callejeros se hablaba con humor o con asombro de su destreza a la hora de utilizar la increíble cantidad de cubiertos que se emplean en los banquetes, sin equivocarse. Sujeto que, por ignorancia en el tema, corta el pescado con el cuchillo de picar pollo, es execrado de las altísimas esferas de la sociedad; “nuestro” Rafael Caldera era capaz de no confundir la cucharilla del postre con la de ponerle azúcar al café, y esas cosas hablaban de un ser que estaba por encima del común.

No era adeco ni comunista el nuevo presidente; deducía la simple o sarcástica maquinaria de analizar situaciones del venezolano-pueblo que, como Caldera era un señor respetado, entonces a Venezuela también la iban a respetar.

Período de interesantes contrastes, el primer gobierno de Caldera (anotar: hubo un segundo gobierno de Caldera) es recordado, entre otras cosas, porque le tendió una mano a aquella golpeada izquierda, les ofreció indulto o amnistía a sus combatientes y líderes encarcelados, y los llevó a una mesa para firmar una condición o acuerdo que desde entonces se conoce como “la pacificación”. Eso fue la primera mitad de los 70: el tiempo y escenario para que cesaran los intentos de insurrección

armada. Hay quien concluye que el movimiento revolucionario sufrió más divisiones y perturbaciones con esta medida que con el fuego a mansalva del método adeco.

De todas formas, el nuevo “estilo” socialcristiano navegó por esta tierra con sus rasgos de intolerancia cultural y dureza en la represión política. Al catedrático no le tembló el pulso, por ejemplo, para ordenar el allanamiento policial y cierre de la Universidad Central de Venezuela en 1968.

Es fama que en esos años los jóvenes eran detenidos por llevar el pelo largo o insinuar en su vestimenta la adopción de la moda *hippie*, un asunto cerrado para los anglosajones en la década anterior, pero que a Venezuela llegó con algo de retraso. El ídolo del rock Carlos Santana vino al país a presentarse en 1973, y a la entrada y la salida de sus presentaciones en Caracas y Valencia la policía se ensañó a golpes contra los asistentes a esos eventos, que buena parte de la sociedad consideraba más satánicos que extravagantes. Rock, Santana: muchachos de pelo largo y ojos enrojecidos, marihuana, perdición. Demasiado bondadoso con los compatriotas descarriados parecía aquel Caldera capaz de perdonar incluso a los guerrilleros comunistas, pero si eso que llamaban “la colectividad” (ese territorio lleno de votantes, y además en un año electoral) pensaba que los *hippies* eran algo malo el gobierno sentía la obligación de darle alguna satisfacción a ese espíritu recatado.

40

A Caldera lo sucede Carlos Andrés Pérez (nuevamente Acción Democrática al poder). En este período (1973-1978) ocurre un hito importante, la nacionalización del petróleo. Esta jugada encontró terreno fértil en la situación mundial de los hidrocarburos y el fortalecimiento de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). Cundía en esos momentos en el planeta una especie de terror porque alguien propagó la sospecha de que las reservas mundiales de petróleo iban a acabarse en pocos años, de continuar el ritmo de explotación, así que mientras las petroleras se distraían un rato explorando otras posibles y rentables fuentes de energía, la OPEP hizo subir el precio del crudo hasta cinco veces. También el hierro fue objeto de un acto de nacionalización.

Venezuela se vio de pronto, entonces, administrando una inesperada montaña de recursos, una gloriosa bonanza que pasó a la historia en el lenguaje popular como “la época de las vacas gordas”: el momento de

nuestra historia en que se propagó la imagen-estereotipo del venezolano viajero, que iba por el mundo con una maleta de dólares, despilfarrando, haciendo ostentación de su condición de nuevo rico.

Eso fueron los años 70 venezolanos, los años de la gigantesca prosperidad que, por supuesto, alcanzaba solo a una casta privilegiada, mientras en la periferia de las ciudades crecía el cinturón de miseria: el esquema clásico de todos los países latinoamericanos.

Pese a lo soberbio de la expresión “nacionalización del petróleo”, consistente en su declaración más simple en el fin de las concesiones extranjeras y en el paso del manejo del petróleo al Estado venezolano, en la práctica continuó nuestra dependencia tecnológica y política de las grandes corporaciones que sí sabían del negocio. Fue fácil explicarles a los venezolanos del momento en qué consistía la trampa: usted tiene mucho petróleo y mucho hierro, se lo vende a las potencias, las potencias procesan esas materias primas (usted no sabe ni tiene con qué hacerlo) y luego le venden productos de hierro y plástico. Venezuela compraba entonces su propio petróleo y su propio hierro convertidos en gasolina, artefactos eléctricos, manufacturas de plástico, aluminio, hierro, etcétera. Con todo, los ingresos en divisas alcanzaron para forjarnos durante esos pocos años la sensación de abundancia y autosuficiencia.

Masacres y estallidos

Esa prosperidad o ilusión de prosperidad se derrumbó en la década siguiente; los 80 fueron “la época de las vacas flacas”, la del aterrizaje forzoso en la realidad. “Alguien” había dilapidado aquel océano de dólares y ahora nos tocaba sobrevivir y recomenzar con nuevos métodos y nuevas reglas de juego. De la fama de nuevos ricos nos quedó apenas la leyenda, y esa enorme mayoría de los venezolanos que jamás salimos de la pobreza fuimos convocados a hacer, otra vez, como tantas otras veces, el sacrificio de rigor para que las dirigencias levantaran los números macroeconómicos.

El aterrizaje forzoso se produjo, o mostró sus señales más visibles, durante el gobierno del demócrata cristiano Luis Herrera Campíns (partido COPEI), quien había triunfado en las elecciones de 1978. El país

venía de la mencionada época de extraña prosperidad que enriquecía a unos pocos y se reflejaba en el aspecto y dinámica de las ciudades, pero empobrecía a las mayorías, cuando de pronto, el 18 de febrero de 1983, el presidente de la República anunció una devaluación de la moneda venezolana respecto al dólar. Hasta entonces, el prestigio del bolívar reposaba en su estabilidad, los venezolanos de la época se acostumbraron a calcularlo y a planificarlo todo tomando como referencia el precio de 4,30 bolívares por dólar estadounidense. Herrera Campíns anunció la creación de un mecanismo llamado Régimen de Cambio Diferencial (RECAD), de modo que el valor de 4,30 se conservaba para los bienes básicos, y para el resto de las transacciones el cambio fluctuaba entre 7 bolívares y lo que indicaran las variaciones de la compra-venta.

El detonante para la medida de implementación de un control de cambio (se cansó de explicar Luis Herrera, y cada vez que lo explicaba menos lo entendía el común) fue un proceso de fuga de capitales protagonizado por los sectores empresarial e industrial, que en el último año habían retirado de Venezuela suficientes divisas como para hacer vulnerable la moneda y empeorar el cuadro de disminución de las reservas internacionales. Los precios del petróleo experimentaron por esos años un descenso dramático a nivel mundial (de exportar casi 20 mil millones de dólares Venezuela bajó sus ingresos a casi 13 mil millones, en solo un año), justo en la década del bochorno de la deuda externa latinoamericana. A ese día del anuncio del Ejecutivo se le conoce como “El Viernes Negro”.

42

La complejidad que los ciudadanos de todo el mundo advierten en los temas económicos llevó a los venezolanos a tomarlo por el flanco más simple: había una crisis económica y el presidente Luis Herrera Campíns era el culpable. Herrera, un llanero de Acarigua que solía matizar sus discursos y alocuciones con dichos y refranes populares, no consiguió deslastrarse jamás de ese señalamiento, pese a que en un momento particularmente rudo de las discusiones públicas hizo su mejor esfuerzo de síntesis para explicarle a la gente lo que estaba ocurriendo: “Esta medida pretende evitar que los empresarios se lleven todas las divisas de Venezuela. La protesta contra el control de cambio es el llanto de los ricos”.

Poco antes del renombrado Viernes Negro, el 4 de octubre de 1982, Luis Herrera debió confrontar otro escándalo; la masacre de Cantaura es uno de los hitos fundamentales del ejercicio brutal del poder en el

período de la democracia representativa. Una emboscada del Ejército, la Fuerza Aérea y varios cuerpos de seguridad del Estado culminaron con la muerte de 23 guerrilleros del Frente Américo Silva, brazo armado del partido Bandera Roja. La noticia de la operación fue divulgada como un enfrentamiento, pero los testimonios e investigaciones posteriores revelaron que la mayoría de los combatientes fueron capturados vivos y sometidos a torturas y vejaciones; la evidencia del ultraje sexual a varias guerrilleras conmovió incluso al público anticomunista promedio.

En 1983, un Herrera Campíns devastado por este tipo de desastrosos informes de gestión cedió el mando a Jaime Lusinchi, de Acción Democrática. El signo personal más resaltante del nuevo presidente resultó un banquete para la prensa y para los buscadores de chismes y comidillas: la afición al trago del presidente era vox pópuli. Ese tipo de flancos débiles que los rivales políticos y los periodistas de política o farándula suelen no perdonar.

El 8 de mayo de 1986 quedó disipada toda posibilidad de chiste o carcajada fácil. En la población de Yumare, en el estado occidental de Yaracuy, varios militantes de izquierda fueron emboscados por los organismos de seguridad del Estado, bajo el mando de un siniestro personaje de nombre Henry López Sisco, resultando muertos nueve de ellos. La diferencia fundamental de esta masacre respecto a la de Cantaura fue que los de Yumare no llevaban armas ni conformaban un grupo armado. Simplemente, fueron abordados en un sector montañoso y asesinados uno a uno; un sobreviviente de la emboscada abundó luego en detalles de lo que había sido la matanza.

Dos años y medio después, en octubre de 1988, catorce pescadores fueron masacrados en la población de El Amparo, en la frontera con Colombia. La versión oficial divulgó y confirmó, hasta que ya no fue posible sostener la coartada, que se trataba de un grupo guerrillero al que el Comando Específico José Antonio Páez (creación del mismo López Sisco) respondió con fuego a un ataque. Pero en toda la frontera se supo que los asesinados eran pescadores, que no preparaban rebelión alguna sino un evento tan inocuo como un sancocho (una gran sopa, de pescado en este caso) a la orilla de un río y que habían sido ejecutados con tiros de gracia. Nuevamente el testimonio de dos sobrevivientes contribuyó con la difusión de detalles del macabro atentado.

Un Edmundo Chirinos, rector de la Universidad Central de Venezuela, psiquiatra y otras cosas que le “sucedieron” después, acuñó durante una entrevista una expresión que se hizo inolvidable, para referirse a esa Venezuela que pergeñaba su nueva pobreza sin generar una hecatombe social: dijo que la generación de los años 80 venezolanos era una “generación boba”. Se refería el doctor al hecho de que hubiera tantos motivos para que surgiera alguna corriente o movimiento insurreccional que aplastara a la clase política y económica dominante, y a mediados de la década la gente parecía más bien adaptarse a las vejaciones impuestas por la cúpula estatal-empresarial, confabulada en el reparto de poder y riquezas. Generación vejada por una cúpula gobernante, sin rebelarse: generación boba.

En el habla popular se había instalado también una expresión que resumía el descontento con la forma de gestionar el poder y los recursos de la clase política gobernante desde 1958: “Aquí hace falta un Pérez Jiménez”, decían nuestros viejos cada vez que había un aumento de precios, se producía un acto notable de corrupción o criminalidad violenta. Cada vez que el Estado demostraba fragilidad o proclividad a los manejos turbios el común de la gente recordaba al general: aquel tipo que no permitía la disidencia y (pero) castigaba y gobernaba con mano de hierro.

Pocos años transcurren desde aquella declaración de Chirinos, y la “generación boba” comienza a sublevarse. Un día de marzo de 1987, un estudiante de la Universidad de Los Andes fue muerto de un balazo en Mérida, por un motivo fútil como pocos: el estudiante decidió orinar en el jardín de una casa y el dueño de ésta lo liquidó de un disparo. La rabia de sus compañeros de estudio degeneró en disturbios de tal magnitud en la ciudad de Mérida que ésta fue militarizada al cabo de unos días. Pero el movimiento tuvo réplicas en varias ciudades del país, y por varias semanas las universidades venezolanas protagonizaron disturbios que fueron reprimidos brutalmente. A ese momento de alzamientos se le conoce como “El Marzo Merideño”, preludio del estallido mayor, el que cambió la faz política de Venezuela: el Caracazo o Sacudón de febrero de 1989.

Caracazo

El episodio ha sido narrado y analizado hasta la saciedad, así que aquí procede solo un resumen de sus líneas gruesas: de regreso a la presidencia de la república, Carlos Andrés Pérez promueve y ejecuta un plan de medidas económicas amoldadas y negociadas por el Fondo Monetario Internacional (FMI). Estas medidas, consistentes en la aplicación de un recetario neoliberal tecnocrático, de espaldas a las clases empobrecidas, fueron anunciadas a principios de febrero de 1989, y el 27 de ese mismo mes se produjo un estallido social de grandes proporciones, en casi todas las grandes y medianas ciudades de Venezuela. Saqueos generalizados, disolución efectiva de la autoridad, situación de caos incendiario en contra de los comercios y de las propiedades. En rigor, la invasión de los centros urbanos con la rabia de la periferia.

El Estado reaccionó con saña criminal, con policía y ejército, y el recuento de estas jornadas, que se prolongaron cuatro días más, habla de 347 muertos (cifra oficial) y más de tres mil (cifra estimada), luego del hallazgo de fosas comunes y las denuncias y testimonios de desapariciones, torturas, heridos.

También se ha convertido en expresión común el decir que ese día Venezuela mutó hacia otro tipo de sociedad. En efecto, costaría mucho rebatir la idea de que se trata del hito fundamental del siglo XX, pues este torcimiento de la historia no la protagonizó grupo político, militar o empresarial alguno; la historia del país no la cambió una invasión extranjera ni una vanguardia a partir de alguna ideología revolucionaria; no nos convertimos en “otra” Venezuela después de una catástrofe natural o acuerdo entre élites, sino el levantamiento violento de una ciudadanía harta de vacas gordas, flacas o atléticas. Veintisiete de febrero: la fecha en la que un pueblo obligó a un gobierno a reconsiderar y desechar un plan de medidas del FMI que ya estaba en marcha.

No resulta vergonzoso referir una situación personal cuando esta puede multiplicarse por miles (esta exploración no se ha hecho; tal vez sea una deuda pendiente): en los años 80 muchos venezolanos estábamos más bien entregados al disfrute de lo poco que nos dejaba la debacle general. Todos los alcoholes, fiestas, despilfarro de tiempo y de energía, en una época en la que no había nada que celebrar.

A partir del año 89, luego de la masacre, y sobre todo un año después, cuando comenzaron a aflorar de la tierra los cuerpos de nuestros compatriotas asesinados, se produjeron las transformaciones personales de rigor. Muchos venezolanos despolitizados, apáticos o desvinculados de la militancia partidista debieron, por la fuerza y el dramatismo de los hechos, comenzar a ver con interés personal, familiar, local y luego nacional, el proceso de transformación de un país que ya no encajaba en aquel simple y descarado modelo o esquema: la Constitución de 1961, la del Pacto de Puntofijo, establecía que la soberanía residía en el pueblo, que la ejercía mediante el sufragio. El acto de ir a votar cuando las élites políticas iban a medirse en contiendas electorales era lo que legitimaba y refrendaba nuestra participación política.

Pero los tiempos y los acontecimientos estaban exigiendo la desaparición de la generación boba, o la transformación radical de las actitudes ciudadanas, desde la actitud contemplativa hacia la opción militante. Cambiaba nuestro entorno personal, y con el mismo dramatismo cambiaba nuestro entorno ciudadano y cambiaba el país.

“Por ahora...”

46

La última década del siglo XX nos deparó más de una sorpresa. La primera de ellas sobrevino el 4 de febrero de 1992: una madrugada llena de ruido de sables, una balacera frente al palacio de Miraflores, varios cuarteles militares sublevados, el presidente Carlos Andrés Pérez huyendo por las calles de Caracas y el señorío de los rumores, en un tiempo en el que no había Twitter ni teléfonos inteligentes aunque sí un par de emisoras de radio y periodistas más o menos despiertos.

Antes de mediodía ya se sabía de un intento de derrocamiento violento en marcha; el propio presidente Pérez lo anunció a través de la televisora privada Venevisión, a cuya sede llegó luego de algunas peripecias. Cuando al mandatario le tocó pronunciar el imperativo “ríndanse”, con la voz temblorosa y un semblante que no proyectaba control de situación alguna (ni la corporal, ni la institucional) seguramente muchas personas pensaron en la tardía eficacia de aquel mantra: “Aquí hace falta un Pérez Jimenez”.

Tal vez muchos suspiraron y su expectativa se llenó de fantasías, pero para los militantes o simpatizantes de izquierda, o su sector más desinformado, se revolcaba en sentimientos encontrados: era maravilloso presenciar la fase de declive y derrumbe de una clase política, pero resultaba vergonzoso y preocupante que el factor insurgente fuera un elemento de las Fuerzas Armadas. Ni más ni menos, la institución más conservadora después de la iglesia. Si tan mal les iba a las organizaciones socialistas con unos gobiernos electos en comicios libres, ¿cómo nos podía ir ahora si algún gorila se montaba en el trono?

Luego de dos décadas de dictaduras latinoamericanas no había que explicar mucho el porqué de la asociación automática milico-gorila-de-recha-anticomunismo. Pero cuando al jefe de aquella rebelión le abrieron los micrófonos y las cámaras para que anunciara la rendición del Movimiento Bolivariano, y sobre todo después, cuando se revelaron las relaciones y enlaces de ese movimiento con grupos y personajes de izquierda, hubo ocasión para comprender muchas cosas, y para preguntarse otras más.

El teniente coronel Hugo Chávez Frías hizo su entrada en la historia pública y mediática de Venezuela debido a una concesión, a un pacto entre los militares sublevados (y derrotados) y los leales al presidente recién salvado del derrocamiento. El presidente Pérez había ordenado acabar “a plomo” con la insurrección, pero los protagonistas de uniforme decidieron que habría un anuncio de cese al fuego y respeto mínimo hacia los insurrectos apresados. La rendición fue anunciada por Chávez a través de las radios y televisoras del país. Fue su primer discurso público; duró poco menos de un minuto.

Esto fue lo que dijo el comandante del alzamiento:

“Primero que nada le quiero dar los buenos días a todo el pueblo de Venezuela. Este mensaje bolivariano va dirigido a los valientes soldados que se encuentran en el regimiento de paracaidistas en Aragua y en la brigada blindada de Valencia.

Compañeros, lamentablemente, por ahora, los objetivos que nos planteamos no fueron logrados en la ciudad capital. Es decir, nosotros acá en Caracas no logramos controlar el poder. Ustedes lo hicieron muy bien por allá, pero ya es tiempo de evitar más derramamiento de sangre, ya es tiempo de reflexionar

y vendrán nuevas situaciones, y el país tiene que enrumbarse definitivamente hacia un destino mejor. Así que oigan mi palabra, oigan al Comandante Chávez que les lanza este mensaje para que por favor reflexionen y depongan las armas, porque ya en verdad los objetivos que nos hemos trazado a nivel nacional, es imposible que los logremos.

Compañeros, oigan este mensaje solidario, les agradezco su lealtad, les agradezco su valentía, su desprendimiento, y yo ante el país y ante ustedes, asumo la responsabilidad de este movimiento militar bolivariano”.

Ese corto discurso se convirtió en objeto de análisis, conjeturas y manejos de toda índole por parte del pueblo de Venezuela, que no dudó en convertir en expresión popular (todavía hoy es usada en circunstancias precisas) la fórmula verbal más inquietante de toda la alocución:

- ¿Cuánto cuesta un kilo de carne?
- Dos mil bolívares, *por ahora*.
- ¿Sigues viviendo con tu pareja?
- Lamentablemente, por ahora*.
- ¿Tienes planes de ir a la playa?
- Sí, *por ahora*.
- ¿Qué tal tu salud? ¿Cómo te sientes?
- Bien, *por ahora*.

48

Hugo Chávez fue llevado a prisión junto con los principales cabecillas de aquel Movimiento Bolivariano. Pero durante la sesión extraordinaria convocada y llevada a cabo por el Congreso nacional aquel mismo día comenzó lo que podría llamarse el proceso de reivindicación moral de aquel movimiento, que poco a poco fue revelando su composición y factura cívico-militar, con un fuerte componente de izquierda; había allí participación del Partido de la Revolución Venezolana, producto de una vieja escisión del Partido Comunista y apéndice o complemento de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional creadas en los años 60. De modo que había al menos un personaje central de la lucha armada metido en estos ajeteos, el comandante Douglas Bravo.

Las intervenciones de los señores diputados y senadores que se fueron sucediendo a lo largo de la sesión tenían el unánime propósito de condenar el intento de golpe y el acto de traición a la democracia y a

la constitución, perpetrado por aquel grupo de capitanes, mayores, tenientes y teniente-coroneles. Una de las intervenciones más duras, la del senador David Morales Bello (Acción Democrática) había concluido con una frase lapidaria y concluyente: “Muerte a los golpistas”. Entonces se produjo el discurso clave, el que probablemente tuvo mayor impacto en la década después de aquel que contenía el *por ahora*.

En algún momento ejerció el derecho de palabra un personaje de quien la gente parecía haberse olvidado, el expresidente y senador vitalicio Rafael Caldera. El padre del socialcristianismo en Venezuela y una de sus leyendas vivientes en América Latina contaba con 76 años y había saboreado el amargo de la derrota incluso en el partido que había fundado, COPEI. El anciano se había creado a pulso una fama de enamorado del poder y de no tolerar que una generación emergente lo apartara del liderazgo de su creación política, pero algo quedaba de aquella imagen de sujeto un poco gris y anticuado pero recto, de señorón de rancia corte y probable habitante de algún mausoleo. El senador Caldera tomó la palabra, y cuando todos esperaban un discurso momificado y conservador de la momia conservadora por antonomasia, sobrevino la rareza del momento.

Palabras más, palabras menos, Caldera dijo que a él también le avergonzaba que su país hubiera regresado al trámite nefasto de las intentonas militares, pero llamaba a todos los presentes, miembros de la clase política gobernante (ni más ni menos, a los sobrevivientes y herederos del Pacto de Puntofijo) a preguntarse por qué la ciudadanía no había salido masivamente a defender la democracia. Era verdad que tampoco hubo un apoyo firme del pueblo a la causa de los alzados en armas, pero nadie se había manifestado en defensa del sistema político vigente en el país. “Los ciudadanos no están en la obligación de defender la democracia si la democracia no les garantiza sus derechos más elementales, como la alimentación, la seguridad y el acceso a una vivienda digna”. Fue el segundo o tercer gran estremecimiento del día. El 5 de febrero las principales noticias que registraron los periódicos fueron el evento sangriento de la jornada (murieron más de 100 soldados y civiles en los enfrentamientos) y las palabras del sabio y sagaz político. Tan mal de salud se encontraba la criatura llamada democracia representativa, que el discurso de un anciano caballero que andaba trajinando desde la época de Gómez fue catalogado como “fresco” y de avanzada.

El obvio o velado anuncio de Chávez, que sentenciaba que las cosas no iban a terminar con un simple intento fracasado de golpe, tuvo su confirmación el 27 de noviembre de ese mismo 1992: nueva madrugada de ruido de sables, la aviación atacando puntos clave de la seguridad del Estado en Caracas. Hugo Chávez, recluso en una cárcel desde febrero, apareció de pronto en las pantallas de la televisora del Estado, Venezolana de Televisión, leyendo un papel en el que se convocaba a las fuerzas armadas y al pueblo a sublevarse. El video había sido grabado en la celda, al lado de sus compañeros de armas también apresados, y como la alocución duraba pocos minutos la gente observó la misma escena y el mismo discurso varias veces, antes de que la señal fuera sacada del aire.

Ese día un sector de la aviación asumió el protagonismo y los habitantes de Caracas pudieron presenciar en vivo y sin pausas publicitarias algunas escenas propias de una ruda cinematografía: los aviones *Mirage* y *Bronco* sobrevolando y atacando con bombas y metralla algunas instalaciones estratégicas en el propio centro del poder, grupos armados cívico-militares tomando posiciones cerca del palacio presidencial. En el aeródromo de La Carlota, al este de la capital, un *Bronco* que volaba a baja altura fue derribado por el fuego leal a Pérez, una escena que fue presenciada por televisión en todo el mundo y por miles de caraqueños en vivo, directamente en su cielo technicolor.

También esta insurrección fracasó y sus líderes fueron encarcelados o huyeron al exilio. Pero el gobierno de Carlos Andrés Pérez y su ya deteriorado prestigio habían sufrido una lesión mortal, de la que ya no iban a recuperarse.

50

Algo más se había resquebrajado y anunciaba su progresiva demolición: el período histórico conocido como democracia representativa o democracia burguesa, producto de aquel Pacto de Puntofijo de 1958, y sobre todo del oscuro y cortésano Pacto de Nueva York de 1957.

Estertores y premoniciones

Seis años más, pletóricos de situaciones inéditas o atípicas en la historia política del país, habrían de transcurrir entre aquellas estocadas a Carlos Andrés Pérez y al puntofijismo, y la llegada del factor Chávez al

poder. Pocos días después del 27 de noviembre se realizaron elecciones regionales, en las que se escogería a los nuevos gobernadores de los estados y a los cinco alcaldes de los municipios de la ciudad capital. A pesar del triunfo en términos numéricos y absolutos de los partidos COPEI y Acción Democrática, las señales de reconfiguración del espectro político eran evidentes. Los gobernadores que alcanzaron la victoria lo hicieron en hombros de alianzas y combinaciones insólitas en las que no faltaron los acuerdos locales entre partidos tradicionales del estatus con nuevos y viejos partidos, de izquierda y de todo pelaje.

En Barinas, por ejemplo, el electo Gehard Cartay obtuvo apoyo y votos de los partidos COPEI, Movimiento Al Socialismo, MAS (producto de una división del Partido Comunista en los años 70, liderado por Teodoro Petkoff), entre otros. En Anzoátegui, la fórmula triunfadora de Ovidio González congregaba votos de esos mismos partidos y también del Partido Comunista, Unión Republicana Democrática, una agrupación de evangélicos pentecostales llamada ORA y el izquierdista Movimiento Electoral del Pueblo. El tercer factor más votado fue un cúmulo de micro-partidos nacionales o locales, que en conjunto sumaron más de 955 mil votos, en tanto que los vencedores COPEI y AD aglutinaban un millón 592 mil y un millón 289 mil, respectivamente.

La izquierda o las izquierdas, que en conjunto o aisladamente jamás habían obtenido más de 10 por ciento de los votos (entre 200 mil y 300 mil votos en sus mejores participaciones) elevó de pronto su cosecha de sufragios a más de 800 mil, con el MAS y La Causa Radical (creación de Alfredo Maneiro, un antiguo combatiente guerrillero, intelectual y estratega) como fenómenos electorales emergentes.

El MAS obtuvo poco más de 578 mil votos y ocho gobernaciones de las 22 en pugna, y La Causa Radical 219 mil sufragios y dos preciadas gemas. Una de ellas fue el triunfo en solitario, sin alianzas con ningún otro grupo, en el gigantesco estado Bolívar, que eligió gobernador al sindicalista Andrés Velásquez. Este territorio es el enclave minero y aurífero por excelencia, sede de varias empresas básicas, la colosal Siderúrgica del Orinoco y el corazón del sistema eléctrico del Guri, aquella creación de Estados Unidos inaugurada por Leoni. Y la otra gema para La Causa R fue la madre de todas las sorpresas: la victoria de Aristóbulo Istúriz en el

municipio Libertador de Caracas, el centro administrativo del poder en Venezuela. Por primera vez la izquierda colocaba de alcalde en Caracas a uno de sus dirigentes.

Cualquiera que fuera el punto de vista de los análisis electorales, era evidente que algo atípico se anunciaba como un presagio o premonición. Otras elecciones venideras ayudarían a detectar mejor la nueva tendencia o rumbo que el electorado comenzaba tímidamente a transitar.

En los albores de 1993 se conformó un grupo de opinión conocido como “Los Notables”, integrado por figuras del mundo político e intelectual, que fue realizando los lobbys, recomendaciones y maniobras necesarias para darle fin a la presidencia de Pérez sin necesidad de acudir a los sables. El período de gobierno debía culminar en 1994, pero el deterioro institucional y político del país hacían presagiar nuevas tempestades, de modo que a principios de 1993 el presidente fue destituido o separado de sus funciones, mientras el poder judicial y el poder legislativo iniciaban una investigación contra Pérez por manejo doloso y malversación de fondos públicos. Interrumpida así la segunda presidencia de Pérez, el Congreso eligió como presidente constitucional sustituto, en junio de 1993, a un caballero no relacionado directamente con los partidos o mafias del estatus, el senador Ramón José Velásquez.

52

En un tiempo en que tan palmaria y vergonzosamente se había desnudado la corrupción, marca indeleble que el sentir de los venezolanos percibía inseparable de la clase política representada en los partidos Acción Democrática y COPEI, la elección del buen Ramón Jota, que así se le conocía en los ámbitos periodístico y académico, fue recibida con agrado o al menos con alivio. Su obra como historiador y como periodista sobrio y sereno, su condición de septuagenario cuyo nombre jamás estuvo ligado a escándalos o corrupciones, era una señal de que el aparato gobernante declaraba cierta voluntad de saneamiento, al menos de la imagen del poder. Esto, a pesar de que el elegido había sido Secretario de la Presidencia de la República durante el gobierno de Rómulo Betancourt (1959) y ministro de Comunicaciones en el primer mandato de Rafael Caldera (1969).

No era un hombre de discursos grandilocuentes ni un líder de figura magnética y explosiva, sino más bien el abuelo capaz de convocar a un país a la calma, a la reflexión y a la lenta reconstrucción de un aparato

institucional devastado por la codicia y el hambre de poder. Era el tiempo de aquietar las hormonas y de admitir que el país había comenzando una transición.

Durante los pocos meses de la presidencia de Ramón Jota apenas hubo tiempo para una culminación del período sin tormentas, mientras en paralelo, un poco a la sombra, se producía un reacomodo de fuerzas y de figuras y agrupaciones emergentes. El presidente entró a Miraflores envuelto en el mencionado halo de pulcritud, pero el entorno estaba tan jodidamente descompuesto que su salida no pudo ser sin mácula. En la lucha entre la rectitud de Ramón Jota y la putrefacción del sistema salió salpicado el noble intelectual: su nombre quedó asociado a la desconcertante liberación de un narcotraficante de nombre Larry Tovar Acuña. La versión oficial y más difundida, al final, fue que su secretaria le ponía un montón de documentos cada día al presidente para que éste los firmara, y en uno de esos montones la señora dejó colar un decreto de indulto al delincuente. El episodio no pasó de ser un escándalo más, no hubo acciones jurídicas contra el intelectual pero sí quedaron sembradas dudas sobre la imagen de aquel abuelo, que se suponía llamado a convencernos de que todavía quedaba alguna reserva moral en la clase política.

A finales de ese año, 1993, se produjo la convocatoria a elecciones presidenciales. Aquellas señales de caos e indefinición que evidenciaron las regionales de 1992 se potenciaron, y fue el astuto Caldera quien supo administrarlas. Todo indicaba que los partidos de izquierda iban a continuar su ascenso numérico, y las esperanzas de ese sector las capitalizó el fenómeno electoral del año anterior: La Causa R. El candidato a la presidencia por ese partido fue Andrés Vélasquez, el líder sindical y gobernador de Bolívar.

La tradicional dificultad de las izquierdas para unirse en sólido bloque atentó contra la posibilidad de un mejor resultado, pero los venezolanos andábamos esperando conmociones de mayor o menor calado, y las hubo. En concreto, el ascenso en las encuestas de Andrés Velásquez y el clima general que se respiraba en torno a una candidatura tan distinta a las convencionales hacían guardar esperanzas de victoria. Pero el puntofijismo todavía no era un cadáver sino un enorme dinosaurio agonizante, y dicen los especialistas en dinosaurios políticos que la muerte de

estos especímenes suele ser lenta y laboriosa. Ahí estaba Rafael Caldera, ejemplo vivo y activo de cómo una época que no termina de morir puede hacerle pasar malos ratos a la que no acaba de nacer.

Caldera cabalgó en ese proceso sobre dos fenómenos o ventajas. Una, el efecto que habían dejado sus palabras en el Congreso durante la asonada de Chávez. Si bien éste permanecía encarcelado y nada podía hacer en términos de activismo o propaganda, el viejo líder socialcristiano capitalizaba algo de ese prestigio en gestación; se había atrevido a defender a un sujeto que el pueblo todavía miraba con sorpresa y simpatía. Y la otra ventaja era de tipo organizativo-propagandístico. Caldera y sus asesores interpretaron y recogieron a la perfección el espíritu multipolar del momento y lanzaron su candidatura sobre la plataforma del partido Convergencia, creado por el dirigente al romper con COPEI, y además sobre una alianza multifactorial, multicolor y multitendencias a la que le encontraron el mejor apodo posible: *El Chiripero*.

Anotación para no venezolanos: la chiripa es una especie de cucaracha pequeña, débil e insignificante si uno observa a cada individuo, pero cuando se les permite proliferar en las casas su multiplicación es incontenible. Como chiripas se fueron juntando medianos y pequeños partidos de todas las procedencias alrededor de Caldera, y esto era muy notorio en la profusión de afiches y pintas callejeras, y sobre todo en el tarjetón electoral: aparte del MAS y el Partido Comunista de Venezuela (parte de una negociación para sacar de la cárcel, vía indulto presidencial, a Chávez y a sus compañeros) a Caldera lo apoyaron grupos y grupúsculos insólitos, que iban desde los prestigiosos o venidos a menos MIN, MEP y URD, hasta los misteriosos y desconocidos AA, EPAP, U, FIN, FAI, MID.

54

Caldera ganó los comicios con el 30,46 por ciento de los votos, poco más de 1 millón 700 mil. El segundo lugar fue para Claudio Fermín (apoyado por AD y otros partidos), que obtuvo el 23,60 por ciento; Oswaldo Álvarez Paz, por COPEI y otros, alcanzó 22,73 por ciento, y el favorito sentimental de tantos, Andrés Velásquez, quedó en el cuarto puesto con 1.232.653 de votos, el 21,95 por ciento.

El fervor en torno a La Causa R y Andrés Velásquez no se conformó con la hazaña histórica de haber conseguido por primera vez más de un millón de votos para un partido de izquierda, y sus compañeros y

adversarios se ocuparon de difundir una sospecha o leyenda de la que todavía se habla con amargura en ciertos círculos: se dijo, y a veces sigue repitiéndose, que Velásquez ganó las elecciones y fue despojado de la victoria. Sus adversarios matizaron esa especie con un incisivo complemento: ganó, lo despojaron y él aceptó el fraude a cambio de dinero.

Con todo, el ascenso general de la izquierda fue el gran acontecimiento de la jornada, junto con el detalle de la precaria ventaja numérica del vencedor y el hecho de que, también por primera vez en la historia, cuatro candidatos presidenciales habían superado el millón de sufragios.

Caldera debió invertir lo que le restaba de genio o habilidad negociadora para gobernar con apenas la tercera parte del país electoralmente hábil a favor, y rodeado de súbitos aliados que probablemente lo respetaban, pero probablemente no tanto. Al frente del ministerio de Planificación nombró a Teodoro Petkoff. También, meses más tarde, le dio un cargo de mediana importancia a Francisco Arias Cárdenas, uno de los compañeros de rebelión de Chávez en febrero del 92.

A estos militares rebeldes, que habían llamado desde la cárcel a la abstención, los liberó vía indulto presidencial en marzo de 1994.

Varias formas de morir

La política económica de Caldera tuvo en la llamada “apertura petrolera” (un retroceso en materia de soberanía, pues volvía a convocar a la inversión de las transnacionales que la nacionalización había frenado) su signo más notable. En los años finales de su gobierno debió lidiar con el desplome de varias instituciones bancarias y de la economía en general, a lo que respondió mediante la aplicación de una receta neoliberal que recibió el nombre de Agenda Venezuela. Caldera, quien había trepado por encima de los escombros de un Carlos Andrés Pérez marcado a fuego por su desastrosa entrega al Fondo Monetario Internacional (FMI) en 1989, terminó negociando también con el Fondo Monetario Internacional los términos de una serie de préstamos o auxilios financieros.

Negociar con el FMI significaba entonces lo mismo que ahora: dar pasos claros de liberalización de la economía, mediante la privatización de empresas públicas, eliminación de los controles de cambio, etcétera.

Los precios del petróleo se habían desplomado, se discutía en el campo de juego geopolítico sobre la intención de inundar los mercados mundiales y maniatar a la OPEP para mantener los precios en el mínimo posible, y Petróleos de Venezuela S.A. (PDVSA) se aprestaba a participar en esta fiesta transnacional de países consumidores de hidrocarburos de la mano de su presidente, Luis Giusti.

En 1995 hubo nuevamente elecciones regionales y los números revelaban que la búsqueda de ese liderazgo emergente no terminaba de cristalizar; Acción Democrática volvió a obtener la mayoría de los votos, COPEI volvió al segundo lugar de los segundones y La Causa R no levantó más allá del 12,71 por ciento; el MAS volvió a su histórico 10 por ciento, y Convergencia, el partido del señor presidente, apenas superó el 8 por ciento. La incógnita venía representada en ese segmento que las estadísticas mencionan un poco despreciativamente como “Otros”: los demás partidos sumaron 11,95 por ciento. Algo reptaba por allí en las postrimerías del puntofijismo, pero ese algo no terminaba de tener un nombre o una imagen.

Para el venezolano promedio, necesitado de señales de vigor o de renovación de su liderazgo, el espectáculo de un Caldera físicamente agotado era el emblema de un modelo político también en decadencia. Sobre Teodoro Petkoff recayó el rol de la vocería frente a los medios. Su estilo duro, a medio camino entre el eficiente y jocoso jugador de la palabra y el entendido en temas económicos (él, ex guerrillero y economista *summa cum laude* de la Universidad Central de Venezuela) compensaba o hacía olvidar a ratos el lastimoso aspecto del Jefe del Estado, pero a muy poca gente le agradaba esa complicada síntesis del antiguo comunista que ahora defendía fórmulas neoliberales.

56

El presidente era, en los años finales de su segundo gobierno (1996-1997), nomás aquel señor de cuyos párpados caídos y su voz casi inaudible estaba pendiente todo el país. Un comediante del patio se convirtió en un éxito de televisión y luego de taquilla en cierto subgénero de teatro, utilizando aquella figura triste y alicaída como víctima de un show lacerante: Laureano Márquez se maquillaba y vestía para transmutarse en caricatura de Caldera, y la forma en que se paraba frente a un micrófono a iniciar una frase que al final no se escuchaba, o la forma en que parecía dormirse de pie, provocaba la hilaridad de los asistentes a

los escenarios en los que se presentaba. El humorista o cómico recorrió Venezuela fomentando las burlas con ese personaje patético, hasta que, después de una de esas presentaciones en la isla de Margarita, la policía política decidió que ya estaba bien de insultos al presidente y lo encarceló por unos días.

El otro preso célebre de esa segunda era Caldera fue un astrólogo, José Bernardo Gómez. A este caballero, quien además es historiador y filósofo, y de ninguna manera un embaucador de la venta de horóscopos, lo convocó un grupo económico a una reunión cerrada, para que le explicara a varios empresarios y políticos qué le depararían los astros al país durante el año 1997. Gómez desplegó su discurso lleno de metáforas y de conexiones entre la historia y el movimiento aparente de los planetas, y de pronto soltó una sentencia que no hubo forma de suavizar o reconsiderar: “El presidente Caldera morirá en 1997”.

Gómez concluyó su intervención, se despidió del auditorio y, al salir del lugar de la reunión, lo estaba esperando una comisión de la Disip (otra vez la policía política). Frente a las autoridades, y después frente al público, explicó que aquel era un lenguaje simbólico y de ninguna manera una predicción tajante, y mucho menos la revelación de algún plan o conspiración secreta. Fue liberado en poco tiempo, pero su prestigio como astrólogo quedó lesionado, al menos entre el público que espera más profecías palpables que jugarretas semióticas.

En los rigurosos términos de lo que significa “estar vivo”, Gómez no tuvo razón: Rafael Caldera no murió en 1997, pero sí lo que simbolizaba, que no era poca cosa: una época marcada por el influjo de la Generación del 28, la dualidad socialdemocracia - conservadurismo socialcristiano, el puntofijismo y su lubricante, la democracia representativa. Murió o empezó a morir apenas Hugo Chávez anunció, después de tres años de no decidirse, mientras recorría el país, que iba a presentar su opción a las elecciones presidenciales de 1998.

En los años 90, eso que llamamos “la época” no estaba ya personificado en el dos veces presidente Carlos Andrés Pérez (figura hecha pedazos en el 92) sino en su siamés histórico: muerto políticamente el hermano de al lado, Rafael Caldera era el hombre-época. Quedaban otros expresidentes con vida pero esos no contaban; ni el Lusinchi de las borracheras ni el Luis Herrera de los refranes ni el Ramón J. de la gris

nulidad. La democracia moribunda era Rafael Caldera, había un pueblo pendiente de inaugurar algo nuevo. Hasta el año 97 ese algo no aparecía ni había sido formulado ni propuesto.

Anohecía en la vida del veterano político, anohecía el siglo XX y anohecía eso que Chávez llamó poco después la Cuarta República. Venezuela no se apagó en la oscuridad de Caldera porque en el horizonte relampagueaba Hugo Chávez.

Segunda parte

La era Chávez

Todavía indeciso o negado abiertamente a su participación en algún proceso electoral, Hugo Chávez procedió en 1996, apenas liberado, a completar una faena que ya había iniciado en sus tiempos de cadete y suboficial del Ejército: recorrer el país en busca de apoyos y de la difusión de una doctrina cívico-militar a la que los venezolanos no estábamos habituados. Luego de todo un siglo de dictaduras militares, más de cuatro décadas de bipartidismo AD-COPEI y reducción de la idea del socialismo a grupos y sectas más o menos ajenos a las multitudes, la imagen de aquel hombre joven tenía que resultarnos extraña, preocupante o novedosa, pero en todo caso controversial: Chávez se declaraba bolivariano pero esencialmente de izquierda, había hecho carrera militar, exaltaba en sus discursos las virtudes civilistas de algunos próceres y viejos dirigentes, pero había dejado en suspenso al país con aquella declaración inquietante: no había conquistado el poder por las armas, pero solo “por ahora”. El contenido bolivariano y antiimperialista de sus arengas inquietaban a la clase empresarial y las estructuras de poder de Estados Unidos, que comenzaron a observar de cerca el fenómeno.

59

Apenas salió de la cárcel realizó un recorrido por Caracas y dijo unas palabras ante una discreta concurrencia en los alrededores del Ateneo de Caracas, sede y punto de encuentro de una intelectualidad de izquierda “light”, encarnada entonces por herederos y beneficiarios del novelista Miguel Otero Silva; una “izquierda caviar” de gustos refinados, coleccionistas de arte, adulada por sectores del poder económico y también un poco consentida por la Cuba revolucionaria. Esa curiosa criatura que copaba lo que reclamaba llamarse “el sector cultural” tenía su plataforma de lanzamiento en el diario El Nacional, fundado medio siglo atrás por

Otero Silva. La alquimia del renombre y el prestigio operaba esta clase de sospechosos trucos: como el escritor y periodista había sido comunista en su juventud entonces probablemente su esposa, hijos y allegados también lo eran, así sus ingresos y puesta en escena en las páginas de Sociales delataran su condición de pequeños (tal vez medianos) burgueses.

Rodeado por militantes, universitarios, ex compañeros de armas, ciudadanos curiosos y más de un agente de inteligencia o de seguridad del Estado, su súbita aparición pública congregó a una cantidad de personas acorde con los tiempos que corrían. Era un tipo de líder distinto al tradicional; el tono de su voz, la gallardía de su oratoria y el contenido anti sistema de su discurso tenían un formidable *punch* que agitaba a las masas y preocupaba al estatus, a los moderados y a los conservadores.

Chávez citaba a Bolívar con la misma pasión con la que le enviaba saludos y declaraciones de admiración a Fidel Castro (el colmo de la angustia de los políticos tradicionales sobrevino muy pronto: Chávez viajó ese mismo año a Cuba para visitar y saludar a Fidel), cantaba las canciones de Alí Primera (cantautor revolucionario, ícono venezolano de la canción comprometida y de la redención de los pobres, fallecido en 1985), estremecía un poco la confirmación de que había leído al menos unos manuales de marxismo-leninismo y provenía de una especie de célula creada en el seno de las Fuerzas Armadas por gente cercana al comandante guerrillero Douglas Bravo. De los tempranos años 80 databa la creación del Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 (MBR-200), así que la estructura, facción o tendencia tenía su buen par de décadas de maceración.

60 Aunque parecía un sujeto llamado o al menos dispuesto a acabar con el odioso y momificado “orden” puntofijista, los militantes o activistas de izquierda teníamos buenas razones para no aceptarlo incondicionalmente, sin discutir o analizar amargamente algunos asuntos: cómo, mediante qué artificio, podía alguien que provenía de la estructura más antigua, conservadora, retrógrada, acartonada y anticomunista de Venezuela, erigirse de pronto como el renovador o destructor de un régimen del que era pilar fundamental. Iglesia, empresa privada, partidos políticos, medios de información y estamento militar: cualquier corriente que estuviera al margen del sistema tenía que provenir de fuera de ese sistema. Era la posición de nosotros, quizá más emocionales que radicales, más aislados que románticos. El tiempo habría de revelar que esa posición era en

realidad retrógrada, acartonada, momificada y conservadora. Sorpresiva, feliz o dolorosamente, asistimos a la verificación de que las izquierdas, sobre todo las que se autodenominaban vanguardia, necesitaban de las lecciones del pueblo. Una década atrás había ocurrido el Caracazo; en el borde final del siglo XX nos estaba ocurriendo Chávez.

Se acercaba el momento de la elección presidencial de 1998, el sistema puntofijista languidecía visiblemente, mostrando los mismos síntomas de agotamiento que el presidente Rafael Caldera. Alrededor de Chávez cobraba forma la estructura que habría de sintetizar o juntar factores hasta entonces inconexos o poco articulados: antiguos compañeros de armas y militantes de varias tendencias dentro de la izquierda: la radical que alguna vez se alzó en armas, y la moderada, promotora de visiones más electoralistas y “potables” para el *statu quo*. Animados por los resultados de su extraña gira nacional (una gira de contacto y captación de militantes y simpatizantes, pero que necesitaba refugiarse en la clandestinidad, porque los cuerpos de seguridad le husmeaban de cerca los pasos) y también por el apoyo de factores económicos, entre ellos la maquinaria que hablaba desde las páginas de El Nacional, los responsables del MBR-200 fueron mutando y adaptándose a las posibilidades, crearon el partido Movimiento Quinta República, el MVR. La “V” es un 5 en números romanos, y alude a lo que una periodización de la historia de Venezuela propuesta por Chávez vendría a ser la quinta república. Según su división del proceso histórico venezolano, en 1958 se había creado la Cuarta República (las otras tres datan del tiempo de la Independencia), y ésta debía ser liquidada para abrir paso a la quinta. A mediados de julio de 1997 comenzó el nuevo movimiento a cobrar forma y a desarrollar una vertiginosa campaña rumbo a los comicios de 1998.

Vertiginosa: la primera medición de popularidad, realizada en noviembre de 1997, le otorgaba a Chávez cerca de 5 por ciento de la preferencia de los venezolanos aptos para votar, y seis meses después ya superaba el 20 por ciento. Los restos insepultos del puntofijismo buscaban resucitar o reacomodarse. Chávez ofrecía convocar una Asamblea Nacional Constituyente para redactar una nueva Constitución y refundar la república. “Refundar” fue el verbo que encontró su equipo para, probablemente, ir dosificando la promoción de una revolución. Ante una propuesta de ese calibre el viejo liderazgo no tenía nada realmente seductor que ofrecer.

Como de novedades se estaba hablando, la derecha realizó unas jugadas que simulaban algún aire de renovación; sus líderes echaron mano de nuevos partidos más cercanos al ámbito empresarial que a la vieja dirigencia de AD y COPEI, aunque algunos utilizaron a estas estructuras como estandarte. Despuntaron en el horizonte los partidos Proyecto Venezuela y el Convergencia fundado por Rafael Caldera. Del lado del naciente chavismo crecían o mostraban evidentes ímpetus La Causa Radical y una escisión de este, el partido Patria Para Todos; el MAS y el ya tradicional Partido Comunista. Una primera prueba de fuego para ese nuevo esquema tuvo lugar el 8 de noviembre de 1998, fecha de las elecciones parlamentarias.

Los resultados preconizaban la dislocación del tiempo histórico: Acción Democrática obtuvo nuevamente la mayoría de los votos y de los escaños (29,9 por ciento de los votos totales, 21 senadores y 61 diputados), el MVR, 22, 2 por ciento de los sufragios, para alcanzar 8 senadores y 35 diputados. El rancio COPEI obtuvo 13,5 por ciento, para 6 senadores y 26 diputados. Aunque resultaba inverosímil que los partidos tradicionales siguieran alcanzando votos y escaños, el fenómeno del momento fue lo que las sumas revelaban: por primera vez en la historia, la suma de los partidos de izquierda totalizaron cerca de 2 millones de votos, lo mismo que los tradicionales y emergentes de derecha. Escenario servido para las elecciones presidenciales del domingo 6 de diciembre.

A Barbie girl...

62

Así como las izquierdas aceptaron reagruparse y remozarse en torno a la figura de un caballero que les recordaba epopeyas nacionalistas, luchas populares y clasistas (Chávez agitaba a las masas con invocaciones a Bolívar, Miranda, Zamora y su propio bisabuelo, un guerrillero que combatió a Gómez en los Llanos bajo el grito y el apodo de “Maisanta”) la derecha ensayaba desesperadas formas de auspiciar o masificar la admiración por la presunta eficiencia de la empresa privada y una visión posmoderna y/o neoliberal de la gestión pública. Había llegado su momento de promover como figura nacional la figura de cierto tipo de gerente, emergido en algunos municipios desde la Reforma del Estado (1987-1988), opuestos en su concepto y estilo a los partidos tradicionales

y enemigos históricos, ideológicos y de clase de todos los socialismos y comunismos: era la clase media-alta y los sectores comercial e industrial exhibiendo sus virtudes, mostrando en los microscópicos y recién creados municipios donde vivía la gente acomodada lo que puede hacerse con muchos recursos y la alianza con el sector privado.

Un libro del zar de las comunicaciones, cabeza visible y promotor de poderosos grupos empresariales, Marcel Granier, resumía desde el título la dicotomía esencial del poder en Venezuela: “La generación de relevo versus el Estado omnipotente”. Era el liberalismo más estruendoso que reclamaba la reducción del Estado y la privatización de los ámbitos productivos, aspirando ahora a los espacios político-institucionales que el otoñal puntofijismo estaba por dejar vacíos.

Como a veces se impone la creencia de que lo distinto o novedoso tiene necesariamente que ser exótico o extravagante, la primera figura a la que acudió la derecha en aquel 1997, de forma casi unánime, fue Irene Sáez Conde. El lanzamiento de esta dama, cuya popularidad provenía de su coronación como Miss Universo en 1981 y de su gestión como alcaldesa de Chacao, tuvo la virtud de plantear el diáfano divorcio del país respecto a la etapa histórica inaugurada en 1958. Las encuestas satisfacían el morbo de los aficionados a las situaciones extremas o atípicas: las preferencias electorales se dividían entre un ex militar y una ex miss. Suficientes *ex* como para preguntarse en tono enigmático qué demonios le deparaba al país en el siglo y milenio por llegar.

Chacao es un pequeño municipio al este de Caracas, cuna y residencia de un próspero empresariado comercial y de los residuos de algo parecido a una aristocracia caraqueña. En uno de sus costados, el Caracas Country Club es una zona llena de mansiones cuyo corazón verde vegetal palpita desde un enorme campo de golf. Cuando los jerarcas adecos y copeyanos comenzaron a llenarse de dinero uno de sus divertimentos consistió en comprar o construir mansiones en ese sector hasta entonces rancio y exclusivo, y las familias aristocráticas, descendientes y herederas de los mantuanos (en la colonia y hasta la gesta de Independencia se llamó así a los blancos descendientes de españoles, pero nacidos en Caracas), comenzaron a emigrar rápidamente del sector. Usted puede tener mucho dinero, pero nunca jamás el dinero por sí solo hará que

usted se mezcle socialmente con ciertos apellidos y alcornias. El Country quedó huérfano de la aristocracia pero un nuevo tipo de millonario quedó por allí habitando esas insólitas casas de ensueño.

A pocas cuadras hacia el oeste, el transeúnte se topa con un barrio popular, precario y empobrecido, llamado Chapellín, que ya pertenece al municipio Libertador. Esta es la metáfora de Caracas, de Venezuela y probablemente de todo el mundo capitalista: el Chacao de los millonarios o aspirantes a millonarios roza territorialmente al Chapellín del municipio histórico lleno de proletarios, pero nunca se integran o se mezclan el uno con el otro.

En Chacao, Irene Sáez ensayó una forma de hacer política y de gestionar los recursos públicos y privados con algo que después supimos que se llamaba “gerencia eficiente”, aunque mucho nos costó obviar su lado caricaturesco. Uno de sus rasgos visibles más peculiares fue la imagen de la policía municipal. Hasta hacía menos de una década la función policial en toda Caracas la ejercía la Policía Metropolitana, un cuerpo que ya desde los años 70 era un ente desprestigiado, con miles de denuncias de brutalidad policial y asesinatos extrajudiciales; una entidad en franco proceso de descomposición moral e institucional. La policía de Irene, que así comenzó a llamarla la gente, portaba un uniforme compuesto por pantalones cortos (“bermudas”), camisa de color beige y un sombrero blanco cuyo modelo era copia de algún cuerpo de seguridad inglés, pero del siglo XIX. A ese sombrero (y por extensión a los funcionarios) los llamaban “los honguitos” por su diseño, que concitaba más simpatía que autoridad. Todo el mundo se burlaba de este abrupto salto de la barbarie a la ternura, pero a la hora de la verdad Poli-Chacao cumplía con firmeza sus funciones: impartía multas sin ceder a presiones ni sobornos, patrullaba con estoico frenesí, charlaba con los automovilistas para inculcarles el respeto a las normas. Los caraqueños comentaban con curiosidad y un poco de recelo cómo era que los motorizados transitaban por el municipio Libertador como hordas de depredadores, pero en Chacao se transformaban en ciudadanos ejemplares, respetaban disciplinadamente los semáforos, no transitaban por las aceras y se abstendían de atropellar o intimidar con sus insultos a automovilistas o a caminantes.

Cuando la alcaldesa abandonó el cargo su popularidad en el municipio rondaba un majestuoso 80 por ciento. Los venezolanos, proclives a la nostalgia y a los momentos televisivos más dramáticos, la recordaban como la muchacha sonriente que había hecho llorar de emoción al país cuando fue coronada como la mujer más bella del universo en aquel lejano 1981. Ante la debacle generalizada de las figuras políticas tradicionales los estrategas y expertos en imagen y propaganda no tuvieron reparo en experimentar con esta suerte de pieza antipolítica (categoría de moda en aquellos años): rubia, de clase media alta, bastante joven, no rozada por escándalo de corrupción alguno, había probado que sabía gerenciar y de paso estaba buenísima.

En términos de la confrontación electoral que se avecinaba, la estrategia de tensión entre símbolos o arquetipos resultaba bastante obvia: Irene encarnaba a la Venezuela juvenil, empresarial, audaz, renovadora, triunfadora, seductora y vendedora desde el punto de vista del apego a las fórmulas del *show business*. Su opuesto, Chávez, era la Venezuela violenta, que había atentado contra la democracia en un alzamiento donde hubo muertos y heridos; era el militar rudo sobre el que recaían varias de las sospechas o acusaciones más graves del momento: comunista, traidor al juramento castrense, negación del raciocinio o de la formación libresca, violento compulsivo. Un columnista de algún rancio periódico hizo público un juego de palabras recién descubierto: “civilización” tenía la misma raíz de “civil”, y esto es algo opuesto al ser militar. Entonces sonaban las alarmas y se encendían todas las luces del pánico de la “clase pensante” (así denominaban los generadores de opinión conservadores al antichavismo), que ya se acostumbraba a atribuirle al teniente coronel rasgos e impulsos primitivos, y a sus seguidores características también primitivas: fue el tiempo en que al chavista promedio se le empezó a llamar horda, turba, perraje. Un audio del que nunca se comprobó la autenticidad ponía en labios de Chávez una arenga pública en la que prometía freír las cabezas de los adecos en aceite.

En el submundo de esas otras simbologías del espanto, que no se proclaman abiertamente pero siempre se dejan detectar, la tensión semiótica estaba planteada entre dos tipos de venezolanos antagónicos: Irene era la chica sifrina, rica o hija de ricos, edulcorada, más católica que frívola y más frívola que bien formada académicamente, y Chávez era el mulato o zambo un poco salvaje que invocaba guerras del siglo XIX, desataba

orgasmos en una multitud cada vez que hablaba de justicia social y de reivindicación del negro, el indio, el excluido de siempre. Leídos desde sus adversarios, Irene era la blanca engreída y Chávez el resentido social; Irene, la elitista y racista; Chavez, el conductor de hordas criminales. Cuando quedaron abiertas e interpretadas de esa manera las cartas sobre la mesa, ya no hubo forma de que los comicios fueran armoniosos.

Por primera vez en su existencia, el partido COPEI no promovió a ninguno de sus militantes históricos como candidato, sino que apoyó a Irene en su candidatura. Uno de sus jefes, el gobernador del estado Miranda (Enrique Mendoza) se había convertido en su mentor, su principal apoyo y también en su pareja. Germen de una temprana debacle: la muchacha, emblema liberaloide de la antipolítica, ya no podía asegurar que sus credenciales o sus decisiones no estuvieran contaminadas con algo de la vieja y decadente política.

En las marchas y concentraciones proselitistas, el equipo de campaña de Irene hacía atronar las calles con una canción de moda entre la juventud más rosa: *"I'm a Barbie girl in a Barbie world / world in plastic: is fantastic"*. La comunión de semejante paquete publicitario con la visión del mundo del partido fundado por Rafael Caldera resultaba forzada e improbable. Quizá tanto como la imagen de la juntura sentimental de Irene con el dirigente Enrique Mendoza: ella era lo que era, y él era un señor veinte centímetros más bajo que ella, evidente sobrepeso, despiado o estudiadamente vulgar en el hablar y en el vestir.

66 El resto de los partidos de derecha no aceptó gravitar alrededor de Irene Sáez ni aceptarla como máxima líder o candidata de consenso. Un poco tarde descubrieron que hacía falta algo más que sonrisas, diseño gráfico y despliegue de efectos especiales para levantar y consolidar un liderazgo. El de Chávez, por ejemplo, había comenzado a macerarse desde hacía años: prácticamente no había pueblo de Venezuela adonde no tuviera amigos, anécdotas y amoríos. Chávez era capaz de mencionar espontáneamente y de manera improvisada los nombres de lugares, personajes y acontecimientos de cada ciudad importante o caserío remoto, y cuando lo hacía en público siempre se levantaba el grito y el murmullo asombrado de miles de desconocidos a quienes el militar les había nombrado a un familiar o a una referencia de la niñez. Irene tenía o estaba a punto de tener a su disposición una maquinaria electoral multimillonaria, apoyada

en estrategias y en potencias transnacionales; Chávez tenía a su favor el conocimiento profundo de un país al que había recorrido cantando, emborrachándose o conspirando. Irene podía exhibir como su propio logro gerencial el bienestar de un microscópico municipio dentro de la ciudad capital; Chávez podía exaltar las virtudes de la gastronomía de cualquier estado de Venezuela y hablaba de sus virtudes en el lenguaje llano, amoroso o cruel de los pueblos venezolanos.

A lo largo del año se sucedieron movimientos, traumatismos y co-geografías que fueron cambiando drásticamente el panorama electoral. El impresionante crecimiento de la aceptación de Chávez marchaba a la misma velocidad del desplome de Irene Sáez; la ex miss había llegado a contar con 70 por ciento de apoyo según encuestas, a finales de 1997, pero en el transcurso del año 1998 su popularidad se fue debilitando hasta cederle la posición de liderazgo de la derecha a un súbito e inesperado personaje: el empresario valenciano y gobernador del estado Carabobo, Henrique Salas Römer, de Proyecto Venezuela. En agosto la contienda estaba dividida entre Salas Römer y Chávez, con un empate técnico a 39 por ciento. El Nacional publicaba esas variaciones cada semana, en sucesivos gráficos.

La opción del seudo o protoaristócrata Salas Römer no terminaba de consolidarse, entre otras cosas por las veleidades del partido Acción Democrática. El clamor y la necesidad de la derecha, que Estados Unidos amplificaba con alguna tibia recomendación pública desde el norte, era la unidad. Las mediciones públicas y privadas indicaban que la única oportunidad de triunfo del “Polo Democrático” (denominación de los partidos opuestos a la coalición de Chávez, el “Polo Patriótico”) era acudir a los comicios con una candidatura única y un esfuerzo unificado.

AD sufrió una dislocación decisiva cuando una de sus fracciones anunció, en contra de la voluntad de la militancia, el apoyo a la candidatura de Luis Alfaro Ucero, un septuagenario dirigente de la estirpe y el estilacho adeco añejo de Rómulo Betancourt. Salas parecía poder captar a las multitudes que poco antes capitalizaba Irene Sáez, pero cometió un error táctico: la llamó novata, ingenua y poco preparada para liderar un movimiento en contra del avance del comunismo. Chávez se apresuró a forzar un encuentro “casual” con Irene en un evento público en Caracas, y toda la prensa registró el momento en que el comandante le entregaba

con toda humildad una flor a la ex alcaldesa. Tal vez el gesto no haya sido decisivo o concluyente, pero esa simple ceremonia que prefiguraba algo de galantería y sobre todo cortesía, disipaba o suavizaba aquella imagen fabricada en los laboratorios: el Chávez antisocial e incapaz de algún gesto cívico o civilizado.

Luego de las elecciones parlamentarias del 8 de noviembre quedó el escenario ya configurado para las presidenciales. Chávez, candidato del MVR, La Causa R, el PPT, el Partido Comunista de Venezuela, el Movimiento Electoral del Pueblo y otros pequeños grupos; Salas Römer, apoyado por Proyecto Venezuela, una fracción lastimada de Acción Democrática, COPEI y otros; Irene Sáez, respaldada por un partido cuyas siglas eran el acrónimo de su propio nombre (Integración, Renovación, Nueva Esperanza) y tres creaciones corporativas artificiales; Luis Alfaro Ucero, escindido de AD y apoyado por partidos venidos a menos. Y por último, un grupo de candidatos sin posibilidad alguna.

En ese orden quedaron en el conteo de los votos. Chávez obtuvo el 56,20 por ciento de los votos (un total de 3.673.685), Salas Römer, 39,97 por ciento (2.613.161); Irene Sáez, 2,82 por ciento (184.568) y los restos de AD y su Alfaro Ucero se hundieron en un lastimoso 0,42 por ciento (menos de 28 mil votos).

“El cielo encapotado anuncia tempestad”

68

El anuncio oficial de la victoria de Chávez precedió al primer discurso público del nuevo presidente, desde una tarima instalada frente al Teatro Teresa Carreño, en Caracas. Una Venezuela en vilo, entre la euforia por la emergencia de un nuevo tiempo en el que la vieja clase política ya no tendría señorío, y cierta preocupación por lo que la campaña anti-Chávez había incrustado en el ánimo colectivo (los señalamientos más suaves lo etiquetaban como populista, decimonónico, de rasgos autoritarios) pudo ver por televisión el encuentro con las multitudes y la entonación del himno nacional, en las voces del comandante a coro con la muchedumbre.

Al terminar el himno nacional se produjo el primer momento sorpresivo (y fueron muchos los momentos sorpresivos en sus 15 años de mandato) del Chávez presidente. Cuando todos guardaron silencio a la

espera de su discurso inaugural, el líder comenzó a modular otro himno. Un himno desconocido por las mayorías y semiolvidado por poquísimas personas, cuya inquietante letra enardeció a una parte del país e hizo entrar en pánico a otra:

*El cielo encapotado anuncia tempestad
y el sol tras de las nubes pierde su claridad.
Oligarcas: ¡temblad! Viva la libertad...*

*Marchemos, liberales, en recia multitud
a romper las cadenas de vil esclavitud.
Oligarcas: ¡temblad! Viva la libertad...*

Ni más ni menos, el himno de la Federación, grito de guerra de las huestes de Ezequiel Zamora durante la guerra más devastadora del siglo XIX después de la guerra de Independencia. Desempolvar la figura de Zamora, General del Pueblo Soberano, era retrotraerse al tiempo de las grandes rebeliones campesinas por la tenencia de la tierra, y a la confrontación entre liberales y conservadores de siglo y medio atrás. La Venezuela de finales del siglo XX ya comenzaba a rebasar los 20 millones de habitantes, Caracas congregaba 10 por ciento de la población total y la población urbana bordeaba el 87 por ciento. La frialdad de los números hacía ver como innecesario o abiertamente anacrónico el abrir heridas que atañían a temas rurales y de reivindicación campesina. Ya el propio presidente se encargaría de abundar en la necesidad de discutir y poner nuevamente en la palestra el tema de la tenencia o propiedad de la tierra.

Durante su toma de posesión, efectuada en el Palacio Federal Legislativo, ante los senadores y diputados y ante varios diplomáticos y jefes de Estado y de Gobierno (entre ellos Fidel Castro Ruz y el príncipe Felipe de Borbón) protagonizó uno de sus habituales momentos de quiebre, de pequeños o significativos atentados contra el orden, contra las formas y contra el protocolo. Frente al presidente del Congreso Nacional, Luis Alfonso Dávila, quien lo interpelaba; y al lado del presidente saliente, Rafael Caldera, Chávez permanecía de pie, con una mano en un ejemplar de la Constitución vigente de 1961, y la otra levantada a la altura del hombro, con la palma hacia delante. Dávila le formuló la pregunta establecida

en la ley: “Ante Dios y ante la Patria, ¿jura usted cumplir fielmente los deberes inherentes al cargo de Presidente Constitucional de Venezuela, y cumplir y hacer cumplir la Constitución y las leyes de la República?”.

Chávez solo debía responder con el formal y lacónico “Sí, lo juro”. Pero era Chávez, era otro tiempo histórico y era una ocasión ideal para insurgir contra la norma: “Juro delante de Dios, juro delante de la Patria, juro delante de mi pueblo, que sobre esta moribunda Constitución haré cumplir, impulsaré las transformaciones democráticas necesarias para que la República nueva tenga una Carta Magna adecuada a los nuevos tiempos. Lo juro”.

•

Si Chávez había edulcorado un poco su discurso en la campaña electoral con el fin de no crear dudas o pánico entre potenciales aliados e inversionistas, a partir de este momento comenzaba su escalada de propuestas contra las estructuras políticas, y eventualmente contra el capital y contra el imperialismo norteamericano. En cuanto a su entorno cercano y de alianzas “naturales” (los militares y la izquierda) hubo ocasión de recibir sorpresas desde muy temprano: uno de los primeros actos de gobierno de aquel ciudadano, acusado de tendencias tiránicas y militaristas, fue la eliminación de la recluta y el servicio militar obligatorio.

Este asunto resultaba un refrescamiento social en un tema crítico. En toda la etapa del puntofijismo o cuarta República, durante determinada época del año comenzaba el proceso de reclutamiento forzoso de jóvenes, que no era sino un secuestro masivo de muchachos pobres, que no tenían forma de demostrar que estudiaban o tenían cupo en las universidades, o que sus ingresos constituían el único sostén de su hogar. Prestar el servicio militar era obligatorio, así que los jóvenes debían presentarse voluntariamente en los cuarteles para recibir instrucción militar durante un año y medio. Como la mayoría de los muchachos no cumplían con esta exigencia eran entonces “cazados” en las calles por patrullas policiales y militares, llevados al cuartel y enviados a cualquier lugar del país como soldados rasos durante un año y medio. Chávez, acusado de tirano y militarista, se refirió a esta práctica como una humillación inaceptable e innecesaria, y eliminó esa práctica para siempre.

Pero como su estilo político era una especie de montaña rusa, que pudiera revelar un impecable manejo de las tensiones o una total improvisación, ese mismo año, durante la Cumbre Iberoamericana celebrada en La Habana, hizo una declaración que sus adversarios se la estuvieron recordando casi a diario: dijo que Venezuela se dirigía “hacia el mismo mar hacia donde va el pueblo cubano, mar de felicidad, de verdadera justicia social”.

La segunda gran decisión del año 1999 fue la convocatoria a un referéndum consultivo, con el fin de proponerle al pueblo la derogación de la “moribunda Constitución” de 1961 y la conformación de una Asamblea Constituyente que redactara una nueva. A tal efecto, en abril comenzó el proceso para que los venezolanos mayores de 18 años votáramos a favor o en contra de las siguientes preguntas o propuestas:

1) *¿Convoca usted una Asamblea Nacional Constituyente con el propósito de transformar el Estado y crear un nuevo ordenamiento jurídico que permita el funcionamiento de una Democracia Social y Participativa?*

2) *¿Esta usted de acuerdo con las bases propuestas por el Ejecutivo Nacional para la Convocatoria a la Asamblea Nacional Constituyente, examinadas y modificadas por el Consejo Nacional Electoral en sesión de fecha 24 de marzo de 1999 y publicada en su texto integro, en la Gaceta Oficial de la República de Venezuela Nro. 36.669 de fecha Marzo 25 de 1999?*

El electorado debía responder “Sí” o “No”. La opción “Sí” obtuvo 87 y 81 por ciento de los votos, respectivamente. En julio de ese año se realizó la elección de los asambleístas o constituyentistas, y el 15 de diciembre se realizó el referéndum para aprobar la nueva Constitución, que quedó aprobada con 3.301.475 votos, 71,78 por ciento de la participación total, que fue de 4 millones 800 mil votantes.

La nueva constitución contenía cambios sustanciales respecto a la anterior. Entre otras cosas, cambiaba el nombre del país a República Bolivariana de Venezuela, otorgaba a los pueblos indígenas la potestad de contar con voceros electos en la Asamblea Nacional y sus respectivas lenguas fueron declaradas oficiales, aparte del castellano, en la zona donde se hablaran; a los poderes públicos tradicionales (Ejecutivo, Legislativo y Judicial) se sumaron el Poder Moral y el Poder Electoral. Estableció

la posibilidad de revocar mediante referendo el mandato de todas las autoridades electas, incluida la presidencial. Refrendó la denominación Democracia Participativa y Protagónica para el sistema político que gobierna Venezuela, en sustitución de la Democracia representativa, y le otorgó a las asambleas de ciudadanas y ciudadanos la máxima autoridad de decisión.

El último artículo, el 350, contiene una formulación inquietante y controversial que ha sido interpretada e invocada varias veces para procurar su “activación”:

El pueblo de Venezuela, fiel a su tradición republicana, a su lucha por la independencia, la paz y la libertad, desconocerá cualquier régimen, legislación o autoridad que contraríe los valores, principios y garantías democráticos o menoscabe los derechos humanos.

Chavismo oficial y pueblo organizado: los “colectivos”

“El cielo encapotado” del himno federalista comenzó a manifestarse a través de algunos gestos que generaban preocupación, y esa preocupación era frecuentemente amplificada por unos medios de información al servicio de los poderes económicos. En materia de confrontación con esas fuerzas empresariales los primeros años del primer gobierno de Hugo Chávez parecieron o fueron efectivamente una continuación de la dura y agresiva campaña electoral. La resistencia de los sectores económicos a las transformaciones en marcha se manifestaban en forma de violenta propaganda de prensa, radio y televisión.

72

El presidente, que vivió una especie de alianza o corta luna de miel con el grupo que se expresaba a través del diario El Nacional, se refirió a los directivos de ese órgano en términos duros e hirientes. Presionado e insultado desde las páginas de ese órgano que tan grueso favor le había hecho en el momento cumbre de la campaña, Chávez reveló a los cuatro vientos que las diferencias tenían su origen en las cuotas de poder y los privilegios que los propietarios de El Nacional reclamaban como pago por su apoyo electoral. Un directivo del diario, el periodista Alfredo Peña, había sido contratado como colaborador cercano del alto gobierno

en aquellos momentos iniciales, y electo alcalde metropolitano de Caracas con los colores del Movimiento Quinta República. Peña estaba en funciones cuando se produjo la ruptura, en 2001.

El comandante respondía directamente cada ataque que recibía a través de los medios de información privados, y esto se difundió con el enunciado más adecuado: Chávez no se defendía de ataques sino que atentaba contra la libertad de expresión. Chávez no tenía reparos en mencionar con nombre y apellido a los periodistas que lo agredían o calumniaban, y ocupó largas horas en disertar sobre un tema que hasta entonces había sido más o menos tabú: los periodistas no son ni deben ser entidades intocables sino ciudadanos con deberes y responsabilidades; la condición de periodista no debe ser un salvoconducto para destruir la imagen de un adversario político; no existe el “periodismo independiente”: los medios de información no son entes compuestos por personajes ubicados más allá del bien y del mal, no son la voz del pueblo ni de la opinión pública sino herramientas de los poderes y grupos económicos, que los han utilizado como armas para el chantaje y la extorsión. Muchas carreras políticas habían quedado destruidas por no reconocer la santidad del periodismo y la supremacía moral de los periodistas, y Chávez estaba dispuesto a poner en la calle ese debate, para que el pueblo interpretara los materiales periodísticos publicados desde esa perspectiva, y no desde el miedo a esas figuras pretendidamente dueñas de la verdad.

La discusión caló hondo en el ánimo de la ciudadanía, que de pronto comenzó a cuestionar y a discutir masivamente cuanto se publicaba en los medios, a favor o en contra de los periodistas. Así como se propagó la visión crítica y analítica de los contenidos periodísticos, de la misma manera se activó una defensa ciudadana de los medios y periodistas, basada en el viejo principio o falacia de que el periodismo consistía en buscar informaciones de manera imparcial y desinteresada y presentarlas sin segundas intenciones al receptor. Pero nunca más estos trabajos fueron consumidos dócilmente en Venezuela: las noticias, informaciones y opiniones ya no fueron aceptadas automáticamente, ni consideradas ciegamente como ciertas y dignas de respeto, sino sometidas a disección y a discusión.

Aparte de este tipo de gestos, el gobierno revolucionario llevó a cabo algunas jugadas e implementó algunas políticas que no había forma de que le cayeran bien a los poderosos, ni mal a la gente del pueblo. Por

ejemplo, la creación del Convenio Integral de Salud Cuba-Venezuela (noviembre de 2000) consistente en la evaluación de casos médicos particularmente graves que ameritaran tratamiento o intervención quirúrgica, y el traslado de los pacientes venezolanos a la isla de Cuba. El sistema cubano de salud se ponía así a la disposición de miles de pacientes venezolanos condenados a no poder recibir atención médica en el devastado sistema público ni en el inalcanzable sistema privado de salud. El anuncio de este convenio fue hecho en un programa de televisión conducido por Hugo Chávez y Fidel Castro, y los detalles del acuerdo fueron atacados duramente.

En vista de que el convenio incluía la venta de petróleo venezolano a la isla en condiciones preferenciales, la interpretación que difundieron los detractores era: “Venezuela le está regalando petróleo a Cuba”. Los enfermos venezolanos de bajos recursos serían (todavía lo son) atendidos, intervenidos y rehabilitados sin costo alguno; era petróleo por salud, no petróleo regalado a cambio de nada.

Todo lo anterior se refiere a la actuación de algo que pudiéramos llamar chavismo oficial o en funciones de gobierno. Hora de detenerse a revisar qué estaba ocurriendo en el “abajo” de la transformación de Venezuela, en el chavismo como construcción popular.

En 2001 se produjo el llamado oficial a la conformación de Círculos Bolivarianos en todo el país. Estas estructuras tenían carácter organizativo y la previsión era que hubiera al menos uno en cada comunidad del país. La derecha se apresuró a comparar a los Círculos con los Comités de Defensa de la Revolución Cubana, y algunos incluso con los *Tonton macoute*, los cuerpos parapoliciales de los dictadores Duvalier (padre e hijo) en Haití. Estas brigadas de activistas del chavismo de base proliferaron en poco tiempo, bien como nuevos grupos formados por vecinos o como mutaciones o reordenamientos de los grupos o colectivos de izquierda, formados mucho antes de la aparición de Chávez como figura pública.

La figura del Círculo Bolivariano tuvo una estructura organizativa nacional, pero su manifestación empírica era el activismo de la gente en las comunidades. Allí cumplían funciones de vigilancia, contraloría social y autodefensa, pero también se concibieron como espacios para la formación de militantes, y en muchos casos de brigadas de trabajo para el mejoramiento de espacios públicos. Satanizada, como toda iniciativa

de la corriente que ya comenzaba a llamarse chavismo, dio paso después a otras formas de organización comunitaria que aún sobreviven en las localidades. Tanto en su faceta de “Círculos Bolivarianos” como en su denominación más general de “colectivos”, han sido señaladas por la derecha local, y por brillantes analistas y expertos en Venezuela que jamás han venido a Venezuela, como entes paramilitares. En la práctica, desde hace varias décadas antes de Chávez los colectivos, sobre todo los conformados en las barriadas caraqueñas, han cumplido incluso funciones en las que el Estado demostró ser ineficiente.

En la parroquia 23 de Enero, comunidad del oeste de Caracas, bastión actual del chavismo y territorio-escuela de cuadros revolucionarios desde los años 60 del siglo pasado, conocí o participé en acontecimientos que a personas de otras comunidades les resultaban inverosímiles. En una asamblea en el bloque 16 del Veintitrés, en el año 1995, los vecinos debatían sobre la mejor forma de combatir o reducir la delincuencia y el narcotráfico local, que estaban causando estragos. La gente formulaba ideas y claves de esta conmovedora altura: los delincuentes tienen una madre o un padre, o un amigo no delincuente, un entorno íntimo, unos vecinos. Esas personas son las que es preciso convocar para que controlen o modifiquen el accionar de ese delincuente; la policía viene a reprimir y ya quedó claro que eso no soluciona sino que agrava el problema. Los órganos regulares del Estado hacía tiempo se habían convertido en factores de perturbación, represivos, simbolizaban el terror y no la inhibición del crimen. ¿Qué tal probar con la justicia comunal, el control comunal o vecinal de los factores de violencia?

Hay que insistir: no estamos hablando de propuestas chavistas ni del tiempo de Chávez; estas cosas se discutían en los barrios en tiempos que muchos han llamado pre-revolucionarios (décadas de los 80 y 90).

Los vecinos discutían y eventualmente aprobaban amargamente soluciones extremas. Convocaban a familiares de delincuentes y les extendían un ultimátum: o el ciudadano coopera y se integra a actividades edificantes, o se marcha de la comunidad, o la comunidad ejerce acciones de justicia. En esa asamblea específica que traigo a la memoria, la hermana de un delincuente aludido protestaba porque grupos de la comunidad le habían decomisado el arma a su muchacho. Otra quería autorizar una medida extrema: “Hagan lo que quieran, pero ocúpense también de los gastos funerarios”.

En estas comunidades se logró reducir a cero el crimen. Solo durante algunos períodos de tiempo, sí, porque se trataba de experimentos germinales, no estructurales, de gestión ciudadana de la violencia.

Traigo a colación ese caso perturbador porque el problema caraqueño de todos los tiempos, o al menos desde que tengo conciencia y noción de las preocupaciones más graves de la gran ciudad venezolana, ha sido la violencia criminal. El complemento del enorme dolor de cabeza que representaba el quiebre de los mecanismos tradicionales de seguridad ciudadana es la conocida y fallida fórmula, consistente en atacar el crimen sacando a la calle más policías. “La policía acaba con el crimen”, reza una sentencia en la que casi todo el mundo cree a ciegas. Por fortuna para nuestra experiencia como país tratando de organizarse, pero para desgracia de muchos ciudadanos indefensos, los años 90 se encargaron de echar por las letrinas la falsedad de esa premisa o conclusión. Esa fue la década en la que la descentralización y la Reforma del Estado propiciaron la fundación de un cuerpo policial por cada municipio.

La aparente paradoja resalta con una claridad que deslumbra: en los años 90 se multiplicó por varios miles la presencia policial en las calles, y sin embargo en esa misma década el crimen violento se disparó hacia arriba en espantosa carnicería. De 2.800 homicidios ocurridos en 1990 saltamos a más de 9 mil en 1994. Y la paradoja es sólo aparente, porque ya deberíamos saber que el crimen no se combate con policía, y mucho menos con cuerpos policiales descompuestos.

76

Quienes tenían más razones para no esperar nada de la policía acudieron a mecanismos de defensa que van desde los más (valga la redundancia) defensivos hasta los más audaces. Entre los primeros hay que mencionar las garitas, alcabalas, alambres electrificados y cuerpos de vigilancia, partes inseparables del paisaje en muchas urbanizaciones de Caracas. Entre los segundos, preciso es detenerse en las experiencias que convirtieron en zonas “liberadas” a varios sectores dentro de los barrios populares, a finales de los 80 y principios de los 90.

La gente más vieja en el 23 de Enero suele recordar la figura de un sujeto que, con el musical nombre de Diógenes Caballero y el apodo de “El Hombre de la Chaqueta Negra”, se dedicó a enfrentar a aquellos vagabundos que despuntaban como azotes, o que ya lo eran. Eran los años 60 y la prensa comenzó a convertir a este personaje en una especie de justiciero

de película; el hombre contaba con el respaldo de decenas de vecinos de la zona Central, quienes acudían a los llamados de la gente asediada por la delincuencia. Iban, los sacaban de sus casas o sus guaridas, les daban una golpiza y se los entregaban a la policía. Con el tiempo, El Hombre de la Chaqueta Negra convirtió su prestigio en instrumento para la militancia política (cuentan que se hizo militante del partido Acción Democrática).

En los años 70, con el repliegue o rendición de las organizaciones de izquierda, las armas de la lucha revolucionaria encontraron nuevas funciones. De finales de esa década data el bautizo de los grupos organizados del 23 como “Tupamaros”, agrupaciones dispersas y más o menos caóticas de jóvenes que con igual ímpetu se fajaban para impedir que les allanaran las casas y sacaban de sus zonas a los delincuentes y distribuidores de drogas. La diferencia entre los “Tupas” y aquellas huestes de Diógenes Caballero era que éste le entregaba los hampones a la policía; los Tupamaros y sus derivaciones, en cambio, le entregaban al mencionado un ultimátum: o dejaban de delinquir y se incorporaban al trabajo comunitario, o se largaban del 23 de Enero, o los amansaban a plomo. Con sangre se forjó la liberación de zonas como La Piedrita, el barrio Sucre, y uno que otro superbloque de departamentos.

El principio prechavista y chavista de la organización popular indica que la mejor solución, incluso la que parece más cruel, es la que nace de las comunidades organizadas. En un tiempo en el que decir “Estado ineficiente” resultaba una reiteración, la democracia participativa y protagónica debía tener su oportunidad. Esa oportunidad arrojó algunos resultados locales a la vista: el antiguo módulo de la Policía Metropolitana en La Cañada, 23 de Enero, un día fue tomado por el colectivo llamado Coordinadora Simón Bolívar, y ahora es sede de misiones sociales y de una popular emisora de radio llamada “Al son del 23”.

Tal es el origen y vocación de los “colectivos”, que hoy son señalados en la prensa mundial como cuerpos parapoliciales creados por el chavismo para ahogar las protestas populares. Según ese punto de vista, unas simple estructuras deseudopolicías a sueldo ha sido capaz de evitar el desborde de la furia del pueblo. Sobre este asunto volveremos más adelante, porque el mito persiste y ya la alta jerarquía del gobierno de Estados Unidos ha hecho comentarios al respecto.

En 2001, las decisiones que realmente tocaron los intereses de los poderes sobrevivientes en la vieja estructura todavía sin desmontar fueron la promulgación de ciertas leyes, como la Ley de Tierras y Desarrollo Agrario y la Ley de Hidrocarburos. La primera refrendaba y estimulaba la expropiación de tierras ociosas e improductivas, y por lo tanto declaraba una guerra frontal contra el latifundio, y la segunda suprimía de hecho la ley precedente, que databa de 1943 aunque había sufrido sucesivas enmiendas. En 1975 se había promulgado una nacionalización que dejaba intactos los intereses y privilegios de las corporaciones, sobre todo las norteamericanas. En 2001 Chávez dio el salto mortal que le habría de costar un breve derrocamiento, y a la Revolución Bolivariana en pleno la permanente tensión con su extraño cliente: Estados Unidos es un comprador que le exige al vendedor del recurso la propiedad total sobre ese recurso.

Petróleo, golpes y sabotajes

En el año 2000 Hugo Chávez había realizado una gira por los países miembros de la OPEP, con el fin de convocarlos a una cumbre, apenas la segunda desde su creación. La misma habría de realizarse en Caracas. Esa gira llevó al presidente a reunirse personalmente con líderes que solo tenían en común su condición de presidentes de jefes de Estado productores de petróleo: Arabia Saudita, Kuwait, Qatar, Emiratos Árabes Unidos, Irán, Irak, Indonesia, Libia, Nigeria y Argelia.

78

Nota para distraídos: la gira incluyó encuentros con dos presidentes ya sentenciados a muerte, y luego efectivamente asesinados: Saddam Hussein y Muamar Gadafi. Con Saddam tuvo que reunirse durante unos minutos en la frontera con Jordania, imposibilitado de ingresar en la bloqueada Irak en el candente Golfo Pérsico; faltaba poco para que Estados Unidos ejecutara en Irak la invasión, captura y asesinato del presidente. Lograr sentar en una misma mesa a líderes de países abiertamente enfrentados entre sí fue uno de los desafíos y logros más notables de la gira de Chávez.

La empresa petrolera venezolana (Petróleos de Venezuela, PDVSA) había estado funcionando como una entidad divorciada de cualquier proyecto de país. Sus directivos exhibían con extraño orgullo

supranacional la figuración de la compañía en la lista de la revista Forbes como una de las más rentables. No es preciso ser experto petrolero para entender y explicar el fenómeno: PDVSA era dirigida por una tecnocracia cuya misión era manejarla con criterios empresariales de reinversión, y nunca de incorporación de sus ganancias y dividendos a los planes del Estado.

Al asumir Chávez la presidencia el precio de la cesta petrolera venezolana era de los más bajos de su historia, 7,98 dólares por barril. Los planes precedentes hablaban de privatización, confrontación con la OPEP y entrega de activos al capital transnacional. La jugada de Chávez consistía en la recomposición de las relaciones y los principios de soberanía originarios de la organización. Ese fue el objetivo de la cumbre de Caracas, realizada en septiembre de 2000. Desde 1975 no se producía un cónclave de jefes de Estado y de Gobierno de la OPEP. A finales de ese año ya el precio del barril rondaba los 13 dólares; a lo largo de la década el planeta asistiría a un *boom* de precios que llevaría la canasta de hidrocarburos a costar 146 dólares por barril.

Chávez ya había planteado su intención de fortalecer los precios y destinar recursos de PDVSA a un plan macro de políticas sociales y redistribución de la riqueza petrolera entre los sectores más empobrecidos de la población. Ese interés, y el paso gigantesco dado en la Cumbre, definieron y aceleraron la reacción que habría de sacarlo del poder en abril de 2002.

Con todo, las transnacionales seguían controlando los procesos operativos, y el clan gerencial al frente de la empresa realizaba maniobras desesperadas para evitar que el Estado venezolano asumiera el control. Ese era el clima de tensiones políticas para el momento en que el presidente, haciendo uso de la Ley Habilitante que lo autorizaba a emitir decretos con fuerza de Ley, aprobó la Ley Orgánica de Hidrocarburos, que entraría en vigencia el 1 de enero de 2002. Esta ley completaba o pretendía completar la faena que no había conseguido concretar la denominada nacionalización de 1975: declarar la explotación de hidrocarburos un proceso clave para el desarrollo nacional y un asunto de Estado que no admitía intromisiones de entidades privadas o transnacionales. Suprimida por ley la libertad con que PDVSA se manejaba con criterio de entidad abierta a la contratación de terceros y a la libre reinversión de los recursos

fuera de Venezuela, quedó allanado el camino para una confrontación violenta entre el Estado, encarnado en Chávez y la Revolución, y los clanes tecnocráticos locales y extranjeros que veían esfumarse “su” negocio.

El anecdotario estándar, simplificado y reducido a lo que muestran las cámaras de televisión, suelen conformarse con el episodio de un programa dominical en que el presidente nombra uno a uno a los altos directivos de PDVSA y les va anunciando su despido de una manera más humillante que jocosa: el Presidente mencionaba sus nombres y acto seguido tocaba un silbato, como un árbitro de fútbol, apuntaba con el dedo índice hacia un ángulo superior y gritaba: “¡Pa' fuera!”. Un análisis superficial pudiera concluir que esa actitud insultante, la vejación que significa ser despedido ante las cámaras, fue la razón de fondo de la dura reacción que sobrevino a partir del 9 de abril de 2002: convocatoria a una huelga general por parte de varios partidos de la oposición política, la central obrera Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV) y el gremio de empresarios (Fedecámaras), con apoyo de la Iglesia católica. Esos entes convocaron a una concentración frente a la sede de PDVSA en Chuao, en el este de Caracas, y allí se congregó gente rabiosa y ya embebida de un antichavismo visceral. Los directivos despedidos de PDVSA (incluido su ex-presidente recién despedido, Guaicaipuro Lameda) subieron el día 10 a la tarima a reforzar el discurso central de la jornada, que era la necesidad de derrocar a Hugo Chávez.

80 El presidente de la Confederación de Trabajadores de Venezuela, Carlos Ortega (dirigente de Acción Democrática) tomó la palabra el día 11 en la mañana e invitó a los asistentes a dirigirse a Miraflores, el palacio presidencial, para proceder a desalojar por la fuerza al presidente de la República.

Así comenzó la primera gran jornada violenta del tiempo chavista. La muchedumbre que aceptó ir al centro de Caracas con agresiva actitud habría de ser utilizada como escudo humano y como víctima propiciatoria en el gran show disfrazado de rebelión. La maquinaria de los medios de información se había encargado de propagar una especie que le otorgaba al presidente Hugo Chávez una aceptación popular que descendía casi al 10 por ciento, mientras catalogaba como casi unánime el apoyo a la opción del derrocamiento y el cambio de gobierno. Cuando la multitudinaria marcha enrumbo por la céntrica autopista Francisco Fajardo los

comentaristas de radio y televisión no tuvieron reparo en sentenciar que aquella movilización era “el pueblo de Venezuela”, que se dirigía a Miraflores con la misión de sacar de allí a un solitario Presidente.

En el mundo real, en el centro de Caracas esperaba una multitud de chavistas de las mismas proporciones que la que se desplazaba desde el este. A las 11 de la mañana del día 11 de abril ya la escena estaba servida para que aquella conmoción callejera derivara en escenario sangriento. Creían muchos de los manifestantes que iban a entrar al palacio presidencial sin que nadie opusiera resistencia, pero la dirigencia responsable de movilizar a aquella multitud tenía otra perspectiva y, por supuesto, otros planes. Las dos grandes fuerzas movilizadoras que se habían despertado o manifestado en clave callejera con Chávez iban a encontrarse frente a frente: la “clase pensante” contra la “horda ignorante”.

Mientras esta trama se desarrollaba en las calles alrededor del palacio, adentro se gestaba otra dimensión del complot contra el presidente. El jefe del Comando Unificado de la Fuerza Armada Nacional, general Manuel Rosendo, desobedecía y trastocaba todas las órdenes presidenciales destinadas a evitar que aquella concentración de personas embravecidas se movilizaran hacia una confrontación inevitable.

La avanzada de la marcha opositora llegó al centro de Caracas cerca del mediodía, y más o menos a la misma hora comenzaron a producirse los primeros asesinatos; en total hubo más de 20 ciudadanos muertos a balazos solo en esa jornada del centro de Caracas, que duró unas pocas horas. Un canal de televisión difundió una imágenes que casi no dejaban lugar a dudas; un camarógrafo, ubicado estratégicamente en un edificio a 100 metros de Miraflores, grabó el momento en que unos hombres disparaban desde un puente (el puente Llaguno) hacia la avenida Baralt. Desde el lugar donde se realizó la toma no podía verse contra quiénes o contra qué disparaban aquellos hombres, pero un periodista-narrador comentaba que aquellos pistoleros estaban masacrando a los ciudadanos que venían en “la marcha pacífica” desde el este, y esa fue la versión que todo el mundo creyó o quiso creer. “Todo el mundo”, excepto las personas que estuvimos en el lugar en ese momento, del lado chavista y del otro.

En la tarde, las televisoras difundieron el pronunciamiento de un grupo de militares, en el que un almirante rodeado de oficiales de varias ramas de la Fuerza Armada anunciaba su desconocimiento del presidente

debido “al asesinato de varios ciudadanos en el centro de Caracas”. Posteriormente se conoció que ese video había sido grabado el día anterior, es decir, un día antes de los eventos en el centro de Caracas. El señor almirante y los militares ya sabían el día 10 lo que iba a ocurrir el día 11, y los venezolanos debatimos largo tiempo acerca de las artes predictivas de que hacían gala estos uniformados.

La “noticia” del momento que en todas partes se dio a conocer hablaba de una presunta orden presidencial que ordenaba el acribillamiento de miles de personas para que no llegaran a Miraflores. Para millones de personas que jamás estuvieron en ese sector de Caracas era verosímil que se les atribuyera a los pistoleros todas las muertes ocurridas aquel 11 de abril. Los montajes y falsas secuencias proliferaron a la velocidad que permitía la novedosa herramienta del momento, llamada internet; disparaban los pistoleros y acto seguido aparecía el cadáver de un hombre a quien asesinaron a muchas cuerdas de distancia y sin ningún ángulo de tiro posible desde el puente. La compleja arquitectura de una conmoción que abarcó varias calles y manzanas se resolvía con las imágenes de los pistoleros del puente Llaguno, y todavía hoy es posible encontrar personas que aseguran que ese día los chavistas asesinaron a centenares de personas, disparando desde ese puente.

Varios videos divulgados días después completaban desde otro ángulo la escena que el primero no mostraba, porque no era posible (ni conveniente) que se mostrara: una toma desde atrás revelaba que el objetivo al que los pistoleros del puente disparaban no era la “marcha pacífica de ciudadanos” sino un escuadrón de vehículos blindados de la Policía Metropolitana, cuerpo al mando del alcalde Alfredo Peña (ex-director del diario El Nacional, electo con votos chavistas pero luego reconvertido en adversario del chavismo) y los jefes policiales que habían ejecutado la orden de poner al servicio del golpe de Estado a la fuerza policial: Iván Simonovis, Lázaro Forero y Henry Vivas. Desde aquellos vehículos se disparaba con armas de guerra hacia el puente lleno de chavistas, y los pocos ciudadanos que les hacían frente respondían con pistolas de uso civil y de bajo calibre.

Mientras cobraba forma la narrativa de la “masacre de puente Llaguno”, en Miraflores un Chávez asediado por colaboradores cercanos que de pronto cambiaban su rol fue llevado al fuerte Tiuna, la instalación

militar más grande de Caracas; el Alto Mando Militar lo emplazó a dejarse trasladar escoltado por militares cercanos y por la alta jerarquía de la Conferencia Episcopal Venezolana. Con ese gesto el presidente pretendía o creía poder apaciguar los ánimos y evitar que el caos terminara de enseñorearse en la ciudad capital, pero en realidad su traslado significaba una detención.

Ya la toma del centro de Caracas y del palacio presidencial habían fracasado, pero la noticia prefabricada de un Chávez asesino de docenas de civiles lo cercaba más que los reales hechos de sangre. Poco a poco fueron descubriéndose otros materiales audiovisuales que aportaron piezas importantes del rompecabezas. Evidencia de la presencia de policías municipales armados, mimetizados dentro de la “marcha pacífica”; francotiradores disparando indistintamente hacia los chavistas y hacia la marcha del antichavismo, y testimonios directos de testigos y víctimas: varios chavistas cayeron abaleados frente a las cámaras mientras el narrador de televisión de turno “explicaba” que “ese chavista que es levantado por sus compañeros acaba de caer desmayado debido al calor”.

El día 11 se sintetizó en los medios de información con la versión de una masacre atribuida al presidente Hugo Chávez y la renuncia de éste a su cargo, promovida por el mando militar. El día 12, ante la sorpresa de todo el país (incluidos algunos activadores del plan de conmoción y derrocamiento, entre ellos el presidente de la CTV, Carlos Ortega), en una transmisión de los canales de radio y televisión desde el palacio de Miraflores, el presidente de la cúpula empresarial Fedecámaras, Pedro Carmona Estanga, apareció en un acto con aspecto oficial autojuramentándose como presidente de Venezuela, diluyendo por decreto todos los poderes públicos y anunciándole al país la invalidez de la Constitución refrendada por el pueblo en 1999.

En un detalle que quería parecer inofensivo o casual, toda Venezuela detectó una rotunda ausencia en el escenario desde donde se realizó la transmisión: un retrato de Simón Bolívar que dominaba el Salón Ayacucho no se encontraba en su lugar. Los fotógrafos más despiertos ubicaron el cuadro y difundieron la fotografía del padre de la Patria arrojado en el rincón de un salón vacío. El gesto coincidía con el contenido del segundo decreto que declaraba instalado el gobierno de facto: “Se cambia el nombre del país a República de Venezuela, eliminándose la denominación

'Bolivariana"'. Los gobiernos de Estados Unidos, España y Colombia se apresuraron a reconocer al gobierno de facto, en cuestión de minutos. Otros países de Europa tardaron un poco más; catorce presidentes latinoamericanos, reunidos en la XVI Cumbre del Grupo de Río, condenaron el golpe de Estado.

Concluida la transmisión de tan esperpéntico evento comenzó en las calles de la capital la rebelión popular y también la maniobra militar que acabaron al día siguiente con aquella caricatura de gobierno. Una carta manuscrita de Chávez, escrita y firmada desde una de las prisiones militares en las que había sido recluido, comenzó a circular aquel mismo día; un soldado encargado de llevarle el almuerzo aceptó recibir una carta redactada por el comandante y buscar la forma de difundirla. En la carta, el presidente indicaba que había sido retenido contra su voluntad y que no había renunciado. Ni el pueblo ni los militares de Venezuela tenían razón alguna para apoyar o sostener en el poder al señor que había arrojado a Bolívar en un cuarto para autoproclamarse dictador o emperador de Venezuela. Cuando el empresario fue capturado y encarcelado, pocas horas después, el decir popular lo bautizó con un apodo de resonancias monárquicas: "Pedro, El Breve".

El 13 de abril la violencia callejera hablaba de la decisión generalizada de hacer ingobernable el país mientras el poder lo detentara aquel engendro político-empresarial con el jefe del empresariado a la cabeza. Con el canal del Estado reducido al silencio, y las radios y televisoras renuentes a mostrar las movilizaciones populares en contra del golpe y en demanda de la aparición de Chávez, la única industria rentable del momento era la del rumor, y el territorio del rumor son las calles. Una noticia grandiosa tenía lugar en las calles de Caracas pero los medios en poder de las empresas y los periodistas a su servicio decidieron no informar nada al respecto. Encendíamos un aparato de televisión y veíamos series repetidas y dibujos animados. Los analistas de temas de comunicación y periodismo han llamado a este momento de silencio informativo el *Black Out*. Los documentalistas Kim Bartley y Donnacha O'Brien se encontraban realizando reportajes en Caracas justo en esos días. Con las tomas y entrevistas realizadas en las calles, e incluso dentro del palacio de Miraflores, produjeron un documental titulado "La Revolución no será transmitida".

Poco a poco los funcionarios del chavismo fueron retomado los espacios institucionales, la televisora del Estado, las sedes de alcaldías y gobernaciones. En una Caracas todavía convulsionada se producían enfrentamientos entre militantes chavistas y algunas patrullas y escuadrones de la Policía Metropolitana. A dos cuadras de Miraflores el pueblo chavista se agrupó en estruendosa multitud cuando la policía se hubo retirado, y comenzó a marchar en bloque hacia el palacio presidencial, que todos creíamos dominado aún por la facción empresarial. Estábamos tan cerca de la noticia que no la veíamos; llegaban rumores de que Chávez sería reinstalado en el poder y que había que esperarlo en el palacio presidencial, pero ese análisis nos parecía de una peligrosa ingenuidad (tal vez por eso decidimos seguir a la masa bullente, a ver de qué manera nos recibían en el edificio emblemático del poder).

Nos recibió una fiesta: poco a poco el rumor del inminente regreso del comandante y Presidente fue adquiriendo aspecto y corporeidad de noticia, y al final de la tarde ya el anuncio era oficial: Chávez volvía a ocuparse del manejo del Estado y era cuestión de pocos instantes su regreso. La apoteosis se produjo en la madrugada, con una muchedumbre exhausta pero feliz rodeando el palacio en celebración conjunta con los militares leales.

•

El derrocamiento y regreso de Chávez al poder fue leído como una extraña victoria, inaudita y atípica, pero reveladora de inmensas debilidades y fisuras de seguridad en el entorno del comandante. En su discurso de reinstalación en el poder, el presidente, crucifijo en mano, prometió y ofreció las garantías para realizar un gran diálogo nacional con todos los sectores del país, incluidos los participantes en la conspiración y golpe de Estado, con el fin de garantizar un mínimo de gobernabilidad. Hubo acercamientos y conversaciones iniciales. Pero el diálogo resultó infructuoso, Chávez tronó en cadena nacional la imposibilidad de establecer acuerdos con golpistas, así que dos meses después del golpe de abril recommenzó la movilización de las piezas opositoras en busca del socavamiento y conquista del poder.

En una acción cuya intención y puesta en escena se ha repetido en momentos clave de la historia reciente, un grupo de militares montó tarima en la plaza Francia de Altamira, municipio Chacao, aquel reducto de potentados y partidos de la extrema derecha donde alguna vez reinó Irene Sáez (y donde ahora reinaba Leopoldo López) y comenzó un desfile de oficiales y militares de alto, bajo y mediano rango, que ante los micrófonos y a través de las televisoras comerciales (Radio Caracas Televisión -RCTV-, Venevisión, Televén, Globovisión) leían sus razones para declararse en rebeldía contra el Gobierno Nacional. Uno de los discursos más difundidos fue el de un general que confesaba haberse dedicado a la carrera militar en busca del respeto de sus compatriotas y de una alta calidad de vida, y en cambio en los últimos tiempos había tenido que soportar cacerolazos y escraches públicos cada vez que iba de compras o a comer en un restaurant. Las instalaciones del exclusivo hotel *Four Seasons*, ubicado frente a la plaza, fueron puestas a disposición de la alta jerarquía de la toma; estábamos en presencia de un campamento *fashion* con apoyo categoría cinco estrellas.

Todos los partidos de la derecha, los entes empresariales, periodistas al servicio de los medios corporativos y figuras del espectáculo tomaron el control de la plaza y sus alrededores, que se convirtieron en escenario de un show permanente y en un foco de altísima tensión, pues el grupo de militares fue creciendo, el equipo de vigilancia de la toma comenzó a dejarse ver mostrando sus armas de última generación, y resultaba notable la presencia de algunos oficiales de alto rango, incluso generales, curtidos en lucha antiguerrillera y en contrainteligencia. Día a día iban presentándose en el lugar militares de distintos componentes de la Fuerza Armada Nacional, leían sus proclamas y ponían sus armas a disposición de aquella estructura irregular, en la que llegaron a pronunciarse más de cien efectivos uniformados.

86

La expectativa creada sentenciaba que la plaza de Altamira era un foco de resistencia y libertad, y por lo tanto cabía esperar una irrupción violenta del Gobierno, lo que seguramente desembocaría en un enfrentamiento armado; las cámaras de televisión estaban dispuestas de tal forma que, a la hora indicada, el registro del cataclismo fuera pleno. Simultáneamente se producían súbitas protestas y manifestaciones violentas, por lo general en puntos del este de Caracas, y la narrativa del momento se esforzaba en establecer que cada foco de perturbación significaba el

nacimiento de un punto de apoyo y expansión del fenómeno Altamira. La toma de Altamira solo iba a culminar, según lo anunciaban sus activistas, cuando Hugo Chávez renunciara o fuera desalojado del poder.

Transcurrieron los días y las semanas, y la intervención del Gobierno no se produjo. Las manifestaciones callejeras se hicieron menos frecuentes y cada vez era más improbable que las mismas se expandieran a todo el país, que era el clamor de los agitadores de Altamira. Poco a poco el tono del discurso predominante en torno a Altamira era de sorna; se hablaba del picnic de la plaza Francia con un dejo de simpatía o buen humor, hasta que comenzaron a salir a la luz las manifestaciones o consecuencias más perversas de la toma. Los vecinos de la zona se quejaban de los controles de seguridad, ejecutados por unos sujetos enmascarados que solían prohibir el paso a los ciudadanos hasta sus residencias. Y comenzaron a hacerse públicos los casos de torturas y ejecuciones contra funcionarios que habían decidido desertar del show de Altamira, que fue languideciendo mientras la atención del país y de los medios se redirigían hacia otras situaciones.

En torno a la oposición política se había creado una agrupación denominada Coordinadora Democrática, especie de mesa o vocería colectiva que agrupaba a los más importantes partidos de oposición. En algún momento la exigencia de este grupo era el retiro de las leyes habilitantes que autorizaban a Chávez a gobernar por decreto en varios aspectos del funcionamiento del Estado, pero ya a finales de 2002 la petición directa era la renuncia del Presidente. Para el día 2 de diciembre, las cúpulas empresarial y sindical (Fedecámaras y CTV, los empresarios y los sindicalistas: los adversarios históricos, unidos en un mismo fin) anunciaron un paro nacional indefinido, cuyo objeto no era reivindicativo sino la salida de Chávez del poder.

Los directivos y gerentes de PDVSA se unieron al paro, al igual que los grandes, medianos y algunos pequeños comerciantes, cuyo gesto resultaba conmovedor: recién comenzaba la temporada del consumo y las grandes ventas navideñas, que era o es la razón de ser de todo el comercio. Los convocantes del paro proclamaban que el cierre de negocios y la paralización del país solo iba a durar unos días, mientras las operaciones habituales colapsaban y el Gobierno se viera forzado a dimitir. Muchos dueños de negocios aceptaron plegarse a esta apuesta, y quienes no la

aceptaron voluntariamente era obligados por brigadas armadas a cerrar sus locales, bajo amenaza de violencia incendiaria; el sacrificio para lograr la salida de Chávez del poder debía ser general, y quien manifestara reservas era acusado de chavista o de “colaborador del régimen”.

La acción crucial del entramado fue el sabotaje a la industria petrolera, pues una facción de directivos y gerentes de PDVSA decidió boicotear y paralizar la producción y transporte de hidrocarburos. La producción venezolana de petróleo se desplomó: de 2.700.000 barriles diarios de petróleo pasamos a producir y procesar cero barriles. Las consecuencias cotidianas y domésticas se manifestaron en forma de escasez y dificultad para movilizar los vehículos familiares. El país o buena parte de él se paralizó, efectivamente. Días enteros las familias y grupos de amigos “se mudaban” a las colas para surtir gasolina y allí se formaban la fiesta, el diálogo, el compartir; se creaban redes de solidaridad, los automovilistas organizaban turnos en las colas para que unos permanecieran allí, a la espera de algún camión que proveyera el combustible, mientras otros iban a descansar en sus casas.

En el país del automóvil y las carreteras fue de pronto imposible movilizarse en vehículos a gasolina. Mientras avanzaban los días los venezolanos quedamos atrapados en unas atípicas navidades sin el ritual de las compras y los regalos. La temporada de béisbol, el entretenimiento o espectáculo más popular del país, quedó suspendida por decisión de los dueños de los equipos, y las radios y televisoras difundían 24 horas al día las razones por las que el paro debía continuar “Hasta que Chávez se vaya” (tal era el estribillo repetido con obsesiva regularidad publicitaria). Resultaba curioso que en un país cuyo gobierno era acusado de dictatorial y de controlar a los medios de información éstos llamaban pública y permanentemente a su derrocamiento, a la detención y a la violencia contra todo sujeto o iniciativa chavista que pretendiera romper el paro. Multitudes de chavistas se dirigieron a las sedes de varias plantas televisoras para protestar por el tratamiento seudonoticioso, en realidad de apoyo a la conspiración y el sabotaje, y la acción fue catalogada por los medios como una medida de amedrentamiento por parte de colectivos paramilitares estimulados por el Gobierno.

El Gobierno se esforzaba en improvisar mercados callejeros en las zonas populares, en las que sí era posible encontrar expendios abiertos y otras formas de movilización ciudadana. Pocas veces se había

manifestado de una manera tan clara y extraña la polarización de la ciudad: el este acomodado y cosmopolita en parálisis, y el oeste del ser humano excluido y empobrecido (y mayoritariamente chavista) bullente de actividad comercial informal. En un momento de la caótica situación comenzaron a venderse abiertamente productos colombianos desconocidos por las mayorías. Desaparecida la emblemática cerveza Polar (producto estrella del grupo empresarial del mismo nombre, propiedad de la familia Mendoza) la colombiana Águila tuvo un breve protagonismo en las calles de Caracas.

Las refinerías de petróleo y llenaderos de gasolina habían sido inutilizados por los activistas del sabotaje, mediante la destrucción de instalaciones y el bloqueo de los sistemas computarizados. Pero luego de dos semanas de paro, el día 21 los cargueros venezolanos retenidos o paralizados en alta mar comenzaron a ser recuperados por la Armada venezolana, las instalaciones de las refinerías y llenaderos fueron reactivadas con ayuda de técnicos, obreros y hackers al servicio del Gobierno, y poco a poco el sabotaje a la industria petrolera fue perdiendo terreno. El gobierno de Brasil acudió en nuestra ayuda, enviando cargueros con millones de litros de gasolina para movilizar el parque automotor. Las estaciones de servicio comenzaron a surtirse mediante el envío de camiones escoltados con protección militar. La combustión de la gasolina brasileña generaba un olor distinto a la de la gasolina utilizada habitualmente en Venezuela, y los autores del sabotaje, presentado en los medios como “expertos”, aseguraban que ese olor era el de la destrucción de los motores, y exhortaban a no utilizar ese combustible. Ningún vehículo hizo explosión por utilizar la gasolina brasileña.

Transcurrieron las fechas cruciales del 24 y el 31 de diciembre. Los medios todavía difundían como victorias tácticas importantes la detención de los camiones de gasolina en las carreteras del país, pero era evidente que si el anunciado colapso del gobierno no se había producido antes o durante los días clave ya no iba a ser fácil que se produjera.

El presidente Hugo Chávez no realizaba ninguna aparición pública desde principios de diciembre, y esto generaba inquietud en ambos bandos del espectro político: la derecha lo leía como un síntoma de la debacle chavista, pero desesperaba porque no terminaba de producirse la renuncia presidencial. Y en el bando chavista, acostumbrado a las alocuciones

y arengas diarias del comandante, tanto silencio era percibido como otro logro del paro: hasta el comunicador más incontinente y eficaz del siglo había optado por tomarse un receso, mientras que los presidentes Fedecámaras y de la CTV emitía comunicados diariamente a modo de partes de guerra: “El paro pica y se extiende”, repetía en clave de expresión del béisbol, y los venezolanos lo graficaban mentalmente con la imagen de una pelota que corría indetenible por el campo de juego.

Por otra parte, los comerciantes, exhaustos y al borde de la quiebra (y algunos ya irremediablemente zambullidos en ella) optaron por abrir sus negocios, al principio con cautela y luego sin cortapisas, al verificarse el agotamiento o desactivación de las brigadas callejeras que cerraban por la fuerza los establecimientos. La propaganda antigubernamental convocaba desesperadamente al sector bancario a sumarse al paro, para producir algún efecto por el corte de la circulación de moneda, pero en los sectores pobres ya tendían a normalizarse los recursos propios de la informalidad (cocina a leña, trueque, contrabando de mercancías) y una consigna popular corría de boca en boca y se repetía en las paredes y vallas de las ciudades: “Con hambre y sin empleo, con Chávez me resteo”. En medio de ese clima reapareció Chávez tomando la ofensiva y emplazando directamente al presidente de Banesco, uno de los grandes bancos privados: “Si usted y su banco insisten en desconocer al Gobierno y se suman al sabotaje contra el país, todo el dinero de la nómina estatal que se moviliza en Banesco será trasladada al Banco Industrial de Venezuela”. Al día siguiente el señor presidente del banco se presentaba en la sede de la presidencia de la República para asegurarle que el sector bancario no suspendería sus actividades.

90

A finales de enero y principios de febrero la actividad comercial retomó su ritmo habitual según iban normalizándose el flujo de mercancías y el transporte de personas a sus puestos de trabajo. Miles de pequeños comercios jamás volvieron a abrir sus puertas. Otros recibieron auxilios de las aseguradoras u obtuvieron facilidades y créditos de entidades gubernamentales para recuperarse. El presidente Chávez informó al país que se decretaba el control de cambio del bolívar respecto al dólar, pues el sector privado estaba sacando del país gran cantidad de divisas y esto debilitaba la moneda nacional.

La aventura llamada “paro nacional” finalizó sin que ninguno de sus convocantes decretara jamás su conclusión (se supone que el paro concluyó formalmente el 3 de febrero de 2003, pero como las suposiciones son simplemente suposiciones todavía en 2019 hay quien asegura que el paro continúa, porque nadie lo ha dado formalmente por concluido). El presidente de Fedecámaras, Carlos Fernández, fue apresado en un restaurant del este de Caracas, e igual suerte corrió semanas después el de la CTV, Carlos Ortega. Ambos huyeron o fueron ayudados a huir de su reclusión y del país, con la venia del Gobierno, método utilizado meses antes para otorgarle un cómodo exilio a aquel “Pedro El Breve” del golpe de abril 2002.

La misión: las misiones

Todos los acontecimientos de abril 2002 a febrero 2003 propiciaron un cambio radical en la estructura y visión de la empresa petrolera venezolana. La alta y abierta conflictividad permitió identificar a quienes se dedicaban durante todos esos meses desde adentro a la conspiración y el sabotaje; la lista de despedidos en ese período supera los diez mil. PDVSA fue reestructurada y adscrita al Ministerio de Energía y Petróleo, y una de sus misiones primordiales pasó a ser el financiamiento de políticas y programas sociales, una herejía anti-gerencial que llevó a los expertos de siempre a vaticinar una catástrofe en el corto plazo.

Al mismo tiempo se producía una conmoción en el mercado internacional de hidrocarburos y el precio del barril de petróleo experimentó un salto jamás registrado en la historia: de un promedio de 25 dólares por barril en 2002 pasó a cotizarse en más de 32 dólares en febrero de 2003; en 2005 habría de pasar de 50 dólares y ya en 2008 rebasó el umbral de los 100 dólares por barril. Así que 2003 fue un buen año para comenzar a distribuir la riqueza petrolera entre los excluidos de siempre. También lo era para efectuar una de las jugadas clave de Hugo Chávez en materia energética, como lo fue volver la mirada hacia el sur de Venezuela, específicamente hacia la Faja Petrolífera del Orinoco. ¿O faja bituminosa? Hora de detenerse a analizar una importantísima precisión.

Desde que se inició la explotación petrolera en Venezuela las empresas transnacionales habían establecido que la sustancia que yace bajo la tierra en la franja norte del río Orinoco no era petróleo sino bitumen, una

sustancia semisólida difícil de extraer y de procesar, por su gran cantidad de impurezas. Pero, una vez procesada, esa sustancia no es otra cosa que petróleo; extrapesado, pero petróleo. En los años 80 del siglo XX se perfeccionó la técnica para que el bitumen pudiera fluir por los oleoductos, y al producto de ese proceso se le llamó orimulsión. No hay nada malo en comprar orimulsión en lugar de petróleo; lo malo es *vender* petróleo a precio de orimulsión, porque es lo mismo que vender petróleo como si fuera carbón. Venezuela estableció en la última década del siglo pasado “asociaciones estratégicas” con empresas inglesas y estadounidenses (Chevron, Exxon, British Petroleum, Conoco) que sí tenían la tecnología para convertir el bitumen en petróleo, así que estuvimos unos cuantos años vendiendo el petróleo de la Faja del Orinoco a un tercio de su valor.

Chávez ordenó redefinir las formas de asociación, nacionalizó de hecho la industria, convocó a varias empresas (no solo a las norteamericanas que todo lo decidían) para que exploraran y certificaran la cantidad de petróleo existente en la faja, y un buen día de 2005 los venezolanos nos enteramos de que, solo en el estado Anzoátegui, hay más reservas petroleras que en todo el resto del planeta excepto Arabia Saudita.

La estrategia estaba sobre la mesa y estaba clara: el valor de una industria no se mide por su producción actual sino por sus reservas probadas, y Venezuela demostró que tiene las más grandes reservas del mundo.

Ahora sí, el momento del reparto de esa riqueza entre los pobres.

En 2003, la alcaldía del municipio Libertador (Caracas) realizó un plan experimental de salud, consistente en la asignación de personal médico en los barrios pobres, de modo que los habitantes de Caracas no tuvieran necesariamente que ir a los centros hospitalarios. Toda vez que la Federación Médica de Venezuela se negó a poner a sus afiliados a las órdenes del gobierno, el alcalde Freddy Bernal solicitó colaboración a la misión médica cubana, y lo que vino después fue uno de esos episodios que, por sí solos, responden a la pregunta: ¿de verdad hay o hubo una Revolución en Venezuela?

En sus inicios se llamó Plan Barrio Adentro, y consistía, básicamente, en que un médico era recibido por una comunidad previamente organizada en Mesas Técnicas de Salud. Luego de un censo y de una organización logística acorde a las características y posibilidades de la comunidad, el

médico establecía residencia en una casa de familia dentro del barrio. Allí atendía las consultas primarias, es decir, las que no requerían de una alta especialización ni de equipamiento quirúrgico de alta tecnología. Una de las ideas era descongestionar los hospitales, que tenían tiempo colapsados porque toda la ciudad llevaba allí pacientes con síntomas y dolencias que podían paliarse y resolverse con solo acudir al médico de la comunidad.

Los médicos cubanos fueron prácticamente adoptados en y por las comunidades, que le garantizaban la seguridad y la vivienda, en tanto que el Gobierno se ocupaba de su sueldo, y el gobierno cubano los dotaba de medicamentos para atender emergencias menores: antipiréticos, analgésicos, antialérgicos, antibióticos, antihipertensivos, otros. Estos medicamentos eran distribuidos de forma gratuita. No hubo barrio en Caracas, y luego en toda Venezuela, que no contara con al menos un médico, que ya no era una figura fría y distante que había que buscar en una clínica u hospital, sino un vecino más, con la misma chispa caribeña tan habanera como caraqueña, que atendía a las personas a cualquier hora y sin ningún costo.

Por supuesto que el gremio venezolano de médicos protestó y denunció la puesta en marcha de esta política, que consideraban una afrenta a los médicos venezolanos y una táctica invasora que lesionaba nuestra soberanía. Los medios de información propagaron toda clase de rumores y especies con tal de socavar la credibilidad del plan: que esos señores no eran médicos sino militares y agentes de inteligencia del G-2, que las medicinas gratuitas que repartían estaban contaminadas, que era ilegal ejercer la medicina en Venezuela sin que el Colegio de Médicos certificara los conocimientos del aspirante. El discurso antichavista promedio procuraba estimular sentimientos xenofóbicos contra todo lo que viniera de Cuba, país del que se decía que recibía petróleo gratis por parte de Chávez. La negociación real entre Cuba y Venezuela era de petróleo por servicios de salud, deporte y educación, pero la denuncia fácil se encargaría de decir que, simplemente, Chávez le regalaba petróleo a Fidel. La aceptación de los médicos cubanos y de Barrio Adentro en las comunidades fue casi unánime.

Aparte del Plan Barrio Adentro, que luego subió su categoría a la de Misión Barrio Adentro, el gobierno implementó una política de programas sociales, la más popular de las cuales fue la primera: Misión Robinson, que

se propuso y consiguió reducir a cero el analfabetismo, y de paso ocupar en las tareas de enseñanza a miles de venezolanos desocupados. Los entusiastas activadores de la Misión Robinson (llamada así en recuerdo del seudónimo usado por el pedagogo venezolano Simón Rodríguez, tutor de Simón Bolívar) enseñaban a leer y a escribir a personas de todas las edades en sus propios barrios, y recibían por ello una remuneración que ayudó a soportar y solventar situaciones de pobreza. Estas experiencias hicieron disminuir la desocupación casi a cero, pero como no se trataba de un empleo formal el fenómeno quedaba fuera de los registros estadísticos.

También se crearon la Misión Robinson II, para reforzar la lecto-escritura y escolarizar a las personas hasta el sexto grado. La Misión Rivas se ocupó de culminar los estudios de la población hasta educación media, y la Misión Sucre de la apertura de nuevos cupos universitarios. Otras misiones (Mercal, Vuelvan Caras, Vivienda) fueron ocupándose de temas y asuntos sensibles para la población, y con los años se han creado otras nuevas, mutado o consolidado las originales.

Pero 2003 era un año propicio para volver sobre ciertos asuntos delicados. La oposición insistía en derrocar a Chávez a como diera lugar. Agotadas en el año al menos dos vías violentas, los tiempos y las instituciones sirvieron el escenario para una vía legal: la Constitución venezolana autoriza a los ciudadanos a iniciar un proceso referendario de revocación del mandato de funcionarios en cargos de elección popular, cuando estos arriban a la mitad de su período.

Referendos y elecciones

94

Cuando la oposición anunció la decisión de plegarse a este derecho constitucional y cubrió los requisitos (recolección de firmas, notificación al Consejo Nacional Electoral, etcétera) el propio Chávez anunció en cadena nacional de radio y televisión que Venezuela estaba inaugurando uno de los novedosos derechos concebidos en la revolucionaria Carta Magna de 1999: la potestad de los ciudadanos para hacer concluir el mandato de un funcionario electo, o de reafirmarlo en su cargo, si la mayoría considera que su desempeño ha sido deplorable o satisfactorio. Aceptó entonces someterse a esta forma de plebiscito o evaluación popular, de la que dependía su continuación en el poder.

Dos condiciones establece la norma electoral para que el mandato de un funcionario sea revocado: que la opción para la revocación obtenga más votos que los obtenidos por el funcionario cuando fue electo (en el caso de Chávez, 3.700.000 sufragios), y que esa cantidad sea mayor a la de las personas que no desean la revocación.

Un Chávez extremadamente hábil para transitar los recodos de la propaganda y la comunicación de masas, echó mano de una conocida leyenda del llano venezolano para crear el escenario de la confrontación que se avecinaba. La leyenda se conoce como “Florentino y el Diablo”, un duelo de versos improvisados que tiene lugar en el caserío de Santa Inés, en el estado natal de Chávez (Barinas). Planteado el desafío en términos de la batalla ancestral del bien contra el mal, Chávez asumió el rol del jugador Florentino y automáticamente, desde el inicio de la campaña, asoció la imagen de sus rivales neoliberales con las fuerzas demoníacas. Mucha gente en las ciudades venezolanas no conocía la leyenda de Florentino y el Diablo y tampoco el largo poema-canción interpretado en golpes de joropo por dos referencias de la cultura llanera, Juan de Los Santos Contreras (El Carrao de Palmarito) y José Romero Bello. Fue una buena ocasión para que esa pieza patrimonial volviera a escucharse y a ponerse de moda, casi medio siglo después de su grabación.

La pregunta que debíamos responder los votantes era directa: ¿Desea usted revocar el mandato del presidente de la República? Los chavistas, por supuesto, nos activamos en campaña por el “No”.

El referéndum se realizó el 15 de agosto de 2004. La oposición consiguió una de su metas parciales: 3.989.008 (40,64 por ciento) votó “sí”, pero 5.800.629 (59,06 por ciento) decidieron que Chávez continuara en el cargo. La elección fue supervisada y sus resultados avalados por la Organización de Estados Americanos y el Centro Carter. Los partidos y grupos de oposición desconocieron esos resultados, declararon y denunciaron fraude electoral y comenzaron a pensar en nuevas formas de deshacerse del presidente.

Ese mismo año, apenas dos meses después, hubo elecciones de gobernadores y alcaldes. Estimulado por el triunfo de agosto y también por el desconcierto organizacional y anímico de sus adversarios, el chavismo, en la figura del partido MVR y sus aliados, se alzó con 22 de las 24

gubernaciones en disputa, y más de 300 alcaldías de las 355 que se eligieron. Solo el estado petrolero del Zulia y el estado insular Nueva Esparta eligieron gobernadores de oposición.

Del año 2005 datan los primeros intentos de estimular un estallido popular de alcance nacional, utilizando para ello imágenes cerradas y con dramática musicalización de alarma extrema: los recursos del cine al servicio del forjamiento de noticias. En medio de ese ambiente callejero aparentemente enrarecido por disturbios generalizados (en realidad revueltas incendiarias focalizadas en zonas de clase media) organizados por los partidos de oposición, se cumple el período de los parlamentarios de la Asamblea Nacional y se realiza la convocatoria para la elección del nuevo parlamento. Sorpresivamente, los partidos antichavistas deciden en pleno abstenerse y llamar a la ciudadanía a abstenerse también de participar en estos comicios, como una forma de presionar su suspensión. Alegaban desconfianza en la directiva del Consejo Nacional Electoral, de mayoría chavista. Pero los comicios se realizaron, y en consecuencia, como era obvio esperar, el chavismo obtuvo todas las curules en disputa.

La siguiente elección fue la presidencial, realizada el 3 de diciembre de 2006. El candidato unitario de la oposición fue Manuel Rosales, un socialdemócrata del estado Zulia que consiguió poco más de 4 millones 200 mil votos (36,9 por ciento), contra los 7.309.080 (62,84 por ciento del total) del reelecto Hugo Chávez.

Su primera decisión trascendental al iniciar su nuevo mandato fue convocar la creación de un partido que congregara todas las corrientes del chavismo. Fue llamado Partido Socialista Unido de Venezuela, su nacimiento decretaba el fin del MVR y su concepto original tuvo un éxito parcial, pues el llamado del líder a la disolución de todos los partidos aliados y la incorporación de su dirigencia y militancia a la nueva agrupación no contó con un apoyo unánime. Entre las agrupaciones que no acataron el llamado estuvo el Partido Comunista de Venezuela, que alegó razones históricas y de principios. Sus detractores se dieron banquete recordándole a qué nivel habían bajado esos principios cuando el partido dio su apoyo a Rafael Caldera.

Un año antes de su reelección, en 2005, Hugo Chávez había ordenado ejecutar una controversial medida que hablaba de su radicalismo y sus intenciones de plantear desde la raíz el tema de la tenencia de la tierra. Un decreto con fuerza de ley amparado en la Ley de Tierras del año 2001 ordenaba la expropiación de latifundios y tierras improductivas, con el fin de entregárselas a grupos y organizaciones sociales dispuestas a dedicarlas a la producción masiva de alimentos. Venezuela posee cerca de 35 millones de hectáreas cultivables, y para entonces solo 2 millones y medio de hectáreas estaban registradas como efectivamente cultivadas o calificables como productivas. Cinco años después, la Gran Misión Agro Venezuela se planteó la ampliación de la frontera agrícola, y su balance de 2011 informaba que con esa ampliación el país contaba para ese momento con 3 millones y medio de hectáreas: diez por ciento de la superficie cultivable del país.

Momento para el recuento estadístico: país de 27 millones de habitantes, más de 90 por ciento de esos habitantes viviendo en ciudades sin vocación agrícola; una sólida cultura latifundista apoyada en clanes y mafias locales, algunas de ellas insitucionalizadas o enquistadas en instituciones. Menos de 10 por ciento de la población podía catalogarse como campesina o dedicada a la agricultura, y sobre esa población recaía la responsabilidad de surtir de alimentos a sí misma y al 90 por ciento restante del país.

A finales de la primera década de este siglo ya se contabilizaban 200 asesinatos de líderes o activistas campesinos, que habían procedido a tomar tierras improductivas según el mandato presidencial. Otros más eran sometidos a persecución judicial y a acoso directo por parte de efectivos policiales o militares. No hay nada más poderoso que un clan regional o local en defensa de lo que considera derechos heredados.

•

El segundo gran anuncio de ese período presidencial (2007-2013) fue la decisión de llevar a Venezuela por la senda o el objetivo del “socialismo del siglo XXI”, un concepto en construcción sobre cuyo alcance todavía se discute amplia y a veces amargamente, tal vez porque el tema es sensible para personas que ni siquiera lograron conocer o entender el socialismo del siglo XX. Un también misterioso o de difícil comprensión lema,

“Patria, socialismo o muerte”, salió de los labios del comandante y sus adversarios lo citaban con una mezcla de sorna, espanto y creciente odio antichavista. En cuanto a la militancia chavista, la cuestión contenida en la evidente y confusa errata de la consigna también se discutía, pero al final se aceptaba tal como había sido pronunciada. Como a Chávez había que entenderlo más allá de lo que decía (el comandante hablaba ante los micrófonos o las cámaras varias horas al día, y era previsible e inevitable que incurriera en contradicciones y despropósitos) el frente oficial del chavismo se limitaba a repetir el eslogan sin analizarlo o discutirlo.

Una serie de medidas en el plano de la gestión pública otorgaban concreción a la propuesta filosófica. Las empresas de telefonía convencional y móvil celular (Compañía Anónima Teléfonos de Venezuela -CANTV- y Movilnet) fueron nacionalizadas; hasta 2007 eran administradas por la compañía estadounidense Verizon. También pasó a manos públicas La Electricidad de Caracas.

En mayo de 2007, una acción que parecía de secundaria importancia se convirtió en el detonante de conmociones mayores. El día 27 de ese mes finalizaba el período de validez de la concesión otorgada por el Estado a la televisora RCTV, propiedad del grupo económico IBC (Marcel Granier y su grupo), promotor, propagandista, financista y activador de todas las conspiraciones antichavistas del siglo, y ferviente promotor de una frontal línea neoliberal y anti estatista desde el siglo pasado. La primera concesión a ese grupo para que transmitiera en señal abierta en Venezuela fue otorgada en 1954, durante el período de Pérez Jiménez, y se había convertido en algo automático y “natural” que el Estado renovara una y otra vez esa concesión sin que la ciudadanía se enterara siquiera. Así que llegó el momento en que la concesión culminaba su período, y el gobierno de Chávez, que había tenido en el canal RCTV un temible adversario, una ametralladora de producir y disparar permanentemente contenidos antigubernamentales, anti Chávez y anticomunistas, decidió no renovarla.

El canal RCTV había producido y transmitido desde hacía más de medio siglo varias de las telenovelas y programas de entretenimiento y opinión más emblemáticos de la televisión venezolana. Varias generaciones, sobre todo de los sectores de escasos recursos, se habían entregado a la inexplicable fascinación contenida en aquella pantalla. Había llegado, entonces, el momento de una singular confrontación: era Chávez contra

la nostalgia, contra los recuerdos, contra aquel factor cultural de innegable importancia. El gran educador o formador sentimental de la época era desafiado y mandado a callar después de 50 años de hacer suspirar, llorar y reír a los seres humanos en pobreza.

En esa formidable confrontación entre las grandes figuras mediáticas de dos siglos parecía interponerse un detalle nada desdeñable a favor de Chávez: los grupos y personas que salieron con más virulencia a defender la popular televisora eran personas que toda la vida habían despreciado ese tipo de programación. Cuando las clases medias y altas y el sector empresarial salieron a manifestar en las calles “en defensa del derecho del pueblo a la información”, todo el mundo pudo detectar las muchas truculencias e incongruencias alrededor de ese gesto. Evidentemente, esas personas jamás habían visto ese canal, dirigido mayoritariamente a mujeres esclavizadas en las labores del hogar, o lo habían visto con un poco de asco. Con todo, los propietarios de RCTV convocaron y activaron el gigantesco poder del sentimentalismo en defensa del canal, y lo lograron: allí estaban los personajes de series y telenovelas, los animadores de programas inolvidables, las reinas de belleza, los actores y actrices del programa humorístico más antiguo y popular de Venezuela (“Radio Rochela”). En los años 80 el eslogan de moda de un programa sabatino anunciaba entre alaridos que en la programación de RCTV el televidente podía ver “más estrellas que en el cielo”. Pues bien, todas esas estrellas, lozanas algunas y envejecidas otras, desfilaron una vez más, esta vez para enfrentar y denunciar a ese horrible zambo comunista que no solo atentaba contra la libertad de expresión, sino contra los recuerdos de la infancia de tanta gente.

En la acera de enfrente, el chavismo echaba mano de una nueva o inédita filosofía, contenida o resumida en el impactante lema de la televisora barrial caraqueña Catia TV: “No vea televisión: hágala”. Nada más que explicar; el chavismo había propuesto y aprobado una Constitución que definía a la época y al sistema en construcción como “democracia participativa y protagónica”, y eso significaba lo que cualquiera puede entender que significa.

Además, defendía el derecho a deshacerse de un canal que mantenía en vilo los nervios del país, mediante la transmisión de graves y perturbadoras situaciones de no siempre comprobable veracidad, y llamados

abiertos a la rebelión y a la desobediencia civil. Este canal había transmitido las primeras imágenes del alzamiento popular del 27 de febrero de 1989 en la ciudad de Guarenas, que luego se diseminaron por todo el país durante el llamado Caracazo, y al parecer sus directivos mantenían las esperanzas de repetir la improbable y esquemática fórmula: “Transmisión de un evento local por RCTV=multiplicación de ese evento en todo el país”. Los dueños de RCTV y los creyentes de esa fórmula se quedaron esperando que el método diera resultado.

Sin embargo, dos o tres fenómenos nada desdeñables demostraron que el chavismo no había salido ileso de la ofensiva anti RCTV. El primero fue apenas episódico, y tuvo lugar el día 28 de mayo de 2007 apenas sonó la última campanada de la medianoche. A esa hora salía del aire el canal de Granier-IBC, después de 53 años, y comenzaba a transmitir en su misma frecuencia una nueva televisora estatal, llamada TVES. La respuesta de las masas en todas partes (y ahora sí, incluso en los barrios pobres comprobadamente chavistas) fue un sonoro cacerolazo y gritos de protesta contra la medida. Por primera vez los habitantes de los sectores de obreros y trabajadores humildes se sintieron empujados a participar de alguna manera en una protesta convocada por las clases acomodadas. En el este caraqueño de las clases medias y altas se protestaba por el silenciamiento de esta estruendosa arma de lo más extremo del empresariado; los barrios pobres lo hacían en defensa de una programación que tenía medio siglo cautivándolos en señal abierta (ahora solo podía verse por cable).

El otro fenómeno que califica como consecuencia atribuible a ese acto de muerte súbita de RCTV fue el emerger callejero de una generación de líderes estudiantiles de las principales universidades del país, que en la década siguiente tuvo y sigue teniendo un indiscutible protagonismo en la lucha contra el chavismo. Nombres como los de Jon Goicoechea, Juan Requesens, Freddy Guevara, Stalin González y Juan Guaidó surgieron ese año desde la semioscuridad de las aulas universitarias hacia las calles, y los medios encontraron al fin nuevos voceros y declarantes: una serie de figuras de relevo, distintas al liderazgo ya manchado y descosido a derrotas de los partidos nuevos y tradicionales de la derecha. Eran nuevas caras, dispuestas a tomar partido de cuerpo presente en las manifestaciones violentas. El caldo de cultivo de su liderazgo fue aquel 2007 lleno de acciones de defensa de RCTV, sea lo que fuere que significara para ellos esa televisora.

Como era una nueva generación cabía esperar de ella unos procedimientos y estilos también nuevos, y el antichavismo debió acostumbrarse a algunos gestos que, de entrada, no encajaban con los modelos y arquetipos de este país tan caribeño como español y por lo tanto tan atento a cuestiones como el pudor. Durante una manifestación a las afueras de la Universidad Central de Venezuela, al aproximarse las brigadas antimotines de la Guardia Nacional varios de estos líderes en formación se pusieron de espaldas, se bajaron los pantalones y se inclinaron para mostrarles el trasero a los efectivos policiales. Ese gesto, que al parecer significa un grueso insulto en algunos países anglosajones, en Venezuela no se interpreta como los muchachos quisieron que se interpretara. Hoy, el pobre Juan Guaidó debe hacer terribles esfuerzos para mantener su novísima imagen de político o ejecutivo serio e intachable, mientras se le recuerda qué zona del cuerpo fue la primera que resultó fotografiada y publicada en redes y medios hace una década.

Ese mismo año, surcado de protestas estudiantiles y marcado por la incontinencia verbal de los nuevos dirigentes, que desafiaban a la suya propia, el presidente Hugo Chávez tuvo ocasión de probar cuánto y en qué medida había mermado o se había mantenido su popularidad. Presentó ante el país una propuesta de referéndum para una reforma constitucional, en la que planteaba modificaciones accesorias y de fondo a la Constitución de 1999, entre ellas la posibilidad de reelegir al presidente de la república sin límite de períodos. La propuesta, “enriquecida” y convertida por asesores políticos y juristas en monstruoso libraco lleno de cambios inexplicables, fue sometida a referéndum el 2 de diciembre de 2007, y no fue aprobada por la mayoría: 51 por ciento de los sufragantes votó en contra de la reforma, contra 49 por ciento de quienes la respaldaban. Fue la primera y única derrota electoral de Hugo Chávez en su carrera política. El movimiento alrededor de los estudiantes demostró que no solo podía organizar disturbios sino además congregarse y movilizar ciudadanos como fuerza política.

Un año más tarde (23 de noviembre de 2008) con una oposición ensoberbecida por su triunfo pero renuente a reconocer la legitimidad del árbitro electoral, al que seguía calificando como parcializado, el chavismo tuvo ocasión de demostrarse y demostrar que su nueva plataforma, partido o maquinaria electoral, el PSUV, era capaz de ganar elecciones. Las regionales de ese año desembocaron en una victoria chavista, con la

obtención de 17 gobernaciones de 23 en disputa, y 20 de los 23 parlamentos regionales. Sin embargo, el chavismo debió soportar y analizar una nota amarga que no estaba en los planes. Uno de los fenómenos de la jornada fue la elección de Antonio Ledezma, por el partido opositor Alianza Bravo Pueblo y una coalición mayoritaria de partidos de oposición, en la Alcaldía Mayor o Alcaldía Metropolitana de Caracas.

El área metropolitana de la ciudad capital está dividida en cinco municipios, cada uno regentado por su propia alcaldía, y una Alcaldía Mayor funge como ente organizador de esas cinco jurisdicciones. Esa fue la entidad que Ledezma, antiguo dirigente de Acción Democrática, terminó ganando, con más de 700 mil votos. Para la oposición antichavista significó una importante victoria, pues entre otras cosas demostraba la eficacia del reencuentro con las calles, luego de una década de apertrecharse en otras formas de contacto con la masa votante.

Según los análisis de los propios comentaristas y articulistas de derecha, una de las fallas letales del antichavismo era que sus dirigentes se habían abstenido de hacer lo que tradicionalmente se conoce como “política”, y se limitaban a hacer televisión: lo que los líderes consideraban “apariciones públicas” eran en realidad participación en programas de televisión y producción de piezas propagandísticas audiovisuales. Esa cómoda forma de entender y hacer proselitismo contaba con el auspicio de las políticas informativas de las televisoras, las radios y los medios impresos privados, todos al servicio de grupos económicos y corporaciones. Prácticamente cualquier persona que tuviera algo que decir contra el gobierno tenía las páginas y los micrófonos abiertos en todos los medios privados, y en semejante escenario (en el que era importante sostener firmemente la mirada e inalterable la voz mientras se proclamaba que en el país no existía la libertad de expresión) surgieron declarantes y portavoces favoritos y consentidos, que eventualmente se convertían en candidatos sin haber pisado nunca las comunidades e incluso el país que pretendían gobernar.

Ledezma, quien provenía de una formidable escuela de la demagogia, la populachera y otrora popular escuela adeca de Rómulo Betancourt y Carlos Andrés Pérez, se había dedicado durante todo un año a recorrer Caracas, pero no solo las urbanizaciones de clase media adonde lo recibían con unánime afecto sino los barrios hirvientes de chavismo puro

y duro. En esos barrios donde era recibido con burlas, insultos y más de un salvazo hiriente, se maceró la imagen del antichavista que, por fin, era capaz de hablarle personalmente al caraqueño pobre. Su victoria electoral, forjada en estos menesteres y también en la ola renovadora de aquel grupo de estudiantes de singular estilo, obligó al chavismo a replantearse algunas cuestiones que la nueva bonanza petrolera le había empujado a olvidar.

•

El año 2008 fue el de la apoteosis de los precios petroleros. La cesta venezolana de hidrocarburos se llegó a cotizar en 112 dólares por barril, lo que significó un récord de ingresos para Venezuela. Fue un momento extraño para el chavismo, que debió hacer esfuerzos por conciliar el discurso y la praxis revolucionaria. La abundancia, o más exactamente la gestión de la abundancia, creó un espejismo en torno a lo que significaba ser revolucionario o hacer la Revolución; de esos años data la figura omnipresente del funcionario que deambulaba por todas partes exhibiendo su notoria vestimenta roja y su carnet de algún ministerio o Misión. También fue el tiempo en que se difundió con más potencia el insultante concepto “boliburgués” para referirse al sospechoso o evidentemente culpable “nuevo rico”.

Con las arcas llenas y un presidente fiel a su punto de honor, consistente en distribuir las riquezas entre quienes no la habían disfrutado en toda la historia de Venezuela y buena parte del continente, la visión general del revolucionario combativo que hacía activismo político desde las bases se fue diluyendo mientras el chavismo más analítico debatía en torno a una preocupación central, que atacaba a la estructura misma del chavismo como corriente histórica: mientras del lado de allá la derecha hacía esfuerzos por reencontrarse con las formas canónicas, no de la política, pero sí al menos de la agitación y el proselitismo, de nuestro lado se estaba forjando una generación que rendía culto al consumo y a la ostentación.

El antichavismo incrementó sus ataques declarativos en torno a una cuestión incómoda, sensible y dolorosa: “la regaladera de real” (de dinero). Chávez había hecho gala de su esplendidez, no solo a lo interno sino con otros países. Desde 2005, varios países vecinos se beneficiaban con un acuerdo de cooperación energética llamado Petrocaribe, que consiste

básicamente en la venta de petróleo a precios preferenciales y con facilidades de pago (40 por ciento de los suministros puede pagarse en largos plazos de 17 a 25 años, en condiciones específicas), además de la posibilidad de pagar con bienes y servicios. En otro programa extraordinario, durante una visita al barrio del Bronx, en Nueva York, el comandante ofreció y activó el suministro de gasolina y otros derivados del petróleo a las más renombradas comunidades afroamericanas pobres, para colaborar con la calefacción de los hogares en las temporadas invernales.

Cada anuncio de estas características era recibido con más desconcierto que aplausos; costaba mucho explicar las bondades y la pertinencia de apoyar estos gestos de solidaridad (“resolver las asimetrías en el acceso a los recursos energéticos, por la vía de un nuevo esquema de intercambio favorable, equitativo y justo”, es lo que plantea como principio rector la misión de Petrocaribe). Chávez ponía todas sus dotes pedagógicas al servicio de la cruzada contra el consumismo y otras perversiones del capital, mientras expandía y desmenuzaba sus propias reflexiones y la de pensadores clásicos sobre la equidad y la hermandad, cuando dentro de Venezuela todavía no lográbamos resolver la cuestión energética ni la propensión al consumo.

Comenzaron a hacerse notorios también nuestros esfuerzos para desenredar y distinguir entre sí los conceptos de Revolución, Gobierno, proceso (histórico), chavismo y partido PSUV, que en el intercambio cotidiano y en los artículos de opinión se confundían y entremezclaban hasta parecer que todas designaban un mismo asunto.

104 En síntesis, 2007-2008 marca el momento en que el chavismo debió comenzar a lidiar contra uno de sus enemigos clave: la amenaza del anquilosamiento (el “aburguesamiento”, decíamos en nuestras discusiones públicas y cerradas) y el avance del adversario hacia la conquista del poder por rumbos y métodos distintos a los empleados hasta entonces.

•

Chávez no se resignó a aceptar íntegramente el contenido de la derrota en el referéndum de 2007, y volvió a la ofensiva en 2009 con otra propuesta de referéndum, en la que proponía al país eliminar el límite al número de reelecciones presidenciales posibles, que hasta entonces se

reducía a dos períodos consecutivos. Con el fin de evitar la dispersión de fuerzas y los sabotajes internos abiertos o solapados (una de las causas de la derrota en la consulta de 2007), en la propuesta de enmienda constitucional se incluyeron los cargos de alcalde, gobernador, asambleístas o legisladores nacionales o regionales, y en general a todo cargo de elección popular. Tanto el bando chavista como el opositor habían demostrado ya su músculo electoral y sus posibilidades de triunfo. El referéndum quedó planteado y se realizó el 15 de febrero de 2009.

El chavismo había triunfado ya en 10 de las 11 consultas o elecciones populares organizadas desde 1999. Las recientes victorias (una nacional y muchas regionales y municipales) opositoras le hacían difícil al anti-chavismo la tarea de convencer a los venezolanos de que en Venezuela no era posible un cambio de gobierno por métodos democráticos. Aun así, el mayor esfuerzo de ese sector lo invirtió en tratar de denunciar ante el electorado el supuesto y extraño (y falso) objeto de la consulta: la obligación de elegir permanentemente una y otra vez a Hugo Chávez en la presidencia. Esta vez el chavismo se movilizó para convocar a las personas en favor de la opción Sí, que resultó victoriosa con casi 55 por ciento de los votos, unos 6 millones 300 mil sufragios.

“El Niño”, nuestra vulnerabilidad y nuestra fortaleza

El año 2009 tuvo lugar en Venezuela un evento relacionado con el fenómeno climático de “El Niño”, una perturbación que se había producido cíclicamente cada ocho años en el Pacífico oriental, afectando a varias regiones del trópico. Pero ahora, al parecer el ingrediente planetario del calentamiento global había recrudecido hasta hacerse más recurrente. La consecuencia más notoria de este acontecimiento meteorológico en los años 2009 y 2010 fue la ausencia de lluvias durante un largo período. La sequía generalizada ocasionó un efecto secundario o colateral de grave impacto para la población venezolana. En vista de que la abrumadora mayoría de los centros poblados venezolanos se alimentan con la energía producida por la hidroeléctrica del Guri, dependiente a su vez del caudal del río Caroní, en el estado Bolívar, al disminuir la entrada de agua y bajar el nivel del gigantesco embalse las turbinas de la central comenzaron a paralizarse. Se produjeron súbitos apagones y el Gobierno tomó

medidas de emergencia como el racionamiento eléctrico. Los centros comerciales debieron modificar sus horarios y solo los centros de salud contaron con energía eléctrica permanente.

Chávez, que en los últimos años había hecho fluctuar su discurso entre las mieles de la abundancia y la crítica del derroche, debió privilegiar sin medias tintas la noción del ahorro energético y la necesidad de vivir de otra forma, un traumático cambio de visión que nos obligaba por necesidad a experimentar una conducta con criterio de escasez, a tan poco tiempo de la época del caudaloso flujo de liquidez en la economía.

La vida cotidiana en las ciudades se trastornó drásticamente, y por mucho que la propaganda oficial abundara en explicaciones sobre el percalce meteorológico, que no solo afectaba a Venezuela sino a varias regiones del planeta, la prédica antigobierno quiso imponer como matriz la especie de que el sistema eléctrico nacional había colapsado por falta de mantenimiento y de previsión gubernamental. “En vez de regalar nuestro dinero, el gobierno debió invertir en fortalecer el sistema eléctrico”, se oía decir en las discusiones de calle. Una premisa que manipulaba o dejaba fuera muchas necesarias explicaciones, pero que fue fácil imponer como convicción ciudadana y muy difícil rebatir. Las medidas posteriores (adquisición de plantas eléctricas, reforzamiento de las instalaciones termoeléctricas) fueron recibidas como acciones realizadas a destiempo y no como decisiones para resolver un problema estructural.

Un año después tuvo lugar una perturbación diametralmente contraria; las lluvias cayeron a raudales en una alarmante proporción que lavó toda sensación de sequía, y Caracas volvió a sufrir, como tantas veces a lo largo de su historia, los rigores de la inundación y el derrumbe de viviendas en las zonas más pobres. Los damnificados eran cerca de 130.000, un total de 21.000 familias. Era diciembre de 2010 y Chávez emitió una orden dramática y palmaria: habilitar las sedes de ministerios y organismos públicos como refugios temporales para los afectados. “Prometo que dentro de un año ustedes tendrán su vivienda propia”, les dijo a los damnificados para que aceptaran ir a refugiarse en aquellas habitaciones de emergencia, adonde se trasladó el drama de nuestros barrios pobres con todos sus matices (violencia, malnutrición, disolución de lazos familiares, etcétera).

Los refugios se distribuyeron por toda Caracas, y durante todo el año 2011 se hizo común la convivencia de los “refugiados” con los empleados de las instituciones. Los militantes chavistas fuimos convocados a trabajar en esos refugios como voluntarios. El Estado construyó en corto tiempo una infraestructura de dormitorios y sanitarios con su mobiliario básico, y proveía diariamente de tres raciones diarias de alimentos a cada damnificado en cada refugio. Simultáneamente, creó el Fondo Simón Bolívar para la Reconstrucción (administrado por PDVSA), La Ley Especial de Refugios Dignos, La Ley Orgánica de Emergencia para Terrenos y Viviendas (que permitió expropiar terrenos, estacionamientos y galpones para construir casas), la Ley de Reconstrucción Integral de la Región de Barlovento y la Gran Misión Vivienda Venezuela.

El anecdotario y las posiciones enfrentadas en aquellos meses dan para un largo material sobre sociología y relaciones humanas. Procedo a rescatar brevemente dos impresiones personales, vividas en el refugio habilitado en los espacios de la televisora Venezolana de Televisión. La primera, el drama de una muchacha joven, madre de un niño de dos meses. No tenía otro familiar a su lado, así que debía ocuparse a solas de su cría. La entrada y salida del refugio eran totalmente libres, así que nadie o poca gente se percató del momento en que la joven salió del refugio, dejando al niño en su cama, cuidado por una compañera de habitación. El niño era lactante, así que fue preciso alimentarlo con fórmulas lácteas, pero no había recursos para comprar permanentemente este tipo de alimentos, así que hubo que hacer colectas. Por esos días me encontré en la calle con una militante de grupos feministas, quien tenía también una hija en edad lactante. Intercambiamos información sobre “nuestros” refugios (todo militante de grupos sociales trabajaba o colaboraba en algún refugio), y cuando le comenté a la compañera el caso de la muchacha y su niño me respondió: “Iré dos veces al día a amamantar a ese niño”.

El otro episodio tuvo lugar cuando, en marzo de 2011, el Gobierno comenzó a asignar apartamentos, en cumplimiento de la promesa de construcción y entrega gratuita de viviendas a los damnificados. Pero la construcción y entrega era gradual y parcial, de modo que todavía no había casas para todos los grupos familiares. En el refugio de Venezolana de Televisión había 52 familias, y los funcionarios de la Gran Misión Vivienda Venezuela anunciaron que ya estaban listas para habitar las primeras 35 viviendas para los ocupantes de ese refugio. Así que los

damnificados (anotar: seres humanos que habían perdido sus casas y ahora tenían meses conviviendo en espacios pequeños, muchas veces hacinados, mientras alimentaban la esperanza de recibir sus casas nuevas) debían discutir y organizarse entre ellos mismos, para decidir colectivamente quiénes se iban de inmediato a ocupar sus viviendas y quiénes debían quedarse un tiempo más en el refugio.

Los facilitadores o acompañantes acudimos a la asamblea decisiva conscientes de la enorme tensión imperante, pues 17 de aquellas familias debían sacrificar su opción y quedarse esperando. Conversábamos en reuniones cerradas sobre el hecho de que, en situaciones extremas de tragedia o calamidad, suelen aflorar resentimientos y tendencias primarias o simplemente de defensa clánica y territorial, y contra eso debíamos imponer los principios de paciencia, serenidad y generosidad.

Comenzó la asamblea; alguien propuso que los derechos de palabra se refirieran estrictamente a los casos más notables de miseria, maternidad múltiple y solitaria, casos de salud precaria. Uno a uno fueron enumerándose los casos y las viviendas fueron asignándose a los más empobrecidos: asignadas las viviendas números 35, 34, 33, y así sucesivamente. Los casos más dramáticos fueron cubiertos, pero a medida que se terminaban las casas (10, 9, 8) surgían o se recordaban más situaciones lamentables; básicamente todos los casos eran dignos de merecer la calificación de urgentes. Entonces llegó el momento de la asignación de las últimas casas. Había más de 30 familias celebrando, emocionadas hasta las lágrimas. Y casi 20 familias con idénticos dolores, derechos y expectativas esperando un desenlace.

108

Cuando quedaban tres viviendas por repartirse, ocurrió lo inesperado. Los representantes de las familias que quedaban sin casa intervinieron uno a uno, para exponer las razones por las que cedían su turno a otras familias. Casi siempre la razón era: “Aquí hay familias más jodidas que la mía”. La última casa fue asignada a un caso dramático más, y otros dramas decidieron quedarse en el refugio.

Ninguna autoridad obligó a esas personas a sacrificar su oportunidad; fue la democracia participativa y protagónica en funcionamiento, entre personas y familias del estrato más “bajo” o más golpeado de la sociedad.

Ese fue el inicio de la Gran Misión Vivienda Venezuela, que ha llenado las ciudades de nuevos urbanismos y en junio de 2019 celebró la construcción y entrega de la casa número 2 millones 700 mil.

Adiós a Chávez

A las familias del refugio de Venezolana de Televisión, y a otros centenares de damnificados, les fueron construidas y entregadas sus viviendas en un sector de la periferia de Caracas conocida como La Limonera (Baruta, estado Miranda). Chávez en persona acudió al acto oficial de inauguración del urbanismo, el 7 de mayo de 2011; ya las familias tenían unas semanas allí, disfrutando de sus nuevos apartamentos. En un momento del recorrido por la zona, los habitantes de La Limonera y quienes seguían el acto por televisión pudieron apreciar cuando el presidente tropezó, trastabilló y se apoyó durante varios segundos antes de reponerse y continuar caminando con dificultad. Entró en el vehículo presidencial y salió del lugar con su comitiva. Cuando reapareció en público lo hizo con una pierna entablillada y apoyándose con un bastón.

Durante todo el mes de mayo se le vio u oyó bromear sobre su lesión en la rodilla, sobre cuya gravedad nadie tenía elementos para sospechar. Pero el 10 de junio, súbitamente, el canciller Nicolás Maduro anunció que el presidente había sido intervenido quirúrgicamente en La Habana, Cuba, de un absceso pélvico. Dos días después el propio Chávez confirmó que había salido bien de esta operación y que se encontraba en plenitud de sus facultades físicas y mentales.

Las visitas de Chávez a Cuba siempre generaron inquietud y protestas en el bando antichavista, que no se cansaba ni se ha cansado de promover la fábula de que todas las instrucciones para la conducción de Venezuela se dictan en La Habana. Esta vez la inquietud alcanzó al país en pleno, no por esas razones sino porque transcurrieron varios días antes de que el presidente volviera a aparecer en público. Cuando finalmente se dirigió a los venezolanos (30 de junio) lo hizo en un formato discursivo desacostumbrado en él. El comandante se abstuvo de realizar la habitual charla coloquial improvisada que empleaba en sus alocuciones, y leyó en un papel una corta declaración, en la que anunciaba que se habían detectado células cancerosas en su cuerpo, y que debía someterse a tratamiento.

Tras varias semanas de tensión política (la oposición reclamaba que se decretara su ausencia absoluta y se realizaran nuevas elecciones) Chávez retomó su agenda como presidente constitucional; en su cuerpo se percibían los estragos del potente ataque terapéutico con quimioterapia. El tratamiento había comenzado en La Habana y continuado en el Hospital Militar de Caracas. El 17 de agosto de 2011 anunció al país que las sesiones de quimioterapia habían tenido buen resultado y que ya había retomado plenamente sus funciones como presidente.

En cada oportunidad de dirigirse al país informaba que su condición era inmejorable y se esforzaba en demostrarlo: su discurso de presentación de cuentas ante la Asamblea Nacional, el 13 de enero de 2012, duró 9 horas y media, el más largo que se le haya cronometrado. Pero el 21 de febrero anunció que debía ir a La Habana para ser intervenido nuevamente de su lesión, cosa que ocurrió el 26 de febrero de 2012. En marzo, Chávez anunció que el tumor que se le había extraído era cancerígeno, pero que la operación había sido exitosa. Regresó el día 16, y el 24 volvió a La Habana para una sesión de radioterapia.

El calendario electoral anunciaba elecciones presidenciales para el año 2012, y el PSUV ratificó al comandante como aspirante a un cuarto período presidencial (2013-2019). En el bando de la derecha se realizaron elecciones primarias, y el favorecido para encabezar la candidatura unitaria de la oposición fue Henrique Capriles Radonski, del partido Primero Justicia.

La última campaña electoral de Hugo Chávez fue pesada y borrasca, debido a sus condiciones de salud y a la singular saña con que la oposición utilizaba cualquier vestigio de postración o debilidad para referirse a su figura como la de un hombre cansado y en derrota. Frente a él, como imagen opuesta, se exaltaba el estereotipo que la publicidad clasista de todos los tiempos identifica con la potencia de lo nuevo y el bienestar: el adonis al que se le notan las horas invertidas en malgastar energía en el gimnasio.

Capriles, proveniente de una familia de empresarios, era exgobernador del estado Miranda y representante de una clase política que ya iba para el tercer lustro intentando acceder al poder, algunas veces cumpliendo los trámites electorales y otras más mediante la conspiración violenta.

El último acto electoral de Chávez, su último mitin ante las masas, tuvo lugar el 4 de octubre de 2012 en la avenida Bolívar de Caracas, ante una multitud solamente superada por la que lo despidió unos meses más tarde en sus funerales. Las imágenes de siete avenidas céntricas de la capital desbordadas de gente, la fiesta y la presentación y discurso de Chávez bajo la lluvia, forman parte de la iconografía chavista, patrimonio de la adoración hacia el comandante.

El 7 de octubre se efectuaron los comicios, y los resultados superaron toda participación anterior. Chávez fue reelecto con 8.185.120 votos (55,08 por ciento), y Capriles consiguió 6.583.426 (44,30 por ciento). El derrotado aceptó los resultados a regañadientes, pero siempre dejando un margen para la duda; la campaña contra el Consejo Nacional Electoral tenía ya varios años de desarrollo y las denuncias de fraude se convirtieron en un recurso permanente, tan torpemente empleado que ya el propio antichavismo se burlaba de las retorcidas explicaciones, llenas de fórmulas y algoritmos, con las que se pretendía demostrar que el chavismo robaba votos para ganar. En diciembre de ese mismo año se realizaron elecciones de gobernadores y el PSUV se alzó con 20 de las 23 gobernaciones en disputa.

Durante la celebración del primer Consejo de Ministros del nuevo período, el 20 de octubre de 2012, Chávez hizo una propuesta de remozamiento de la Revolución Bolivariana, en un duro discurso en el que no escatimó críticas y autocríticas contra el desempeño de su propio gobierno. Invocó la necesidad urgente que tenía la Revolución de dar un “golpe de timón” (y así fue llamado el documento que recogió sus palabras) en el nuevo ciclo, con la tarea primordial de acelerar la construcción de comunas. “Es tiempo de reinventar la revolución, de profundizarla, de construir las tres R: revisión, rectificación y reimpulso”, fue uno de sus llamados. El comandante se lamentaba de que, en diversos encuentros y contactos televisados con comuneros desde comunas ya registradas, la nota común era la petición de recursos de éstas al Gobierno nacional. Chávez reflexionaba alarmado sobre el hecho de que esas comunas deberían estar más bien tributándole a la sociedad los resultados de su producción.

En esa ocasión también advirtió sobre los nuevos ataques que estaba recibiendo la Revolución, bajo la forma de “guerra económica”. El país tardó unos pocos meses más en comprobar y discutir sobre la existencia y el alcance de esta amenaza.

El 8 de diciembre de 2012 le informó al país que, luego de nuevos exámenes médicos a que se había sometido, habían reaparecido células cancerígenas en su torrente sanguíneo. Informó que había decidido someterse a una delicada intervención quirúrgica en Cuba, para la extirpación del tumor desde donde irradiaban células afectadas. Aprovechó para delegar responsabilidades institucionales en su vicepresidente, Nicolás Maduro Moros, y anunció que en caso de producirse su ausencia definitiva él debía sustituirlo: “Como dice la Constitución, si se presentara alguna circunstancia sobrevenida que me inhabilite (...) para continuar al frente de la presidencia de la República Bolivariana de Venezuela, bien sea para terminar los pocos días que quedan, y sobre todo para asumir el nuevo período para el cual fui electo por ustedes, por la gran mayoría de ustedes (...) Nicolás Maduro, no solo en esa situación debe concluir, como manda la Constitución, el período sino que mi opinión firme, plena como la luna llena, irrevocable, absoluta, total, es que, en ese escenario que obligaría a convocar (...) de nuevo a elecciones presidenciales, ustedes elijan a Nicolás Maduro como presidente de la República”.

El 10 de diciembre tuvo lugar una caravana no planificada de despedida del comandante, quien partió desde Miraflores rumbo al aeropuerto de Maiquetía escoltado por varios vehículos. A lo largo del trayecto miles de seguidores lo aplaudían y saludaban al pasar. Fue un impactante acontecimiento, que culminó con la llegada de Chávez al aeropuerto y la transmisión televisada del momento en que abordaba un avión rumbo a la isla de Cuba. Un día después fue operado por cuarta vez, ahora para un proceso de extirpación del tumor cancerígeno.

112

Los meses siguientes fueron de peculiar tensión informativa. Con el líder y gran comunicador en silencio obligatorio, Nicolás Maduro y otros voceros del Gobierno difundían informes, contentivos del mínimo de precisiones necesarias para informar al país sobre el estado de salud del presidente. La derecha llenó los medios y las redes sociales de especulaciones e interpretaciones de las leyes, con el fin de crear alguna reacción en torno a la “ausencia absoluta” del jefe del Ejecutivo. Luego de la intervención quirúrgica, Chávez pasó unas semanas en cuidados intensivos en la isla, y luego fue trasladado a Caracas para concluir su rehabilitación en el Hospital Militar.

Hugo Chávez falleció el 5 de marzo de 2013 en horas de la tarde. Sus funerales se convirtieron en un acontecimiento multitudinario en el que participaron miles de ciudadanos, que empleaban horas en transitar una cola de varias cuadras hasta la capilla ardiente donde reposaban sus restos. Treinta y tres jefes de Estado y de Gobierno acudieron también al sepelio.

Antes de ser sepultado Chávez ya estaban activadas las estrategias rumbo a las elecciones presidenciales, que debían realizarse en el transcurso de un mes. Los grupos y partidos de derecha, aglutinados nuevamente en torno a la candidatura de Henrique Capriles, echaron mano de un recurso propagandístico miserable que jugaba con la imagen de la agonía y muerte de Chávez. Como uno de los informes oficiales difundidos antes de su muerte revelaban que el comandante había sufrido una insuficiencia respiratoria, en los medios y en las redes sociales se detallaron algunos relatos e ilustraciones degradantes de que Hugo Chávez permanecía conectado a unos aparatos para poder vivir.

La monstruosa narrativa de la campaña de Capriles animaba a los venezolanos a votar por él para deshacerse de los chavistas, así que comenzó a llamar “enchufados” a quienes trabajaban en la administración pública y a cualquier relacionado con “el régimen”. Enchufado: cuerpo al que hay que desenchufar para que deje de respirar y muera. Otro portavoz de la derecha acuñó un decir que todavía suele utilizar el antichavista que quiere pasar por implacable o radical: “Murió Chávez, y nadie se lo va a devolver”.

•

La muerte de Chávez marcó un punto de ruptura o redefinición del hilo histórico venezolano. Así que esta síntesis cronológica de Venezuela amerita un necesario recuento o resumen justo en este punto.

Esta es la Venezuela que los venezolanos se aprestaban a conducir, construir, abandonar o re-configurar, según los respectivos bandos y perspectivas, a partir de marzo de 2013:

- País de poco más de 30 millones de habitantes, con una concentración importante de su población en las zonas urbanas, con fuertes rasgos de despoblamiento de las zonas rurales y un sector agrícola que no llega a 10 por ciento de la población

en edad productiva. En los tres estados más grandes de Venezuela (Amazonas, Apure y Bolívar), cuya superficie conjunta suma más de la mitad del territorio nacional, vive apenas 7 por ciento de la población. Pero en el período intercensal 1991-2001 la entidad que menor crecimiento registró fue la región capital, tendencia que se ha acentuado: Caracas vio reducirse su peso poblacional de 10 a 8 por ciento. Otras entidades que desde los años 40 del siglo XX fueron polos de atracción de la masa poblacional que “huía” de las dinámicas rurales fueron Aragua, Carabobo y Lara, y también registraron un “frenazo” en esa tendencia. La capital pasó al cuarto lugar en importancia poblacional. El paradigma del venezolano de provincia que abandonaba su terruño en busca de las presuntas oportunidades que ofrecía Caracas comienza a demolerse paulatinamente, sin que este fenómeno sea (todavía) un dato noticioso digno de profunda revisión, discusión y análisis.

- País petrolero con fuerte dependencia del enemigo declarado de su liderazgo político, Estados Unidos, que seguía comprando entre 60 y 70 por ciento de la producción petrolera venezolana. El precio de la cesta petrolera venezolana ha comenzado a descender en 2013 desde sus más de 110 dólares por barril, se acerca a 90 dólares por barril y ya asoma la crisis global que habrá de derrumbar los precios hasta menos de 50 dólares por barril en 2015, y se dirigirá a su desplome a menos de 20 dólares por barril un año más tarde.
- País cuya gestión de la energía (eléctrica, petrolera, gasífera), formas de producción y distribución de alimentos y bienes esenciales, fueron diseñadas durante todo un siglo por ese enemigo (y, por lo tanto, ese enemigo decide cuándo prospera y cuándo se interrumpe cada proceso).
- Una corporación venezolana, Industrias Polar, abastece al país de 50 por ciento de la harina de maíz precocida, elemento que la apoteosis de la agroindustria convirtió en el ingrediente o elemento gastronómico emblemático de los venezolanos. Más adelante diremos dos cosas sobre la truculencia en la que se sustenta este cruel disparate sociocultural.

- País volcado hacia una forma de organización social que ha alcanzado grados de irregular o desigual desarrollo y eficacia: la comuna. Después del enorme salto cualitativo y estructural que significó la activación y funcionamiento de Consejos Comunales en todo el país desde el año 2006, Chávez formuló y propuso ante el país el concepto o proyecto que ha movilizó al chavismo en busca de su identidad definitoria: la conformación de comunas, hacia la conformación de un Estado comunal. Su lenta pero sostenida construcción es la perspectiva y derrotero que da sentido al chavismo como corriente histórica. Hay experiencias que muestran un avance más notable que otras en esa dirección. No hay un instrumento o herramienta que mida o cuantifique el avance de esa construcción como proyecto y espíritu de alcance nacional, o que detecte alguna tendencia hacia el desarrollo y consolidación solo en ciertas localidades.
- País acostumbrado durante la década anterior a una forma de liderazgo audaz, desafiante, carismática, transparente y lengua-raz. Aunque ha sonado la hora de los liderazgos comunitarios, locales y regionales, en el ámbito nacional es perceptible el vacío dejado por el conductor que todo lo arropaba y en todo influía o quería influir directamente. De pronto, no hay un líder o jefe que sustituya o se iguale en peso específico, popularidad o credibilidad a Chávez, y esto puede leerse como una oportunidad para reconstruir el liderazgo nacional con nuevos referentes (ya veremos cuán difícil ha sido esa transición o búsqueda).
- País que recibió permanente y obsesivamente de su presidente la instrucción o convocatoria a deslastrarse de los hábitos y vicios inherentes al capitalismo (modelo o sistema que, se supone, estamos llamados a ir demoliendo gradualmente), a derrotar la “enorme fuerza de la costumbre” y sustituir la competencia por la solidaridad, el ventajismo por la equidad y el consumismo por la frugalidad, pero que al mismo tiempo vio consolidarse y expandirse un experimento político a partir de una inmensa avalancha de recursos.
- País dividido en facciones que quieren desalojar del poder al chavismo. Esas facciones incluyen los partidos viejos o tradicionales y los de reciente aparición, y su abanico de matices registra

tendencias moderadas y electoralistas, tendencias proclives al golpe violento de facciones militares venezolanas y auspiciadores de una intervención militar extranjera. También es preciso registrar un fenómeno de alcance marginal, aunque estruendoso en el circuito de los medios y redes sociales: los individuos que ocuparon cargos ministeriales en el chavismo y que han decidido formar tienda aparte, unas veces bajo el aspecto discursivo de “chavismo originario” opuesto a Nicolás Maduro, y otras veces como simples sujetos que un día cambiaron de bando, por presiones o por su singular sentido de la oportunidad, y ahora apoyan las opciones antichavistas que hasta hacía poco tiempo combatían.

- País cuya derecha se ha propuesto (o ha recibido como instrucción) deslegitimar y demoler al chavismo desde sus estructuras fácticas hasta las simbólicas, y se dispone a intentarlo, primero mediante el trámite de la participación en una nueva elección nacional, y luego mediante los recursos extremos de la conspiración, el golpe, el magnicidio y el bloqueo internacional.

•

Nuevo intento de la derecha de hacerse con el poder: participación en la jornada electoral del 14 de abril de 2013, con un candidato unitario que resultó ser nuevamente Henrique Capriles, por la Mesa de la Unidad Democrática (MUD).

116

Este personaje, que ya había expresado dudas acerca de su derrota ante Hugo Chávez el año anterior, tuvo ocasión de volver sobre ese discurso, no bien el Consejo Nacional Electoral dio los resultados de las votaciones: Nicolás Maduro, 7,587,570 sufragios; Henrique Capriles, 7,363,980. De 19 mediciones previas, realizadas entre el 9 de febrero y el 11 de abril de ese año, Capriles solo figuraba con mayor aceptación que Maduro en tres, realizadas por Datamática, una empresa encuestadora de la que nadie o muy pocas personas habían oído hablar hasta entonces. De modo que, excluyendo el notable dato de la reducida ventaja (poco más de 200 mil votos) resultaba forzado hablar de una sorpresa.

Esa escueta diferencia fue utilizada por la oposición antichavista para el despliegue de todos sus recursos y maquinarias en un discurso deslegitimador que, cinco años después, se tradujo en pretexto y plataforma de los bloqueos, despojos y ataques que han recibido el Gobierno, la democracia y el pueblo de Venezuela desde el exterior. Al momento de fijar posición ante los resultados, el derrotado Capriles sentenció que había sido despojado de una victoria y llamó “al pueblo de Venezuela a expresar su arrechera”, cosa que ha sido interpretada como una convocatoria directa a los disturbios callejeros violentos, ataque a sedes del PSUV y asesinato de militantes chavistas que se suscitaron en las horas siguientes.

Aunque focales y limitados a las urbanizaciones de clase media donde siempre se había manifestado el antichavismo, los disturbios de esos días se convirtieron en laboratorio para aventuras posteriores, mejor organizadas y evidentemente financiadas con específica intención, ya no desestabilizadora sino abiertamente conspirativa.

Algunas formas de colapsar

Desde 2011, Venezuela registraba una casi indetenible fuga de divisas propiciada por los mecanismos resultantes del control de cambio, y aprovechada por miles de ciudadanos para sacar del país dólares a tasa oficial y re-venderlos en el mercado ilegal o paralelo. La práctica se conoció con el nombre de “raspar cupos”, y los beneficiarios de esta modalidad recibieron el apodo de “raspacupos”. A grandes rasgos, funcionaba así: el Estado venezolano mantenía un control de cambios para evitar la fuga de divisas, pero le asignaba a cada venezolano que necesitara o deseara viajar fuera de Venezuela un “cupos” o derecho a comprar dólares a tasa preferencial (primero el derecho era a comprar 2.000 dólares; luego el cupo fue rebajado a 300 dólares al mes, y posteriormente 500 al año). El mecanismo era supervisado por la Comisión de Administración de Divisas (CADIVI). El viajero compraba dólares a una tasa de 6,30 bolívares por dólar, iba a cualquier país del exterior con su tarjeta de crédito, retiraba allá los dólares en efectivo; regresaba a Venezuela y los revendía a 40, 50 ó 60 bolívares por dólar. Mediante una alquimia absurda y sencilla, el Estado terminaba

financiando a los venezolanos que deseaban viajar, y éstos aprovechaban para multiplicar sus ingresos vendiendo los dólares a un precio muchas veces superior, el del mercado ilegal.

No solo el dólar “se fugaba” de Venezuela en esos años. Con la segunda década del siglo se convirtió en figura nacional un fenómeno que antes permanecía restringido y limitado a la frontera colombo-venezolana: el “bachaquero”. Esta figura, que en resumidas cuentas y en condiciones normales vendría a ser sencillamente un contrabandista o un comerciante usurero, que compra muy barato y vende muy caro, tiene una peculiaridad: su carácter masivo, multitudinario. Un bachaco es, en el habla venezolana, una hormiga grande de las que suelen verse transportando restos vegetales y animales en largas filas de obreros incansables: imposible dar con una imagen más exacta del fenómeno que comenzó a desangrar la economía venezolana desde su quehacer más doméstico y cotidiano.

El Gobierno de Hugo Chávez había implementado políticas y programas de subsidio, destinados a vender alimentos a muy bajo costo entre la población más pobre. Nicolás Maduro continuó con dichos programas. Esos alimentos fueron el principal objetivo de la hecatombe bachaquera.

Desde el año 2016 existe en Venezuela el más reciente y popular de esos programas. Es conocido como CLAP: Comités Locales de Abastecimiento y Producción. La relación comparativa entre los precios subsidiados y los del mercado eran en 2019 de un insólito desequilibrio. Las cajas de alimentos vendidas a las familias suelen incluir dos o más kilos de harina de maíz, otros tantos de pasta, dos litros de aceite, un kilo de azúcar, un kilo de arroz; cinco latas de atún o sardina, granos, y eventualmente algunos complementos como mayonesa y salsa de tomate. El precio de esa caja de alimentos les cuesta a las familias pobres menos de la mitad de lo que cuesta un solo litro de aceite en el mercado convencional.

Mecanismo bachaquero detectado entre 2014 y 2017: tomas esos alimentos, que son más o menos gratis, cruzas la frontera con Colombia y vendes esos productos allá a un precio equivalente a varias veces su valor. Un kilo de leche en polvo subsidiada costaba unos 200 bolívares en Venezuela; en Colombia podías venderla en 1.000 bolívares. Cualquier habitante de esa frontera se descubrió de pronto dueño de un pequeño tesoro.

Una mañana un ciudadano se levantaba sin dinero en el bolsillo; buscaba en su casa y encontraba algo: dos pastillas de jabón, dos pastas dentales, un kilo de arroz, un par de piezas o repuestos automotrices, algún analgésico o medicamento contra la fiebre. Armaba una pequeña bolsa con esos efectos, cruzaba la frontera y se integraba a cualquiera de las enormes colas de venezolanos en la ciudad colombiana de Cúcuta. Allí esperaba su turno para venderle lo que fuera al comerciante que, extrañamente, pagaba sin pensarlo y hasta de buen humor un precio asombrosamente alto por cualquier producto que le llevaran de Venezuela. El ciudadano, que apenas había llevado a la vecina ciudad colombiana lo suficiente para el pasaje, regresaba a su casa con 30 mil bolívares, una cantidad de la que podía invertir la mitad en comprar otros alimentos y bienes a bajo costo, para volver a cruzar la frontera y vendérselos al generoso comprador.

El fenómeno alcanzó otros rubros, como por ejemplo los billetes venezolanos, la moneda oficial del país. Hubo un momento singular, a partir de 2014, en el que algunos personajes te proponían en las calles el siguiente negocio: te transfiero a tu cuenta bancaria 200 bolívares por cada billete de 100 bolívares que me entregues. Era para no creerlo: tener cinco mil bolívares en billetes de 100 era tener diez mil, automáticamente; no hacías nada más que entregar los billetes que tenías, y al momento ya tenías el doble. Los comercios que disponían de puntos de venta para tarjetas bancarias comenzaron a vender el efectivo: si quieres efectivo tendrás que pagar el 5 por ciento. Luego el 10, más tarde el 20 y en algún momento ya era la mitad: “pasabas” tu tarjeta por una compra ficticia de 150 mil y recibías 100 mil en billetes.

Los compradores fueron llevándose mediante este y otros mecanismos los billetes venezolanos, hasta que el dinero en efectivo comenzó a escasear, y aquellos compradores colombianos a cobrar: si quieres tus billetes venezolanos tendrás que venir a Colombia y pagar el cuádruple de su precio. Para recuperar aquel billete de 100 ahora debías pagar 400: eso se llama saber invertir.

Los productos alimenticios y de limpieza también comenzaron a escasear en los expendios venezolanos, hasta que se hizo común la expresión, la sensación y la noticia: no queda “nada” en los anaqueles. Los mercados, abastos y pequeñas bodegas venezolanas estaban vacíos, y los

camiones que los surtían de esos bienes dejaron de llegar con la misma frecuencia. Recordabas de pronto aquel kilo de leche que vendiste en Colombia en mil bolívares; ahora, que no tenías nada para vender y sí una urgencia por comprar (y sobre todo para comer) debías cruzar la frontera y comprarla en 12 mil bolívares.

Toneladas de alimentos, medicinas y enseres de limpieza, producidos en Venezuela o importados por Venezuela, sólo se encontraban en expendios al aire libre en ciudades colombianas. Lo mismo que los billetes de 100 y 50 bolívares, y lo mismo que la gasolina (para la gasolina reservamos unos párrafos aparte). Los medios e individualidades que aprovechaban la espantosa situación de desabastecimiento y escasez para declarar que en Venezuela había una hambruna en puertas (antecedente cercano de la declaración informal de “crisis humanitaria”) ignoraban olímpicamente las sobrecogedoras escenas en fotografías y en video de las calles de Cúcuta: allí estaban, expuestas en gigantescas galerías callejeras, los productos que no se encontraban en Venezuela. Los venezolanos, que hacía mucho tiempo no veíamos en ningún expendio ciertas marcas de alimentos, descubríamos con impotencia que esos bienes, lo mismo que los billetes, no habían “desaparecido” ni dejado de producirse o de existir: estaban en territorio colombiano.

Un Lorenzo Mendoza, dueño de Industrias Polar, proclamaba a gritos que el Gobierno venezolano estrangulaba a su empresa, que se veía imposibilitada de seguir produciendo la harina de maíz precocida y otros productos. Pero se abstenía de explicar por qué, si su empresa había dejado de producir determinados productos, las calles colombianas estaban bien surtidas de esos mismos productos.

La canciller colombiana María Ángela Holguín aportó en 2016 una clave para entender todo el rollo. Al menos para entenderlo, aunque ella quiso hacernos creer que nos explicaba cómo solucionarlo: “¿Ustedes no quieren que los alimentos venezolanos sean contrabandeados a Colombia, sin necesidad de cerrar la frontera? Pues vendan los alimentos al mismo precio que en Colombia”. La aplastante, dramática y casi irrefutable lógica del mercado expresada en tono de insulto y desafío: si no hay alimentos gratis ni baratos aquí, ya nadie querrá llevárselos para allá. Deja de subsidiar alimentos, deja de vender cosas al precio que los pobres puedan

pagar, y tendrás nuevamente los anaqueles y los mercados llenos. A precios incomprables pero llenos. El contrabando y el bachaqueo se hacen inviábiles o al menos poco atractivos o rentables.

•

El tema de la gasolina venezolana y su flujo hacia Colombia amerita una disección más detenida. Pudiera bastar con decir, sin mucha explicación, que la gasolina que usan los vehículos en Venezuela es gratis. Esto no sería totalmente cierto, y además le restaría dramatismo e incluso diversión a la explicación. La cosa es así: la gasolina venezolana de 91 octanos cuesta (primer semestre de 2019) según el aumento decretado por el Gobierno en agosto de 2018, un bolívar fuerte (1 BsF) por litro. Llegas al expendio de gasolina, llenas tu tanque con 45 litros y pagas 45 bolívares fuertes. Pero ya esa moneda llamada “bolívar fuerte” no existe, ya no está en vigencia; desde el 20 de agosto de 2018, la moneda legal se llama bolívar soberano (BsS), y cuesta 100.000 bolívares fuertes. Es decir: algo que costaba 100.000 bolívares fuertes pasó a costar un bolívar soberano. Entonces, algo que costaba un bolívar fuerte (por ejemplo, la gasolina) ahora cuesta un bolívar soberano dividido entre 100 mil: BsS 0,00001. “Eso” cuesta la gasolina venezolana.

El primer conductor que llega a poner gasolina en la mañana llena su tanque, paga con un billete de 50, bosteza, le da las gracias al trabajador que pone la gasolina y se larga sin esperar el cambio. Ese generoso conductor habrá pagado ya la gasolina de todos los automóviles que pondrán gasolina ese día.

La gasolina se traslada a las gasolineras en esos grandes camiones cisterna de 36 mil litros de capacidad: BsS. 0,036. Pero en Colombia cada litro de gasolina cuesta aproximadamente 10 centavos de dólar (1 dólar: BsS 3 mil, aproximadamente). Resultado: resulta una hazaña conseguir gasolina en las ciudades fronterizas con Colombia, pero en Colombia se revende la gasolina venezolana. Colombia no produce ni refina un solo litro de gasolina, pero es un país exportador de gasolina (venezolana).

•

En ese aspecto de la historia reciente venezolana, el año más dramático, el más difícil, el que hizo más palpable el desplome de nuestra economía, fue 2016. Escasez (“desaparición”) de la comida en los expendios, surgimiento de un circuito de bachaqueros que mutaron en su rol, y ya no desplazaban mercancías fuera de Venezuela sino que las revendían a precios escandalosos en las calles, en sus casas en negocios de emergencia. En la desesperación del momento, quien tenía cómo comprarles a los bachaqueros se sacrificaba y lo hacía. Pero el escaso o inexistente flujo de liquidez (billetes y monedas) le agregaba otra tragedia a la trágica situación: si no pagabas en efectivo (cosa que no podía hacer nadie o casi nadie) entonces los productos costaban un poco más. Cuando ya estaba por terminar ese año horrendo y lamentable, el día 5 de diciembre colapsó la plataforma tecnológica que permitía las transacciones bancarias; ese día y el siguiente (días de cobro de utilidades y bonos navideños) se paralizó el sistema que hacía posible el pago con tarjetas de débito o de crédito, las transferencias desde y hacia las cuentas.

Ese día se cumplió el sueño de cualquier anarquista y la pesadilla de cualquier ciudadanía moldeada durante un siglo para funcionar conforme a mecanismos, reglas, procedimientos e instrumental propios del capital: en pleno comienzo de la temporada del ritual desenfrenado del consumismo, no había un comercio convocando a los clientes, no había mercancías que ofrecer, no había dinero o forma de movilizarlo. Cinco o cuatro años después del momento soberbio, espléndido y sublime en que a los miles de empleados de los ministerios el gobierno les obsequió, por esas mismas fechas, una enorme bolsa llena de comida y exquisiteces, un pernil de cerdo y varias botellas de licor, de pronto ahora quedábamos reducidos al bochorno de no tener ni siquiera ánimo o disposición para la celebración.

Suprimido el despliegue de la tradicional parafernalia navideña, que por décadas ha incluido fiestas familiares, mucho alcohol, intercambios de regalos, viajes y playas llenas de vacacionistas, y con una confrontación política que muchos esperaban que recrudeciera y nos arrastrara a situaciones más lamentables, el Gobierno anunció explicaciones y medidas: estábamos siendo víctimas de una guerra económica preconizada años atrás por Chávez; la plataforma Credicard, que controlaba la red de

cajeros y dispositivos que hacían posible la compra-venta en ausencia de moneda física, había sido objeto de un sabotaje, y los directivos y conductores de esa red fueron investigados y encarcelados.

La oposición, por su parte, se dedicaba a asegurar que ese colapso era en realidad obra y producto de un gobierno inoperante, y anunció que en las horas siguientes el país colapsaría en pleno junto con sus posibilidades de funcionamiento operativo.

Culminó 2016, el país no hizo explosión pero se enrumbó hacia otras situaciones extremas. Antes de recordarlas y de desmenuzarlas, conviene detenerse a responder al menos dos preguntas que todavía muchos se hacen, de este y del otro lado de las fronteras.

La sobrevivencia

Si nos limitamos a la perspectiva del consumo y la compra-venta de mercancías, en diciembre de 2016 vivimos una de las navidades más sombrías que recordemos los venezolanos. Fue una situación inédita para muchos jóvenes nacidos en este siglo, pero no para quienes vivimos el sabotaje petrolero de 2002-2003, período en el que también se paralizó buena parte del comercio y los ciudadanos fuimos sometidos al chantaje de una facción que amenazaba con apagar a la fuerza cualquier manifestación celebratoria.

En muchas cosas habían cambiado los tiempos respecto a 2002. La campaña de aquel diciembre sostenía que la “normalidad” volvería y el paro-sabotaje concluiría “cuando Chávez se vaya”; la reacción de una enorme mayoría quedaba resumida en aquella consigna hecha grito y pinta callejera: “Con hambre y sin empleo, con Chávez me resteo”. En 2016, un Maduro menos carismático y popular que el padre de la Revolución Bolivariana debió enfrentarse, además de a las presiones y asedios del adversario interno y externo, a un escenario y unas condiciones distintas: Venezuela ya estaba percibiendo muchos menos ingresos, lo que hacía (y hace) difícil el sostenimiento de las políticas sociales (subsidios, misiones, construcción de viviendas de carácter social), el lobby anticas-trista y antichavista de Estados Unidos había comenzado a construir el discurso y el expediente que cuestionan la legitimidad de la presidencia

de Maduro, estrategia que habrá de alcanzar su momento culminante en la bisagra temporal 2018-2019. Todo este escenario se ha reflejado en las actitudes ciudadanas, que van del cansancio a la despolitización, la insurgencia de militancias radicales a lado y lado del espectro político, pero sobre todo de deterioro de la percepción de la estabilidad de la moneda, de las instituciones y de las relaciones políticas.

Como complemento, el sólido bloque internacional construido por y en torno a Chávez ha comenzado a resquebrajarse, o al menos a desdibujarse. Los hitos de este resquebrajamiento o desaparición han marcado la última década: el presidente hondureño Manuel Zelaya había sido derrocado por un “golpe seco” en 2009; el argentino Néstor Kirchner, fallecido en 2010; Fernando Lugo, destituido en Paraguay mediante una jugarreta político-judicial en 2012; Cristina Kirchner culminó su mandato en 2015; Dilma Rousseff, destituida en agosto de 2016; Rafael Correa, al borde de su último período presidencial, defraudado en su proyecto por quien fue su principal compañero de fórmula y de gobierno, entregó el poder en mayo de 2017; Evo Morales, víctima de un golpe de Estado, debió abandonar la presidencia y el país, y se dirigió a México en calidad de exiliado.

La relación con Colombia, históricamente tensa y problemática, alcanzó altas cotas de erosión en los últimos meses de Juan Manuel Santos en la presidencia, y se intensificó con el ascenso de Iván Duque, aliado o continuador del estilo y la “filosofía” Álvaro Uribe. Uribe solía opinar que Chávez debía ser confrontado y derrocado, y ya eso era grave; su pupilo dio en 2019 varios pasos adelante y ha llegado a encabezar abiertamente movimientos de promoción de una intervención internacional o de un alzamiento militar en Venezuela.

•

Mientras esas cosas ocurrían en las alturas geopolíticas y en el nivel macro de la crisis, en un territorio más popular y palpable para el venezolano común y corriente habían logrado prender los análisis y posturas más convenientes a la prédica estándar de derecha. En el lento avance de las colas para comprar alimentos se aseguraba o se debatía amargamente acerca de un dato que no era objetivo ni comprobable en lo absoluto, pero era promovido como explicación a la situación: el chavismo destruyó la empresa privada y por eso se paralizó el aparato productivo. De nada

servía la verificación de que había toneladas de productos venezolanos exhibidos y vendidos del otro lado de la frontera; explicar o recordar cómo habían llegado allá esos productos era más trabajoso que sentenciar que esos productos simplemente no existían.

En última instancia, cuando la industria del rumor y la desinformación se veía forzada a comentar el dato de las toneladas de productos venezolanos del lado colombiano, emergía la explicación alterna: Venezuela sí produce alimentos, pero “los militares” se los llevan a Colombia. La contrapropaganda original afirmaba que Venezuela no produce nada (por culpa del chavismo); pero cuando se hizo inocultable el hecho de que sí produce muchos bienes, que los venezolanos no pueden comprar porque se encuentran en Colombia, entonces los militares (chavistas) son los culpables de esa fuga.

En ese escenario, en el que ya el antichavismo informa y explica abiertamente que hay un estatus denominado “Estado fallido”, y que Venezuela reúne requisitos para que sea declarado como tal, se produce el fenómeno, quizá nunca bien explicado u observado, de la sobrevivencia de los venezolanos en medio de algo que desde el exterior es fácil interpretar y catalogar como una hambruna: el venezolano promedio no tiene con qué comer. Curiosamente, dentro de ese constructo analítico que quiso y quiere presentarnos como víctimas del caos y la paralización de los procesos vitales del país, el dato específico más comentado en los países vecinos comenzó a ser la escasez de papel higiénico: “Los venezolanos ya no tienen con qué limpiarse”.

No hay manera elegante de rebatir la aparentemente insalvable tragedia que representaba o contenía semejante “noticia”, pero sí es aprovechable ese titular como introducción a una de las claves de nuestra supervivencia, sobrevivencia o victoria contra la escasez: el hecho de que, de pronto, los venezolanos comenzamos a recordar, a discutir, y en buena medida a entender (y a actuar en consecuencia) que no todas las soluciones deben pasar por el trámite de la compra-venta. Súbitamente, las claves de la ruralidad, los mecanismos de aquel país anterior al *boom* petrolero de todo el siglo XX y fracción del XXI, nos hicieron dar con algunas respuestas o búsquedas, que el transcurso de los pocos meses o años que se iniciaron en 2016 han tendido a consolidarse.

El producto alimenticio e ícono gastronómico que mejor explica cierta transformación cualitativa es la arepa, el tradicional pan o torta de maíz que ha marcado, no solo el paladar venezolano, sino uno de sus rituales fundamentales.

•

Reseñábamos al comienzo de estas páginas cierto fenómeno asociado a nuestra conversión de país rural en urbano: la modificación de un ritual alimentario emblemático. Nuestra cultura, asociada al cultivo y el consumo del maíz, estuvo marcada hasta 1940 por el ritual de la confección de la arepa, que comenzaba en el momento del cultivo del maíz, continuaba con la cosecha y se convertía en un ceremonial hogareño o doméstico: el maíz debía ser hervido y luego pilado o molido, antes de ser amasado y puesto a asar en planchas o budares. De 1939 data el momento en que un ingeniero de nombre Luis Caballero Mejías patentó un invento o proceso que se saltaba varias fases de aquel ritual original: la harina precocida de maíz.

El venezolano, que comenzaba a migrar masivamente hacia la ciudad, abandonó por la fuerza los pasos esenciales de la siembra, cosecha y confección de la masa alimenticia de maíz, y comenzó a adquirir aquel producto que le ahorraba tiempo y en cierta forma le facilitaba la vida: compre su bolsa de harina, agregue agua, agite, ponga en el budare las pelotas y listo. Arepas instantáneas para una “nueva” ciudadanía, que convirtió ese invento o amasijo en uno de los signos de su urbanidad.

Con el tiempo, la patente de Caballero Mejías pasó a manos de la familia Mendoza, propietaria de la actual empresa o *holding* Alimentos Polar. La marca de harina precocida que se impuso en toda Venezuela fue Harina PAN. Transcurridas las décadas y galvanizado como costumbre el consumo de este artificio, que ya no es puro maíz sino la planta completa y algunos agregados inorgánicos, llegamos en la segunda década del siglo XXI a una situación dramática e incongruente: en todas partes, e incluso en el campo venezolano, donde todavía se siembra el maíz, las familias venezolanas (las inventoras ancestrales de la arepa) se sometían al tormento de las largas colas para adquirir este carbohidrato, el ingrediente de esta falsa arepa que ya no sabe a maíz (en realidad no sabe prácticamente a nada). El escandaloso titular periodístico “No hay

harina PAN en Venezuela” se leía con indignación en un país que es autosuficiente en otros carbohidratos “duros”: auyama, todas las musáceas conocidas en el trópico, yuca, papa, batata, zanahoria y unos cuantos maíces autóctonos.

La lectura de este conmovedor dato ayuda a comprender otro, producto de cierta propaganda interesada: la fomentada y promovida indignación derivada del concepto “Cesta (o canasta) Básica Alimentaria”.

Funciona así. Cada trimestre, una institución venezolana conocida como Centro de Documentación y Análisis (CENDA), una dependencia de la Federación Venezolana de Maestros, analiza y publica los precios de un grupo de alimentos procesados, los compara con el salario mínimo vigente en Venezuela, y la comparación suele ser expuesta como un indicador que “mide” la capacidad de los venezolanos para adquirir alimentos esenciales para su subsistencia. En abril de 2019 el titular del CENDA para los medios de información proclamaba: “Más de 80 salarios mínimos requiere una familia para cubrir la cesta básica”. La visión y conclusión producto de semejante sentencia puede interpretarse de esta otra forma, ligeramente más alarmista o alarmante: “Para poder adquirir los alimentos de un mes, los venezolanos necesitan trabajar 80 meses”. Y la continuación o extensión del fotograma resulta en un cuadro así de dantesco: es imposible comer en Venezuela. De 2016 a 2019 la propaganda ha engrandecido y mutado el horrendo dictamen, hasta poner de moda otro concepto más o menos socorrido e igual de alarmista o alarmante, llamado “crisis humanitaria”.

Al revisar el origen de eso que el CENDA ha llamado por años “Cesta Básica Alimentaria”, la primera clave que salta a la vista es el hecho de que todos esos alimentos que el CENDA considera esenciales para la dieta del venezolano son productos procesados, y a veces de marcas específicas. Así, la “cesta” sin la cual los venezolanos morimos de hambre, incluye leche en polvo, atún enlatado, sardinas enlatadas, salsa de tomate, queso amarillo, aceites saturados, mayonesa, azúcar refinada, harina precocida “de maíz”, embutidos y margarina (una suerte de pseudo-mantequilla a la que le falta una molécula para ser plástico). Si al ser encuestados por el CENDA los cientos de miles de pescadores de las costas venezolanas declaran tener a su disposición todo el atún y la sardina que deseen, de todos modos figurarán en las estadísticas como personas

que no tienen acceso a las sardinas o el atún, ya que según ese indicador lo importante no es lo que usted come (que debe ser enlatado: no perder de vista), sino lo que usted compró con su sueldo o ingresos.

¿Leche? Usted puede tener su media docena de vacas y tomar leche cada día, pero el indicador registrará solo los litros de leche que usted ha comprado, no las que haya tomado. ¿Mayonesa? ¿Azúcar refinada? ¿Ketchup o salsa de tomate? Si declara que compró “eso”, tal vez su familia figure en la lista de las que no están pasando hambre; si no lo compró, usted no consumió comidas completas o aceptables.

En el más mundano y palpable terreno de la mutación de ciertos hábitos se encuentra un sistema que provee alimentos mediante los CLAP en el 86 por ciento de las comunidades de Venezuela. El CLAP también incluye productos indefendibles (mayonesa, salsas, harinas importadas desde México, no tan apropiadas para hacer arepas porque han sido manufacturadas para hacer tortillas y otro tipo de elementos culinarios) pero en el sistema de urgencias y soluciones urgentes es preciso anotar el hecho de que sus precios son subsidiados.

En cuanto a la arepa, el Estado venezolano no ha conseguido suplir o sustituir el emblema Harina PAN, pero ciertos hábitos comienzan a emerger al margen del comercio formal o tradicional: el consumidor ha comenzado a migrar hacia las masas de harinas de maíz, mucho más accesibles y además con la ventaja sobre las harinas precocidas de que saben a maíz (seguramente porque son realmente de maíz). Muchas familias se han dedicado nuevamente a cosechar y a moler maíz, o a comprar maíz en grandes cantidades para su consumo y venta; en julio de 2019, un kilo de harina precocida costaba cerca de 10 mil bolívares; el precio un kilo de masa de maíz de verdad, lista para poner sobre el budare, fluctúa entre los 4 mil y los 6 mil bolívares. No han sido medidas estadísticamente las tendencias en el consumo de estas dos presentaciones de maíz, pero la observación simple y directa en las calles y en los hogares es evidente la transformación: cada vez más personas producen, venden y consumen masa de maíz, y ha disminuido la dependencia y la obsesión por las harinas industriales.

Con todo, y a pesar de que se discutió largamente en todos los niveles y escenarios sobre las diferencias entre escasez y desabastecimiento artificial, en el año crítico 2016 la sensación predominante fue de colapso

de la economía y de los procesos habituales de producción y distribución de alimentos y medicinas. El paisaje humano comenzó a evidenciar un fenómeno inocultable: la pérdida de masa corporal de los ciudadanos. La respuesta humorística a este hecho visible y evidente suena todavía algo amarga, aunque con esa amargura que es más resistencia que resignación: “Estoy haciendo la dieta Maduro”. La prolongación de ese análisis ha sido el debate acerca de si somos menos saludables porque hemos perdido peso, o si la disminución de la obesidad revela que estamos consumiendo menos comidas prescindibles.

Medidas como la creación del Ministerio para la Agricultura Urbana, que convoca a los ciudadanos a sembrar y criar en las viviendas, azoteas de edificios y espacios baldíos de las ciudades, todavía eran vistas como medidas de corto alcance y muy lento desarrollo. El éxodo desde la provincia hacia las grandes ciudades se ha frenado en la última década, pero el regreso a la ruralidad y a valores ya superados no parece una tendencia sostenida o sostenible.

En 2017, luego de una serie de medidas que flexibilizaron los controles de precios, el cambio del cono monetario y el sinceramiento de la recepción de remesas en divisa extranjera, el fenómeno de la escasez de alimentos ha cedido espacio, aunque también han recrudecido la tendencia hiperinflacionaria de la economía venezolana y el descontrol en el mercado especulativo del dólar.

La narrativa que pretendía o pretende declarar a Venezuela como Estado fallido y la solicitud de intervención de fuerzas y organismos internacionales ya había venido cobrando forma desde los últimos años de la presidencia de Chávez, y alcanzaba altos registros en el naciente gobierno de Nicolás Maduro. El 23 de enero de 2014, durante la conmemoración de un aniversario más de la caída de Marcos Pérez Jiménez y el inicio de la democracia representativa, los dirigentes Leopoldo López, María Corina Machado y Antonio Ledezma convocaron a los militantes de sus respectivas agrupaciones a una serie de protestas y acciones de calle, con el objeto de crear condiciones de ingobernabilidad que forzaran la renuncia o salida del presidente de la República. El plan fue promocionado justo con ese nombre: “La Salida”.

Esta especie de ala extremista dentro de los partidos legal y formalmente registrados de la oposición venezolana, agrupada en la Mesa de la Unidad Democrática (MUD) invocaba, como ya lo habían hecho otros grupos y personajes desde hacía varios años, el lapidario y controversial artículo 350 de la Constitución vigente: “El pueblo de Venezuela, fiel a su tradición republicana, a su lucha por la independencia, la paz y la libertad, desconocerá cualquier régimen, legislación o autoridad que contraríe los valores, principios y garantías democráticos o menoscabe los derechos humanos”. La discusión acerca de si el sector empresarial estaba en condiciones de llamarse a sí mismo “el pueblo de Venezuela” o de proclamarse su representante, fue obviada por completo; la nueva aventura insurreccional estaba ya en marcha y los llamados a la violencia callejera revelaron nuevos y atroces formatos.

Había llegado una nueva edición de las “guarimbas”, denominación venezolana de algo que, lisa y llanamente, era una táctica de disturbios callejeros focalizados en zonas específicas, y con la presencia protagónica de reporteros y camarógrafos dispuestos a producir imágenes con que hilvanar un discurso heroico. En breve el consumidor de noticias en todo el mundo comprobaría la eficacia de la producción audiovisual en la construcción o deformación de un pretendido relato insurreccional.

“Guarimba” es un venezolanismo que designa, originalmente, un juego de niños: varios de ellos desafían a un perseguidor, que al tocarlos los deja fuera del juego, pero los perseguidos pueden salvarse al contacto con un objeto salvador: una pared, un poste del alumbrado, un árbol, etcétera. Por asociación nominal con este juego, la guarimba pasó a ser, o algunos personajes pretendieron que fuera, una táctica de desobediencia civil, en la que los manifestantes cerraban calles y avenidas mediante el despliegue de basura y obstáculos, y cuando se acercaran las autoridades los “jugadores” se retiraban a sus residencias, su “objeto salvador” por excelencia. Suena legítimo e incluso eficaz desde el punto de vista del derecho de los pueblos a la rebelión bajo los parámetros y postulados de la no-violencia. Pero en la vida real las guarimbas venezolanas se convirtieron en laboratorios para el terror, el asesinato y la destrucción de bienes públicos y privados.

Desde 2013, Leopoldo López había ido de gira por varias ciudades realizando sucesivas jornadas de reuniones con militantes regionales y locales de su partido, Voluntad Popular. Al comenzar 2014, antes de la

declaración del 23 de enero, ya en varias ciudades de Venezuela tenían lugar los primeros cierres de vías públicas, quema de basura y objetos y destrucción de bienes públicos. Las noticias se construían y difundían bajo el mismo esquema argumental: “La represión de las protestas pacíficas dejó un saldo de varios heridos y detenidos”. En un país con una institución policial tradicionalmente desprestigiada, a los medios corporativos les resultó fácil construir la matriz del aplastamiento violento de protestas “pacíficas” por parte de la Guardia Nacional Bolivariana o la Policía Nacional Bolivariana. Como el discurso en proceso de cocción era el del Estado fallido y la inminencia de una guerra civil, los grupos de oposición fueron acusados de propiciar situaciones de caos y enfrentamientos y el aprovechamiento de las eventuales muertes con fines propagandísticos.

Ese objetivo cumplió sus requisitos, pero no sus objetivos finales: 43 personas murieron durante las semanas que duró el experimento y más de 800 resultaron heridas; la cifra incluye manifestantes, funcionarios policiales, militantes chavistas y ciudadanos no participantes en esos eventos. Cada convocatoria venía acompañada del rótulo “protesta pacífica”, pero los registros fotográficos, audiovisuales y testimoniales revelan que en aquellos cierres de vías públicas y de urbanizaciones enteras (todas en zonas de clase media y alta, tradicionales bastiones del antichavismo) predominaban los elementos armados, las prácticas delincuenciales y de corte paramilitar. Varios efectivos militares fueron heridos o muertos con armas de guerra, los vehículos antimotines eran incendiados y volteados en las vías públicas con una destreza que evidenciaba un entrenamiento previo.

Leopoldo López fue acusado de dirigir y promover este plan nacional, que no logró paralizar al país ni arrastrarlo a una situación de violencia generalizada, pero resultó un ensayo del experimento aún reiniciado en 2017: el cierre total de vías, el asesinato de líderes y simpatizantes del chavismo, la instalación de puestos o “alcabalas” ilegales, en las que sujetos enmascarados cobraban una tarifa a los automovilistas y transeúntes para permitirles entrar y salir de sus residencias. Las calles de las urbanizaciones tomadas se llenaron de basura y escombros, muchas veces con el auspicio y la complicidad de los alcaldes locales de oposición. En esas zonas, donde el antichavismo ha sido mayoritario, pasaron pronto del apoyo a estos grupos a la denuncia, pues los nuevos dueños de las calles hacían valer su pretendida autoridad con amenazas y agresiones.

El 16 de febrero de 2014, Leopoldo López anunció que iba a entregarse a la justicia. Sugirió en su discurso que su prisión iba a durar poco, pues el pueblo de Venezuela iba a sublevarse en todo el país y a derribar al gobierno para proceder a liberarlo. Su entrega voluntaria, en el marco de otra “protesta pacífica” que resultó en violencia incendiaria y en cierre de autopistas, tuvo lugar el 18 de febrero. López fue recluido en una prisión militar y meses después trasladado a su hogar para completar un arresto domiciliario. La intensa campaña por su liberación pretendió igualar su lucha y su causa con las de Nelson Mandela; la insurrección del pueblo de Venezuela en pos de su excarcelación no se produjo ese año ni en ningún otro.

Asamblea Nacional “en desacato”: el germen de la crisis 2019

En marzo de 2015 el presidente de Estados Unidos, Barack Obama, emitió una orden ejecutiva en la que declaraba a Venezuela una “amenaza inusual y extraordinaria para la seguridad nacional”. Inauguraba así el presidente una práctica que su sucesor en la Casa Blanca, Donald Trump, ha extendido y profundizado: el decreto de sanciones contra funcionarios policiales y militares, acusándolos de violar derechos humanos y cometer actos de corrupción. Obama sancionó específicamente a quienes participaron de alguna manera en las acciones policiales contra las protestas de 2014, e incluían el bloqueo de cuentas bancarias y congelamiento de bienes en Estados Unidos. Los funcionarios sancionados expresaron su desconcierto, pues la mayoría de ellos no tenían cuentas ni bienes en Estados Unidos, pero el golpe propagandístico comenzó a surtir efecto en el antichavismo más radical: si Estados Unidos sancionaba a alguien ya era “evidente” que el sancionado tenía una fortuna en los bancos norteamericanos.

Con ese nada desdeñable precedente, y con la resonancia internacional del encarcelamiento de López, Antonio Ledezma, Daniel Ceballos y otros dirigentes por la aventura de “La Salida” y la organización de golpes de Estado (Ledezma fue apresado por su participación en la “Operación Jericó”, develada a principios de ese año) se realizaron elecciones parlamentarias. Para sorpresa de los propios opositores, que esperaban alguna

maniobra oficial para impedir o desconocer esos comicios, el evento culminó con una victoria del bando antichavista, la más contundente desde el ascenso del chavismo al poder.

De los 167 escaños en disputa la oposición conquistó 112 (66 por ciento del total, y 56,2 por ciento de los votos). Como presidente del nuevo parlamento fue electo Henry Ramos Allup, del partido Acción Democrática. El mismo día de su instalación al frente de la AN, Ramos Allup aseguró que en los seis meses siguientes el presidente Nicolás Maduro sería destituido de su cargo por la Asamblea, mediante procedimientos previstos en la Constitución. La destitución no se produjo; los requisitos para la realización de un referéndum revocatorio del mandato del Presidente no se cumplieron y la oposición acusó al gobierno de entorpecer de manera fraudulenta el proceso.

Una impugnación de los resultados electorales en el estado Amazonas, donde el PSUV detectó y solicitó investigar irregularidades, culminó semanas después con el desconocimiento de tres diputados de oposición por parte del Tribunal Supremo de Justicia. En vista de que la Asamblea Nacional procedió a juramentar a esos tres diputados, contrariando el dictamen del tribunal, éste declaró al parlamento venezolano “en desacato”, en 2016, y por lo tanto sus actos serían declarados nulos mientras no se anulara la juramentación. La oposición anunció una movilización hacia el palacio de Miraflores, en el espíritu insurreccional de abril de 2002, pero la movilización fue suspendida luego de que Estados Unidos y el Vaticano promovieran y facilitaran un proceso de diálogo entre Gobierno y oposición.

Con 112 diputados, la Asamblea en poder de la oposición podía nombrar un nuevo Tribunal Supremo de Justicia, convocar a un referéndum para revocar el mandato del Presidente de la República, entre otras potestades. Pero el Tribunal, al declarar a la AN en desacato, asumía en 2017 las funciones del parlamento, lo cual fue calificado con un golpe de Estado por parte del partido de gobierno en contra de la Asamblea Nacional, e inició una nueva jornada de violencia y desórdenes callejeros; el promotor y portavoz más visible de este nuevo plan de derrocamiento violento fue el diputado de Voluntad Popular Freddy Guevara.

El capítulo 2017 de las guarimbas trajo consigo un nuevo ingrediente propagandístico identitario: el despliegue de escudos metálicos y de madera con inquietantes dibujos y figuras que resultaban reminiscencias de las Cruzadas. Los manifestantes solían formarse en las autopistas y locaciones seleccionadas con una indumentaria que incluía estos escudos, máscaras antigás y algún arma artesanal, para enfrentar a la Guardia Nacional Bolivariana y a la Policía Nacional Bolivariana. En 2014, las figuras más visibles o visibilizadas eran ciudadanos que participaban de manera presuntamente espontánea en las acciones de calle; en 2017, la intención fue privilegiar dentro del relato épico a jóvenes enmascarados que enfrentaban a las fuerzas policiales con peculiar valentía y cierto sentido primario de la organización militar. Actuaban en pequeñas unidades o escuadras, que incluían personas cuya tarea era el registro fotográfico, y otras encargadas de los primeros auxilios.

En esta ocasión, los esfuerzos por popularizar a este tipo de combatientes y captar simpatías se enrarecieron rápidamente mientras se tornaba más evidente la saña criminal con que actuaban. En algún momento de las protestas fueron bautizados por el sistema de medios y cuentas de redes sociales como “Los Libertadores”; la cantidad y calidad de los materiales fotográficos y audiovisuales que recogían las proezas y confrontaciones revelaban que esta pretendida epopeya contaba con financiamiento y respaldo internacional.

El diputado Freddy Guevara y otros dirigentes del antichavismo se esforzaban por figurar al lado de estos héroes prefabricados. En algunos videos quedaron grabados los incómodos momentos en que los “libertadores” les reclamaban a los dirigentes políticos la falta de pago, la conducta desconsiderada de otros, que iban a los lugares de conflicto solo para la sesión fotográfica, y la exigencia airada de quienes exigían que la violencia no cesara hasta que cayera el Presidente: “Nada de elecciones”, le gritó un joven enmascarado a Henrique Capriles, mientras éste escapaba de un escenario que comenzaba a llenarse de gas lacrimógeno.

Las escenas de brutalidad policial captadas en esas jornadas solo eran comparables con las enfermizas expresiones de racismo e intolerancia antichavista, propiciadas y estimuladas por el partido Voluntad Popular. El 20 de mayo fue incinerado en vida el joven Orlando Figuera, no por

ser chavista sino por parecerlo: el humilde joven fue atrapado y vejado por una turba en una urbanización del este de Caracas, en lo que fue el asesinato más difundido de todo el año 2017.

La contralectura que el antichavismo intentó oponerle a ese linchamiento quiso convertir en héroe asesinado a un joven llamado Neomar Lander. Este muchacho de 17 años manipulaba un mortero, artefacto de fuegos artificiales utilizado como explosivo, y cuando fue a arrojarlo contra un piquete policial el artefacto estalló en su pecho y lo mató en el acto. A pesar de todas las evidencias disponibles en video, la propaganda antichavista sigue asegurando que el joven Neomar murió a causa de la explosión de una bomba lacrimógena disparada por la policía.

Las jornadas de protestas violentas, que varios medios en todo el mundo seguían llamando “pacíficas”, eran dramatizadas y reconvertidas de modo que en las cronologías divulgadas se percibiera un gradual acercamiento de las manifestaciones ciudadanas al palacio de Miraflores: una noche las protestas ocurrían a ocho cuadras del palacio, luego a cinco, y luego a tres. El anunciado momento en que una poblada incontenible iba a abalanzarse sobre Miraflores, a la manera de 2002, volvió a quedarse en el terreno de los anhelos antichavistas.

En los barrios pobres de Caracas semanas atrás se había propagado la noticia de la nueva fórmula para ganarse unos bolívares en efectivo: los dirigentes de Voluntad Popular y otros partidos esperaban escondidos en puntos estratégicos de las urbanizaciones a los muchachos que quisieran engrosar las huestes de “libertadores”, pagaban por adelantado, y al rato estaban los jóvenes enfrentando a la policía. Dinero no tan fácil, pero sí rápidamente devengado. Fue ese el último mecanismo destinado a captar más músculo para las protestas de 2017. Agotada y desmoralizada la militancia, quedaba el recurso final de la compra de voluntades.

•

Súbitamente, cuando se suponía que las protestas estaban en su momento de mayor ardor, el primero de mayo de 2017 el presidente Nicolás Maduro anunció la convocatoria a una Asamblea Nacional Constituyente. Por definición, este tipo de entidades tienen rango supraconstitucional, pues en su definición y organicidad reside el poder constituyente

originario, de modo que, al ser aprobada en referéndum asumiría las facultades de la Asamblea Nacional. Esto fue interpretado como un golpe de Estado contra la Asamblea Nacional en poder de la oposición anti-chavista. La elección de este cuerpo se realizó el 30 de julio, con participación de candidatos exclusivamente chavistas (la oposición se negó a participar y, por lo tanto, a reconocer los resultados del evento); se esperaba que a partir de entonces la violencia alcanzaría peligrosos niveles de descontrol y propagación.

Ya no había amenaza más grande ni posibilidad de producir mayores desmanes por parte de las huestes del caos, que pretendieron consolidar sus posiciones en avenidas céntricas de varias ciudades. Por ellas solo podían circular las personas y vehículos que pagaban una tarifa; el esquema que en 2014 se había limitado a unas cuantas urbanizaciones se extendía ahora a zonas más transitadas. A pesar de su peligrosidad, y a pesar del ojo atento de los medios y redes, que vigilaban cualquier arremetida contra los delincuentes para propagandizarla como un ataque gubernamental a una protesta pacífica, estos grupos fueron fácilmente neutralizados y desmovilizados. Se trataba de elementos sin conexión política u organizativa alguna, y cuyas tendencias exhibicionistas los había llevado a hacer alarde de varios asesinatos, destrucción del transporte público y destrucción de sedes gubernamentales.

Un día después de electos los miembros de la nueva Asamblea Nacional Constituyente, las convocatorias a manifestaciones se suspendieron, la desmoralización del antichavismo se hizo patente en el seno de una Asamblea Nacional que no consiguió convertir en clamor nacional la defensa de su estatus como entidad legítima. “La calle se enfrió”, se oyó decir en los pueblos y ciudades, que lentamente vieron desaparecer las alcabalas y “puntos de control” donde se cobraba por transitar. Hubo pocas manifestaciones más, las piezas audiovisuales que intentaban estimular a los ciudadanos para que se unieran al pretendido ejército de libertadores no logró revertir ese repliegue. En los barrios del oeste de Caracas los jóvenes explicaban el origen de su súbito desconsuelo: “Ya no están pagando por ir a protestar”.

A la hora de los balances, es importante rescatar algunos datos esclarecedores o al menos contextualizadores:

- En zonas como San Antonio de Los Altos (estado Miranda), Cabudare (Lara) y el este de Caracas, los ataques con armas de guerra y explosivos ocasionaron la muerte de seis efectivos policiales y militares, entre abril y junio de 2017.
- La mitad de los 170 fallecidos en estas acciones no eran manifestantes sino ciudadanos que transitaban cerca de los focos de violencia. De ellos 18 fueron asesinados por intentar quitar o esquivar las barricadas y obstáculos colocados, primero por manifestantes de los partidos antichavistas, y luego por las bandas de delincuentes que aprovecharon ese recurso para “privatizar” el derecho al libre tránsito.
- Desde 2017 hasta 2019, según cifras de la Fiscalía General de la República, se investigaron 6.709 actos presunta o comprobadamente lesivos de derechos humanos de ciudadanos, con 261 acusaciones y 666 archivos fiscales. Un total de 596 funcionarios policiales o militares fueron acusados por violaciones de derechos humanos y la Fiscalía contabilizaba (julio 2019) 104 condenas, y 335 funcionarios se encontraban privados de libertad.
- El relato del “colectivo chavista” incorporado a las tareas de represión alcanzó altos niveles de utilización con fines propagandísticos. Un colectivo es, original y fundamentalmente, un grupo de personas que realizan actividades de organización en las comunidades, no necesariamente integradas a las estructuras creadas formalmente por el chavismo (consejos comunales, UBCH –unidades de batalla electoral Bolívar y Chávez–, comunas). Según la narrativa de los medios locales, que se ha expandido a los medios internacionales y alcanzado notoria figuración en los informes de organismos de Derechos Humanos, un colectivo es en realidad un grupo armado “creado por los gobiernos chavistas” para infundir terror en la población. Como continuación o consecuencia de esta lectura, todo ciudadano que se opusiera al cierre de vías era un “colectivo” (incluso a individuos que actuaban en solitario se les comenzó a llamar “colectivos”), y como tal estaba expuesto a la acción “justiciera” de los manifestantes. Muchas personas, que no necesariamente eran chavistas, y que simplemente intentaban salir de sus casas, llegar al trabajo o

hacer algunas compras, fueron objeto de detención y agresión. Esta situación derivó en la comisión de más de 70 delitos calificados como “crímenes de odio”: persecución, tortura y muerte a disparos o a golpes, mediante el trámite de la incineración.

- Las manifestaciones se registraron en calles y avenidas específicas, siempre las mismas, en ciudades de 51 de los 335 municipios del país. En la mayoría de los casos se trata de municipios gobernados por partidos antigobierno. En esas entidades se produjo la destrucción de unidades de transporte público, almacenes de alimentos, sedes de consultorios populares de Barrio Adentro, además de ataques contra personas señaladas como chavistas; varios alcaldes fueron enjuiciados y encarcelados al comprobarse el uso de equipo, maquinarias y recursos de las alcaldías para estimular el caos y la paralización de las ciudades.
- En el mes de noviembre, el diputado Freddy Guevara, imputado por varios delitos, incluyendo la responsabilidad directa en la organización y financiamiento de los grupos que fueron vistos destruyendo bienes públicos y privados, y asesinando a personas, se refugió el 4 de noviembre en la residencia del embajador chileno en Caracas, y allí permanecía un año y medio después.

La Asamblea Nacional Constituyente convocó a elecciones presidenciales para el domingo 20 de mayo de 2018; Henri Falcón, apoyado entre otros partidos por Avanzada Progresista, MAS y COPEI, un pastor evangélico de nombre Javier Bertucci, y Reinaldo Quijada a nombre de un partido chavista llamado UPP89, participan como contendores del presidente, quien resultó electo con 6.245.862 votos. Falcón alcanzó casi 2 millones de sufragios y Bertucci poco más de un millón. Validada así la nueva presidencia de Maduro hasta el año 2025, la Asamblea Nacional comenzó a mover sus piezas rumbo al desconocimiento formal del presidente.

En agosto, el presidente Maduro salió ileso de un ataque con explosivos dirigidos por aire con drones, durante un acto con militares en la avenida Bolívar de Caracas. Estados Unidos, Colombia y otros países, además de la prensa al servicio del empresariado transnacional, se apresuraron a desestimar el evento, calificándolo como inconsistente o irrelevante. La captura y confesión de los autores materiales y otros implicados reveló que el atentado había sido planificado y financiado en Colombia,

pero el discurso predominante en los medios y declaraciones oficiales de gobiernos adversos siguieron apuntando hacia el silenciamiento de toda referencia al hecho.

En enero de 2019, Nicolás Maduro se juramentó ante el Tribunal Supremo de Justicia, y la Asamblea Nacional designó a su nuevo presidente, Juan Guaidó, del partido Voluntad Popular. Pocos días transcurrieron antes de que este último anunciara que era el nuevo presidente interino de Venezuela (una figura que no existe en la Constitución venezolana ni en ninguna de sus leyes), en evento realizado en una plaza pública de Caracas. En el mismo discurso anunció que Nicolás Maduro era un usurpador de ese cargo, y en consecuencia convocaba a la Fuerza Armada a derrocarlo y detenerlo. Estados Unidos, Colombia y otros países se apresuraron a reconocer la presidencia de Guaidó, y a anunciar esfuerzos y medidas concretas para catalizar una salida de Maduro mediante su renuncia o por la fuerza.

2019

El año 2019 catapultó a Venezuela hasta los grandes titulares de prensa y espacios notorios de las redes sociales. Esta es la cronología de los hechos más notorios o atípicos:

1) Mediante un ardid con lejano aspecto legal, el 10 de enero de 2019 la Asamblea Nacional de Venezuela, en manos de la oposición al gobierno de Nicolás Maduro, procedió a determinar que este gobierno concluyó en funciones, invocando que las elecciones realizadas en mayo de 2018 (en las que el sector extremista y dominante de la oposición se negó a participar, alegando ausencia de garantías de pulcritud) fueron ilegales. Nicolás Maduro resultó vencedor ante tres candidatos con 67 por ciento de los votos (un total de 6.245.862, con participación de 46 por ciento del padrón electoral). El sucesor en la presidencia de Hugo Chávez Frías debe gobernar, según la Constitución vigente, hasta el año 2025.

2) ¿Por qué ocurrió esa ruptura en esa fecha? Porque la letra constitucional (artículo 231) reza: *El candidato elegido o candidata elegida tomará posesión del cargo de Presidente o Presidenta de la República el diez de enero del primer año de su período constitucional, mediante*

juramento ante la Asamblea Nacional. Si por cualquier motivo sobrevenido el Presidente o Presidenta de la República no pudiese tomar posesión ante la Asamblea Nacional, lo hará ante el Tribunal Supremo de Justicia.

3) Desconocido Nicolás Maduro por una facción de la oposición como mandatario nacional, el presidente de la Asamblea Nacional, Juan Guaidó (del partido de extrema derecha Voluntad Popular) anunció el 23 de enero, desde la plaza de un municipio gobernado por la oposición, que él era el presidente interino de la República. Minutos después, Estados Unidos le reconoció esa investidura. Colombia tardó un par de horas en hacerlo, y más adelante harían lo propio Argentina, Perú y Chile, miembros de un grupo de nueva acuñación llamado “Grupo de Lima”, una coalición de catorce países americanos cuya misión es crear las condiciones para la instalación de un gobierno grato a la órbita estadounidense.

4) La Asamblea Nacional había sido declarada en desacato y sus decisiones, írritas o ilegales por parte del Tribunal Supremo de Justicia, por haber intentado acciones al margen de la Constitución desde su elección en los comicios de diciembre de 2015 y su instalación en enero de 2016. Por ejemplo, la proclamación de candidatos a diputados sin que el Consejo Nacional Electoral hubiese anunciado sus respectivas victorias electorales. Las funciones legislativas las ha asumido la Asamblea Nacional Constituyente desde el 4 de agosto de 2018. Resultado: la Asamblea Nacional no reconoce la autoridad del Poder Ejecutivo y el Poder Ejecutivo no reconoce la autoridad de la Asamblea Nacional. Según la perspectiva de quien mire y analice la situación, en Venezuela hay un presidente, o dos, o no hay ninguno. En la coreografía verbal propia de los momentos de conflicto político, Nicolás Maduro ha sido llamado por la oposición venezolana y por el gobierno de Estados Unidos “El Usurpador”, y Guaidó ha sido bautizado por el gobierno de Nicolás Maduro, por los movimientos sociales de izquierda del mundo y por buena parte de la prensa mundial, como “El Autoproclamado”.

5) Estados Unidos consiguió, unas veces mediante la convocatoria simple y reparto de instrucciones entre sus gobiernos aliados, y otras veces mediante la amenaza de veto financiero a Estados y corporaciones, que medio centenar de gobiernos reconocieran a Juan Guaidó como presidente

de la República, al menos discursivamente. En el plano de las relaciones diplomáticas, la operatividad de los acuerdos y procedimientos legales, la casi totalidad de esos países continuaban relacionándose con el gobierno de Nicolás Maduro y con las instituciones venezolanas vigentes.

6) Estados Unidos designó como jefe operativo del plan de derrocamiento de Nicolás Maduro a Elliott Abrahms, el mismo personaje que se encargó de organizar la invasión a Panamá y el encarcelamiento de su presidente, Manuel Antonio Noriega, en 1989. Hombre de confianza del expresidente Ronald Reagan, antes de esta “hazaña” había sido condenado por el escándalo Irán-Contras (el desvío de recursos de la venta de armas a Irán, para financiar al grupo mercenario alzado en armas contra la Revolución Sandinista en la primera mitad de los años ‘80). Su nombre resulta inseparable de una de las masacres más despiadadas perpetradas en Centroamérica: en diciembre de 1981, cerca de mil personas fueron asesinadas por un grupo comando del ejército salvadoreño en El Mozote. Abrahms, entonces subsecretario de Estado para los Derechos Humanos –ni más ni menos–, desplegó todos sus esfuerzos e influencias para liberar de culpas al Batallón de Infantería de Reacción Inmediata Atlacatl y para crear dudas acerca de la veracidad de la masacre. El personaje declaró estar “ansioso” por comenzar a “trabajar en la restitución de la democracia en Venezuela”.

7) En febrero de 2019, Estados Unidos anunció el embargo de los activos de la empresa CITGO, filial de Petróleos de Venezuela (PDVSA), y extendió autorización a Juan Guaidó y a su equipo en formación, para que dispongan de los recursos de esa empresa venezolana y los administren. Varios gobiernos y entidades han procedido a retener, enajenar o “congelar” los bienes y activos de Venezuela en varios lugares, por un monto de varios millones de dólares. La figura de Juan Guaidó es la de un sujeto a quien ya Estados Unidos reconoce como presidente, maneja con el apoyo de este país recursos que debería manejar el Estado venezolano y, sin embargo, sus mentores afirmaban que su presidencia no había comenzado aún.

8) Tradicionalmente, Venezuela ha vendido la mayoría de su petróleo a Estados Unidos (los despachos han llegado a ser de casi 2 millones de barriles, cuando la producción total era de 3 millones), pero en marzo

de 2019 el envío de petróleo a ese país bajó a cero, por primera vez en la historia de la industria petrolera. En abril, Estados Unidos solicitó a Venezuela la reanudación de las operaciones, y comenzó por adquirir 140 mil barriles diarios de petróleo.

9) En vista de las muchas formas de bloqueo y asedio contra el gobierno de Venezuela, éste ha buscado y consolidado alianzas con países que han colaborado para que no se produzca un colapso por la vía del estrangulamiento a manos de Estados Unidos. Rusia y China han dado apoyo efectivo a Venezuela para que diversifique y redefina el destino de sus exportaciones de petróleo. Rusia ha enviado al país equipamiento y tecnología militar de última generación, en previsión o ante la posibilidad de ataques por parte de Estados Unidos y países vecinos (Brasil, Colombia y aliados en el Caribe). Estados Unidos ha desempolvado el concepto retórico llamado “Doctrina Monroe” para acusar a Rusia de intervenir en un territorio que Estados Unidos siente como propio (su patio trasero). En julio, una fraudulenta invocación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) pretendía evitar que Venezuela intentara o consumara alianzas o acuerdos de cooperación militar con países no americanos.

10) El escenario ciudadano que sirve de plataforma física a todo el plan anterior ha sido marcado por la escasez y “desaparición” de productos alimenticios, medicinas y otros bienes. Ha habido momentos dramáticos de desabastecimiento, sobre todo del 2016 al 2018, pero ninguno que amerite la declaración formal de Venezuela como Estado fallido o de país incapaz de valerse por sí mismo para existir y funcionar con independencia. El plan de Estados Unidos ha consistido en “demostrar” que es imprescindible una intervención multinacional en Venezuela, y la instalación de un gobierno grato a sus intereses.

11) Transcurridos unos meses, en septiembre se produce un anuncio sorpresivo: el presidente de Estados Unidos anunció la separación de John Bolton de su cargo como Consejero de Seguridad Nacional. Bolton fue, junto con Mike Pompeo, el alto funcionario estadounidense que más directamente y con mayor frecuencia y dureza emplazaba a Nicolás Maduro a renunciar y a marcharse del país. El presidente Trump reveló que su separación del cargo obedecía a que su violencia declarativa tendía a meter a la administración norteamericana en problemas que no deseaba

profundizar: Corea del Norte, Irán, Venezuela. Esta defección, varios procesos de diálogo entre el gobierno y la oposición política, los escándalos de corrupción en el seno de ésta, y el inicio de una serie de crisis en países con gobiernos hostiles al venezolano, hicieron bajar las tensiones a un punto jamás registrado en el año.

Aunque ese último punto ha sido decisivo, persistían varias situaciones anómalas, aparte de ese asunto de los “dos presidentes”. Las sanciones y bloqueos del gobierno norteamericano a las entidades que pretendieran realizar negocios con Venezuela permanecían en pie. De las 12 compañías de transporte de bienes que tradicionalmente hacían llegar mercancías a Venezuela, en octubre solo dos estaban dispuestas a seguir haciéndolo.

En ese marco, se ha hecho evidente el agotamiento del “presidente interino” y su entorno como opción viable de poder en Venezuela. El 26 de diciembre, estimulado por los acontecimientos que culminaron con la defenestración de Evo Morales y la desmovilización de todas las protestas activadas contra el golpe, Juan Guaidó convocó a una gran jornada de protestas nacionales, “que no deben culminar hasta que Nicolás Maduro abandone el poder”. El día 26 de diciembre no se produjo ninguna protesta; la convocatoria del “interino” quedó desairada.

Dos días más tarde, asediado por presuntos informes que hablaban de una conspiración en su contra, despidió a la persona a quien había designado como embajador en Colombia, Humberto Calderón Berti. Este se defendió aclarando que solo estaba canalizando denuncias de corrupción en el manejo de fondos, del tiempo en que se realizó el concierto en la frontera colombo-venezolana, en procura de ayuda humanitaria.

Al cerrar 2019 el equipo del personaje a quien Estados Unidos ha insistido en llamar presidente se disponía a sortear una peculiar situación: su función como presidente de la Asamblea Nacional de Venezuela culminaba los primeros días de enero de 2020. De no resultar reelecto por sus colegas diputados, Estados Unidos deberá realizar una (otra) maniobra estrambótica e ilegal si quiere sostener el estatus de Guaidó como presidente.

Un fenómeno tan discursivo como fáctico marcó el primer semestre de este año: la ofensiva de Estados Unidos, que pretende convertir en unánime y global el proceso de desconocimiento del presidente Nicolás Maduro. Dentro del país, esta política ha encontrado defensores en buena parte de los factores adversos al chavismo: antiguos y recientes partidos políticos, sectores empresariales, la alta jerarquía de la Iglesia católica. Puertas afuera, el bloqueo y asedio contra el chavismo en funciones de gobierno ha contado con el respaldo propagandístico y la acción directa del sistema hegemónico transnacional, que incluye la banca, las corporaciones, la mayoría de los gobiernos de la Unión Europea y varios más de América Latina.

Toda la construcción que ha querido catalogar a Venezuela como Estado fallido (narrativa del hambre, migración masiva de venezolanos, violencia social, hiperinflación) encontró un territorio propicio en la nueva composición del entorno internacional más cercano: el Grupo de Lima.

El 27 de abril del 2017 el gobierno Maduro había iniciado las gestiones para el retiro de Venezuela de la Organización de Estados Americanos, de modo que las relaciones diplomáticas de Venezuela con otros países ya estaban deteriorándose aceleradamente.

De todas las acciones concretas (entre las que no han faltado pronunciamientos y acciones aisladas de efectivos militares, ensayos de movilizaciones militares con participación de civiles, operaciones propagandísticas como la maniobra que pretendió invadir territorio venezolano con tropas y fuerzas internacionales, encubiertas tras la pretendida introducción de unos vehículos con “ayuda humanitaria” desde Colombia) la que mayor sufrimiento ha infligido a la población venezolana ha sido el bloqueo de buena parte de las operaciones comerciales y financieras venezolanas por parte de Estados Unidos. Millones de dólares en bienes “bloqueados” o llanamente expropiados por entidades bancarias y otros organismos, la amenaza de sanciones contra países y empresas que realicen transacciones con Venezuela, ha desembocado en un recrudecimiento de la situación de asfixia económica que ya venía deteriorándose desde 2013.

Una de las razones y “jugadas” externas que han impedido el total aislamiento y el colapso de las estructuras vitales venezolanas han sido –como se dijo antes– la activación de las alianzas tácticas, políticas y

comerciales con los bloques y países menos vulnerables a la amenaza directa de Estados Unidos: Rusia, China, Turquía, India y otros países han emergido como nuevos compradores de petróleo, oro y otros bienes venezolanos. Rusia y China han incrementado su presencia y apoyo técnico militar, y en el terreno de las relaciones diplomáticas, la mayoría de los países (incluso varios de aquellos que sostienen en el discurso el reconocimiento de Juan Guaidó como presidente) interactúan con el gobierno de Nicolás Maduro en términos de reconocimiento fáctico.

•

El análisis economicista más simple le atribuye a la hiperinflación (“producto de un gobierno corrupto e ilegítimo que gerencia mal los recursos”) el carácter de calamidad originaria y transversal, que marca y define todo el cúmulo de presiones y síntomas directos e indirectos de la crisis venezolana: migración de venezolanos hacia el exterior, suspensión o deterioro del suministro de energía en las formas que hacen posible el funcionamiento de las ciudades contemporáneas (electricidad, gas natural, combustibles, alimentos), imposibilidad del ejercicio de una práctica política en términos convencionales.

La primera semana de marzo de 2019 tuvo lugar el primero de varios apagones, originados en sabotajes contra el sistema eléctrico nacional. El corte ocurrió luego de que Estados Unidos dijera que en lugar de una intervención militar directa iba a agudizar el cerco operativo, financiero, el acoso y los sabotajes contra el país, y un senador de Trump advirtiera que “Venezuela va a entrar en un período de gran sufrimiento”. De tres a seis días sin electricidad estuvieron varias ciudades de Venezuela solo en esos días; varias semanas después volvieron a efectuarse ataques similares. Mientras la población veía todavía más golpeadas sus condiciones de vida, a través de medios y redes continuaba galopando la propaganda, que llamaba a las multitudes a un proceso de paro o huelga general, y a la Fuerza Armada al derrocamiento del presidente Nicolás Maduro.

Aparte del suministro de energía eléctrica fueron sometidos a similares ataques los sistemas de bombeo de agua, de gas doméstico y de distribución de combustibles para vehículos. Todo lo que Estados Unidos diseñó para que funcionara de pronto comenzó a verse obstaculizado y

paralizado. En ese escenario en que a los venezolanos se les bombardeó casi toda posibilidad de acceso formal a la energía (gas, electricidad, gasolina, agua, alimentos) se produjo el dramático retorno del ciudadano a viejos métodos: la cocina a leña, la búsqueda de manantiales en desuso, el uso de medios alternos de transporte. Si la estrategia consistió en nuestra rendición por agotamiento o colapso de los procesos sociales, la respuesta espontánea de la ciudadanía pudo derrotarla con paciencia, creatividad y un poco de humor.

•

Superados los impetuosos anuncios iniciales por parte de Estados Unidos, en el sentido de que Nicolás Maduro debía renunciar y largarse de Venezuela o enfrentarse a una invasión o ataque militar directo, fue creada, a instancias del gobierno de Noruega, una mesa de negociaciones entre el gobierno de Nicolás Maduro y factores de la oposición venezolana. A dos meses de su instalación, las dos posiciones en discusión parecían irreconciliables: aunque ambas partes parecían dispuestas a negociar los términos de una convocatoria a elecciones presidenciales, Estados Unidos intervino para insistir en que solo aceptaría unos comicios si Nicolás Maduro desaloja el poder y se va de su país.

Venezuela entró al segundo semestre de 2019 con nuevas amenazas de intervención multinacional directa. A finales de julio, cuando mejoraba palpablemente el suministro de gasolina y gas natural en los estados en que ya la paralización de esos procesos era crítica, y se percibía una disminución de los precios de varios alimentos, se produce un nuevo apagón nacional; nuevamente el corazón del sistema eléctrico nacional (Guri) mostró su fragilidad, por tercera vez en 2019. Mediante una declaración oficial, el gobierno de Venezuela denunció que el origen de la gigantesca falla había sido un ataque electromagnético.

Días antes, una aeronave norteamericana había sido detectada en el espacio aéreo venezolano, y un mes atrás la prensa norteamericana había revelado que varias ciudades de Rusia habían sido víctimas de un ataque de las mismas características. Pero todos los gobiernos adversos y medios de información le atribuyeron a esa declaración contenidos risibles o fantásticos.

•

Queda la verificación de que dos fuerzas se disputan el poder en Venezuela: Estados Unidos y el chavismo. No existe un factor venezolano no chavista con agenda propia o autóctona. En la fría exactitud de los discursos pudiera calificar como propuesta antichavista nacional alguna invocación a la democracia representativa y a la privatización de los recursos y servicios, pero esta opción no es algo que soporte un análisis como planteamiento venezolano.

Epílogo

Al comienzo de estas páginas comentábamos: también somos lo que somos porque persiste un impulso de resistencia política y cultural a los cánones impuestos.

Es preciso hacer una necesaria distinción. Dentro de esa categoría que llamamos “el pueblo que resiste”, que pudiéramos y quisiéramos llamar “el chavismo”, se encuentran:

- a) una fracción de pueblo partidizada y movilizadora de los resortes fácticos de un gobierno y una estructura institucional;
- b) una fracción de pueblo no militante de partidos formalmente registrados ni trabajadora de espacios institucionales, pero sí de organizaciones populares (colectivos, experiencias productivas, estructuras comunitarias o comunales creadas en Revolución, ámbitos temáticos/comunicacionales);
- c) una fracción de pueblo que se reconoce chavista, pero no es dependiente o responsable de actividad gubernamental, partidista u organizativa alguna;
- d) una fracción de pueblo que, declarativamente, se manifiesta contraria al proyecto chavista, pero cuya acción vital (productiva e incluso filosófica) en los planos individual, familiar y vecinal permiten calificarlos como sujetos de resistencia anticapitalista.

Hay incontables casos de individuos que fluyen entre dos o más de estos ámbitos o territorios resistentes, pero la distinción es necesaria porque cada uno cuenta con sus propios mecanismos y formas de resistencia y de acción militante.

El segmento A sostiene y moviliza la estructura y funcionamiento del gobierno de Venezuela, uno de los objetivos de los ataques de destrucción por parte de la hegemonía imperial. El hecho de mantener el funcionamiento de la burocracia y la administración estatal es un hecho resistente: la administración del Estado persiste en su misión y funcionalidad a pesar de que Estados Unidos y su circuito hemisférico de aliados y colaboradores lo desconocen, e intentan darle vida efectiva a otro Estado y a otra administración.

Segmento B: conformado por organizaciones pre-chavistas, algunas con décadas de existencia efectiva en el combate antifascista y anticapitalista, y por grupos creados en los últimos 20 años, a partir de la convocatoria revolucionaria de Hugo Chávez. Han ido mutando o consolidándose en una construcción diversa y multifactorial.

Segmento C: es el tradicional sobreviviente que no quiso o no consiguió enlazar conscientemente su propia historia personal o grupal con la historia de una clase y de un país, pero que ahora cuenta como alimento anímico y explicación de su quehacer, incorporado a su discurso, con una bisagra emocional irrompible: la enseñanza, la convocatoria y el ejemplo del comandante Chávez.

Segmento D: es la dislocación de los segmentos B o C en un grupo que, emocionalmente, siente que el rumbo y acción del gobierno en funciones no lo cobija o representa, pero que en la práctica ha adoptado o no ha abandonado la práctica humana y vital que lo hace profunda y esencialmente chavista: lo es, pero no admite o no sabe que lo es.

Para los efectos de este análisis, y toda vez que el destinatario “natural” de estos materiales son personas y grupos insertados en los segmentos A y B, limitaré el análisis a los segmentos C y D. Además, A y B han demostrado ser un profuso y eficiente productor de autoanálisis: bienvenida sea esa profusión.

•

El chavismo no partidizado o no conscientemente activista u organizador de experiencias o propuestas anticapitalistas, resiste, sobrevive y se moviliza a partir de dinámicas anteriores al proceso de urbanización diseñado y ordenado por Estados Unidos. Aunque no se detecta con

nitidez un regreso masivo, sostenido o sostenible del común venezolano a la ruralidad, es pertinente observar que las formas de resistencia puntual, en el caso de los recientes ataques contra la configuración urbana de Venezuela, han sido pre-urbanas u obviamente rurales: regreso a búsquedas productivas y gastronómicas que no dependen de la estructura capitalista globalizada.

•

La propuesta fundamental del chavismo en funciones de gobierno, que es la construcción de un Estado comunal, tiene defensores y ejecutores, y también obstáculos y detractores incluso a lo interno de esa corriente político-histórica. Existen más de 4 mil comunas formalmente registradas en el país, pero en la realidad de la acción y construcción ciudadana el desarrollo tangible de la propuesta es apenas germinal, lento e irregular. No todas las comunas funcionan como tales, y esto probablemente tenga que ver con algo que Hugo Chávez detectó en 2012: la dificultad para reconocer una estructura o realidad comunera dentro de un territorio cuya organización político-territorial no contempla una unidad llamada “Comuna”. Se lamentaba el comandante en una de sus alocuciones de que las comunas en proceso de formación solicitaban recursos al Estado para desarrollar sus procesos productivos. Probablemente Chávez estaba exigiendo una velocidad y unos tiempos que la sociedad venezolana no está en condiciones de cumplir; probablemente no tomó en cuenta el carácter lento y gradual de este tipo de construcciones.

En un plano ideal, una comuna viene a ser una comunidad o unidad territorial que se autosostiene y se autofinancia mediante procesos productivos y materiales autóctonos y endógenos. Los habitantes de esa comunidad o territorio se asumen comuneros, trabajan en la comuna y para la comuna, el centro y razón de su movilización es primera y esencialmente comunal. En la Venezuela de 2019 persiste la denominación “parroquia” para la unidad territorial que está por debajo del municipio. No es desdeñable el dato del origen eclesiástico del término; aunque la unidad se llama “parroquia civil”, una íntima convicción señala que una parroquia no es (o fue) otra cosa que el radio de acción de un párroco (sacerdote), desde el período colonial.

El proceso revolucionario de cambios no ha contemplado la supresión de una denominación por otra, y tal vez esto forme parte de la dificultad para cambiar un sistema por otro; los habitantes de las parroquias en las grandes ciudades se enfrentan a una realidad en la que sus actividades quedan lejos o fuera de sus lugares de residencia. Pasan buena parte del día en otro lugar y regresan a casa y a la comunidad al final, a descansar o a organizar las actividades del día siguiente. Con todo, el chavismo puede exhibir como uno de sus logros fundamentales la dinámica inaugurada en 2006 con los Consejos Comunales: las decisiones de las comunidades se deciden en asambleas de ciudadanos.

Los venezolanos sabemos y entendemos que existe una instancia de discusión y decisión que incluye la planificación colectiva para solicitar recursos o bienes materiales, hasta el diseño o exposición de problemas que pueden llegar a ser insólitos o inusuales.

En la comunidad campesina de Guayabal (Barinas) en varias sesiones del Consejo Comunal se discutió acerca de si era necesario o imprescindible darle muerte a un tigre que estaba diezmando la población de aves de corral de esa zona montañosa. En Carora (estado Lara) y otros sectores de Trujillo, Barinas y otras regiones, ha sido frecuente que la adquisición de recursos para construir viviendas alcance para más casas que las previstas: el Estado entregó recursos para construir 20 viviendas y la comunidad terminó construyendo 28.

Pero el salto hacia la lógica comunera es más complejo y decisivo que la simple o trascendental consolidación de una cultura de la resolución colectiva de conflictos. Hasta que no se modifique la dinámica y estructura que lleva a los ciudadanos a trabajar en sectores distintos a los de su residencia será complicado o imposible crear en ellos un sentimiento de identidad comunero, una estructura comunera, un ser comunero.

Mientras al chavismo le ha costado insertar la comuna en la lógica de funcionamiento de las poblaciones, el nombre y concepto “parroquia” se ha entronizado en el ser venezolano con la potencia de la costumbre. En los barrios caraqueños llegó a imponerse como uso o moda lingüística un saludo o reconocimiento entre habitantes de una misma zona; se encontraban en cualquier lugar y se llamaban: “Cómo estás, parroquia”, o “Este amigo es parroquia”: culturalmente nos asumimos parroquianos, no comuneros. La comuna todavía es una instancia que

la ciudadanía asume como espacio solo para chavistas. Costará varios años de esfuerzos masificar la idea de que se trata de una nueva forma de organización del país.

•

El fenómeno de la migración venezolana alcanzó dramáticas cotas entre 2016 y 2018. Aunque la demoledora campaña propagandística antivenezolana insiste en que el éxodo permanece o aumenta cada día, los testimonios más frecuentes revelan que la fase de la ilusión inicial ya ha concluido. Al iniciarse el fenómeno del éxodo era frecuente oír conversaciones sobre la naturaleza de los planes o expectativas: el migrante estándar planeaba irse a otro país, luego de vender algunos bienes, comenzar a trabajar, y con el resultado de su trabajo se mantenía allá, enviaba remesas a sus familiares en Venezuela y ahorraba algún recurso extra para el momento del regreso.

En 2019 el relato generalizado habla del choque de esos planes con la realidad: casos de xenofobia antivenezolana, explotación incontrolada de personas en condiciones de semiesclavitud, realidad de unos ingresos que alcanzan para la sobrevivencia pero no para el ahorro o el envío de remesas, casos de personas que debieron disponer de todo cuanto se llevaron y no lograron multiplicar sus posesiones. El gobierno venezolano habilitó o contrató vuelos para el regreso de ciudadanos al país (“Plan Vuelta a la Patria”, fue llamado el programa) y centenares de ciudadanos regresaron. Pero las circunstancias internacionales adversas, que propiciaron situaciones como la obstaculización de los vuelos por parte de gobiernos como el de Ecuador, han ralentizado e interrumpido la continuidad de esta política.

•

País adentro, la transformación de las condiciones de vida se han reflejado en varios aspectos, algunos más palpables que otros. Pudiera cambiar el término “transformación” por “depauperación”, pero el objeto de esta especie de resumen cronológico no es el fatal registro de la caída en algún abismo o laberinto, sino dar cuenta de una mutación en desarrollo. Los métodos o formas simples de sobrevivencia o adaptación de

los venezolanos a situaciones difíciles, a veces graves y ocasionalmente extremas, contienen o vienen acompañados de una reflexión ciudadana recurrente: la necesidad de volver a las prácticas productivas que abandonamos masivamente en el último siglo, y el reconocimiento de vicios o prácticas innecesarias, sobre todo de consumo, que hasta hace poco se consideraban esenciales.

La respuesta o actitud del ciudadano común, fuera del circuito de la contrapropaganda, que ha convertido a la compasión y al discurso del “perseguido del régimen” en una industria rentable fuera de Venezuela, ha sido la confirmación de una búsqueda colectiva cada vez más evidente: la transformación (no el empeoramiento) de los hábitos alimenticios, en los que ahora predominan los vegetales y frutas, mientras disminuye el consumo de alimentos procesados. Incluso la muchas veces salvadora opción de la caja de alimentos del CLAP suele ser discutida y cuestionada desde aspectos como su calidad y, en algún momento, de su procedencia: protestaba y se lamentaba el venezolano común de que la caja incluyera harina, pastas y granos de Turquía, Etiopía, Argentina, México y otros países. En los últimos meses de 2019 se hizo patente el predominio de productos venezolanos.

•

Al finalizar 2019 se produjo otro evento esclarecedor. Uno de los centros comerciales emblemáticos de Caracas, un templo del consumo llamado Centro Sambil, invitó a los caraqueños a aprovechar las ofertas de varias tiendas, en un acontecimiento bautizado *Black Friday*, a la manera del ritual estadounidense. Ningún misterio: las tiendas de ropa, electrodomésticos y artículos varios informan que liquidarán su mercancía y la gente acude masivamente a aprovechar los bajos precios. La peculiaridad del evento es la estampida que suele desatarse a las puertas de las tiendas apenas éstas se abren. Así ha funcionado por años en Estados Unidos; la expectativa era ver si en esta Venezuela cuya población ha sido declarada destruida y obligada a vivir con tres dólares al mes; si en este país cuya gente, según la propaganda, no tiene recursos, ánimo ni posibilidades para completar los almuerzos de la semana, el fenómeno *Black Friday* iba a reproducirse con la misma impulsividad de los compradores norteamericanos.

Las imágenes difundidas el viernes 30 de noviembre revelan algo que puede alternativamente leerse con desazón o esperanzas: aquella multitud entregada al consumo rebate buena parte de los análisis económicos, que hablan de una población liquidada en su capacidad de compra. El frenesí con que centenares de compradores abarrotaron los expendios no se compadece con la estampa del pueblo famélico que reseñaron todos los grandes medios durante varios años.

Tal vez, de todas maneras, esas imágenes sirvan también para comprobar otra dimensión de la crisis y del sostenido trabajo de la hegemonía norteamericana: Estados Unidos no ha logrado derrocar al gobierno de Venezuela ni imponer otro, pero desde hace años logró convertirnos en el conglomerado consumista que lo imita y reproduce sus códigos y su sistema de valores. Somos consumistas pero seguimos en resistencia. Desde esta incómoda posición los venezolanos continúan en la búsqueda de otras posibilidades para su soberanía y su democracia.

Bibliografía y referencias

- Bonilla, Luis; El Troudi, Haiman. *Historia de la revolución bolivariana: pequeña crónica, 1948-2004*. Ministerio de Comunicación e Información. Caracas, 2004.
- Betancourt, Rómulo. *Venezuela, política y petróleo*. 6ta edición. Academia de Ciencias Políticas y Sociales – Universidad Católica Andrés Bello. Caracas, 2007.
- Brito Figueroa, Federico. *Historia económica y social de Venezuela; una estructura para su estudio*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, 1974. Tomo II
- Diario *El Nacional*. <http://www.el-nacional.com>
- Fronjosa, Ernesto. “La Ley de Hidrocarburos de Venezuela del año 1943. Un complejo proceso de negociación en el ámbito global”. Artículo en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Academia Nacional de la Historia (Venezuela), mayo 2013.
- Instituto Nacional de Estadística. *Censos y proyecciones de población*. Disponibles en: <http://www.ine.gob.ve>
- Irazábal, Carlos. *Hacia la democracia. Contribución al estudio de la Historia Económico-político-social de Venezuela*. 3ra. Edición. Ediciones Centauro. Caracas, 1974.
- Misión Verdad*. Portal de análisis e información. <http://www.misionverdad.com>
- Molina R., L. E. “Ley de Tierras y Desarrollo Agrario: una interpretación jurídica de sus contenidos y de su aplicación”. En Gutiérrez S., A. (Coord.), *El Sistema Alimentario Venezolano a comienzos del Siglo XXI. Evolución, balance y desafíos* (pp. 523-580). Facultad de Ciencias Económicas y Sociales-ULA. Serie Mayor, Vol. 1, Mérida, 2013.
- Ley Orgánica de Hidrocarburos. Ministerio del Poder Popular de Petróleo. PD-VSA.
- Siso Quintero, Gerardo. *La población de Venezuela: evolución, crecimiento y distribución geográfica*. En: http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1012-70892012000100006.

OTROS TÍTULOS DE TINTA LIMÓN

Colección Nociones Comunes

Cine capital (reedición ampliada)

Jun Fujita Hirose

La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo

Verónica Gago

Spinoza disidente

Diego Tatián

Esféras de la insurrección

Suely Rolnik

Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas

Silvia Federici

El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo

Silvia Federici

Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria

Silvia Federici

Autonomía y diseño. La realización de lo comunal

Arturo Escobar

Incursiones

La acción psicológica.

Dictadura, inteligencia y gobierno de las emociones 1955-1981

Julia Risler

La cueva de los sueños.

Precariedad, bingos y política.

Andrés Fuentes

¿Quién mató a Cafrune?

Crónica de la muerte de la canción militante

Jimena Néspolo

Serie ch'ixi

La Internacional Feminista

VV. AA.

Los límites del capital.

Deuda, moenda y lucha de clases

George Caffentzis

8M. Constelación feminista

VV. AA.

Escupamos sobre Hegel

Carla Lonzi, 2017

BUENOS AIRES, ARGENTINA

www.tintalimon.com.ar

DISTRIBUYE: La Periférica Distribuidora

www.la-periferica.com.ar

